CUANDO TODO CAMBIA

IRENE BEISTI



CUANDO
TODO
CAMBIA

Un crimen, una mentira y una verdad imposible de olvidar.

CAPITULO 1

Me llamo Adelaida. Soy veterinaria, actualmente curso un máster en la Universidad Autónoma de Madrid, tengo treinta años y soy de

Oviedo, una preciosa ciudad al norte de España. Crecí en una familia de amantes de los animales y, desde pequeña, supe que quería trabajar con ellos en el futuro.

Recuerdo que mi abuelo tenía un pequeño huerto y yo pasaba las horas allí, ayudándole con los alimentos que plantaba, regando y recolectando. También tenía varios animales: ocas, gallinas, patos… Pasaba horas cuidándolos y jugando con ellos. Fue en esos momentos de mi infancia cuando me di cuenta de que quería ser veterinaria.

En casa teníamos dos gatos, Lola y George; eran mis mejores amigos y siempre estaba dispuesta a jugar con ellos y llevarlos al veterinario para sus revisiones y vacunas. Recuerdo en especial una de esas visitas, debía tener entre ocho y nueve años. Al llegar a la clínica, la veterinaria —una mujer amable y paciente— nos recibió con una sonrisa, comenzó a examinarlos y yo me quedé fascinada viendo con qué amor los trataba, cómo les hablaba, cómo los cogía y lo cómodos que se sentían en sus manos.

La veterinaria empezó a hacerle preguntas a mis padres y ellos respondían con mucho orgullo sobre sus animales. De repente, Lola se escapó de la mesa en la que la veterinaria la estaba explorando y se metió debajo de otra mesa. Fue entonces cuando me preguntó si quería ayudarle a cogerla. ¡No lo dudé un segundo y así lo hice!

Lola estaba muy asustada y yo lloraba porque nunca la había visto así. La veterinaria me dijo que era algo totalmente normal, me dio unas chuches para gatos y, rápidamente, pudimos calmarla. Quedó alucinada con mi habilidad para tranquilizar animales y me dijo que tenía un don para trabajar con ellos.

Esa visita fue el comienzo de mi pasión por la veterinaria; desde ese momento supe que eso era lo que quería hacer con mi vida.

Decidí mudarme a Madrid para comenzar mis estudios en veterinaria. La decisión de irme y dejar toda mi vida en Oviedo no fue fácil, pero sabía que era lo que quería. Finalmente, me matriculé en la Universidad Autónoma y pude empezar mis estudios. Me

preparé durante meses, estudiando y trabajando para ahorrar dinero y que mis padres no tuvieran que gastar tanto en mi carrera.

Finalmente, llegó el momento de despedirme de mi familia y amigos para empezar una nueva vida en la capital.

Mis padres siempre han sido muy importantes para mí. Mi madre es una mujer fuerte, siempre dispuesta a ayudar y dar todo lo que tiene a sus hijos. Mi padre es más que mi padre: es mi mejor amigo, con quien compartí muy buenos momentos en la infancia, cuando me llevaba a montar a caballo. Ambos me apoyaron mucho cuando decidí estudiar veterinaria, aunque sé que les preocupaba que me fuera tan lejos, a una ciudad tan grande y desconocida.

Tengo un hermano menor, se llama Daniel y tiene veintiocho años. Siempre ha sido un poco imprudente, pero tiene muy buen corazón. Nos llevamos muy bien, aunque a veces tenemos nuestras discusiones normales de hermanos. Él es tan impulsivo como yo y muchas veces me da miedo que se meta en problemas; aun así, sé que es un gran chico que siempre saldrá adelante.

De pequeños, recuerdo jugar juntos en el parque, en casa… siempre íbamos juntos a todos los sitios. Él hacía de veterinario y yo de paciente; tenía un perro de peluche y, en una habitación de casa, habíamos montado "nuestra clínica veterinaria". ¡Siempre me acordaré de lo divertido que era jugar así!

La vida nos ha llevado por caminos diferentes. Yo tomé la decisión de mudarme a Madrid y mi hermano se quedó en Oviedo. Él hizo la carrera de Derecho; hoy en día es un abogado prestigioso, con un buen despacho y muchos casos. Gracias a que muchas veces puede teletrabajar, venía de visita inesperada a Madrid. Me encantaba oír sus historias sobre los casos que llevaba y cómo ayudaba a las personas.

A pesar de la distancia, Daniel y yo siempre hemos estado en contacto. Me llamaba cada semana para ver cómo estaba, y yo le contaba sobre mi vida y mis estudios en la capital. Él siempre ha sido un referente para mí; aún siendo mi hermano menor, para mí ha sido como un hermano mayor: me ha cuidado, me ha protegido…

siempre me ha dado los mejores consejos para poder seguir adelante.

En cada visita inesperada que hacía, me encantaba verlo llegar con su traje negro, camisa blanca y corbata, siempre con su maletín en la mano. Cada vez que venía, se quedaba unos cuantos días; siempre nos íbamos a cenar a restaurantes, y allí me contaba cómo le iba con el trabajo. Me encantaba verlo tan ilusionado y comprobar que había podido llegar tan lejos.

A pesar de su éxito profesional, Daniel siempre se preocupaba por mí y mi bienestar. Me preguntaba si había comido bien, si había dormido lo suficiente y si necesitaba algo.

Una noche, en una de nuestras cenas en el restaurante, Daniel me dio una gran noticia: había conocido a una chica en un caso que estaba llevando. Me dijo que era inteligente, divertida, con un gran sentido del humor, y que se había enamorado de ella. Me alegré muchísimo de ver a mi hermano tan feliz y le dije que me encantaría conocerla. Cuando me invitó a pasar unos días en su casa, estaba emocionada por conocer a la mujer que le había robado el corazón. Me contó que era la mujer que más feliz le hacía: simpática, guapa, extrovertida, cariñosa… y, cuando la conocí, me di cuenta de que realmente era tal cual me lo había descrito.

Aquella noche, en Oviedo, nos fuimos a cenar a un restaurante para celebrar el cumpleaños de Celia, la novia de mi hermano. En la cena, Daniel me dijo que tenían una noticia muy importante que darme y que me haría mucha ilusión. Estaba súper atenta, imaginando que quizá me anunciarían que iba a ser tía, una noticia que hubiera recibido con mucho encanto, pues los niños siempre habían sido mi debilidad.

—¿Qué es esa noticia tan importante que me vais a dar? —pregunté.

Mi hermano me dijo que había estado buscando oficinas cerca de la zona donde yo vivía para poder montar su despacho, y que se venían a Madrid a empezar una nueva vida para estar más cerca de mí. En aquel momento me quedé sin palabras. No podía creer que

mi hermano estuviera dispuesto a dejar todo atrás para empezar de nuevo en la capital.

—¿Estás seguro, Daniel? —le pregunté, intentando contener la emoción del momento.

—Sí, estoy seguro —respondió—. Quiero estar cerca de mi hermana favorita y que podamos estar los tres juntos. Además, Madrid es una ciudad muy bonita, ¿no?

Me entró una risa nerviosa. —Me parece una gran idea, Daniel. Jamás hubiera imaginado estar los tres cerca en una ciudad tan grande.

Aún me quedaban unos días en Oviedo, y poco a poco fuimos conociendo a los amigos de Celia, quienes, con el tiempo, también se convertirían en nuestros amigos. Una noche, tras la gran noticia de Daniel, nos juntamos los tres con los amigos de Celia para celebrar que vendrían a Madrid. Fuimos a un restaurante típico de Oviedo, cenamos fabada y bebimos sidra. La cena fue divertida y animada, llena de risas y deliciosos platos; historias y momentos que quedarían para siempre en mi recuerdo.

Conocí a más amigos de Celia: Alex, un chico alto y simpático que era médico, y Laura, una chica que trabajaba como dependienta en una tienda de ropa. Después de la cena, nos fuimos a tomar café a un bar cercano. El ambiente era acogedor y la compañía excelente; me sentí muy a gusto, como si conociera a estas personas de toda la vida.

Me invadió una ligera nostalgia al pensar que pronto regresaría a Madrid y no vería a estos maravillosos amigos, pero también me alegraba saber que, en breve, mi hermano y su novia se mudarían a Madrid y estaríamos los tres juntos.

—¿Cuántos días te quedan en Oviedo? —preguntó Laura.

—Tres días más —respondí—, después ya tengo que volver a Madrid para continuar con mi trabajo y mis estudios.

Un día antes de volver a Madrid, mi hermano me dijo que iba a comunicar a mis padres la noticia de su traslado. Ese día fuimos a casa de mis padres a comer y así poder darles la noticia. Celia

estaba muy nerviosa, pero mi hermano la tranquilizó con un apretón de manos.

Durante la comida, Daniel les dijo a mis padres:
—Esta es Celia, la mujer de mi vida. Hace ya unos meses que comparto mi vida con ella y, la verdad, soy el hombre más feliz.

A mi madre se le cayeron las lágrimas al escuchar esas palabras, y mi padre no pudo evitar la emoción; se levantó de la mesa y le dio un fuerte abrazo a mi hermano.

—Mamá, papá —comenzó Daniel—, queremos comunicaros una gran noticia que nos hace muy felices a los dos. Hay algo muy importante que debemos hablar todos juntos, en familia.

—¿Qué es lo que pasa, hijo? —preguntó mi madre con una gran sonrisa, mientras mi padre le tomaba la mano, sudando de la emoción y los nervios.

—Bueno… —dijo Daniel—, una vez llegados a este punto de mi carrera profesional y viendo que me va tan bien en el ámbito de la abogacía, he decidido abrir otro despacho en Madrid.

Mi madre se sorprendió al escuchar sus palabras.
—¿Madrid? ¿Por qué has tomado la decisión de Madrid?

—Porque quiero estar más cerca de Adelaida —respondió mi hermano—. Además, Madrid es una ciudad con muchas oportunidades laborales para mi carrera profesional.

Mi padre lo entendió al instante, mientras que a mi madre le costaba un poco más asimilar la noticia.

—¿Celia también va a ir? —preguntó.

—Sí —contestó Daniel—. Ella se viene conmigo. Queremos estar juntos y empezar una nueva vida en Madrid.

—Estamos muy orgullosos de ti —dijo mi madre—. Siempre has sido muy responsable en tus decisiones y sabemos que tomarás la decisión correcta.

—¿Cuándo tenéis pensado hacer la mudanza?

—Pronto —respondió Daniel—. En un par de semanas queremos encontrar un lugar para vivir y establecernos, antes de que Adelaida

termine el máster.

Me sentí aliviada al saber que mis padres estaban tan contentos con la noticia y que habían aceptado con tanto entusiasmo que Celia formara parte de la familia.

La noche anterior a mi vuelta a Madrid, Daniel y Celia propusieron a mis padres hacerme una pequeña despedida. Aunque nos íbamos a volver a ver relativamente pronto, querían celebrar este momento.

—Familia, quiero proponer algo —dijo Daniel con un brillo en los ojos —. Mañana es el día en que Adelaida vuelve a Madrid, ¿os parece bien que hagamos una despedida especial esta noche?

La propuesta fue bien recibida. Mi madre se levantó de la silla y abrazó a mi hermano con gran entusiasmo.

—¡Estoy orgullosa del hijo que tengo! —le dijo.

—¡Me parece una gran idea! —dijo Celia con lágrimas en los ojos.

Esa noche, no solo mi madre lloró de emoción; mi padre también soltó unas lágrimas. Estaba emocionada al ver cómo mi familia me despedía, parecía que era la primera vez que regresaba a Oviedo desde que me había mudado a Madrid.

Después de la cena, nos sentamos en el sofá y hablamos sobre los planes de mi hermano y su novia una vez estuvieran instalados en Madrid. Ya habían encontrado el local para montar su bufete de abogados, y solo les faltaba decidir cuál piso elegirían definitivamente.

Se hizo tarde y nos fuimos a dormir; ellos al trabajo al día siguiente y yo debía volver a Madrid.

A la mañana siguiente me desperté temprano. Me acompañaron a la estación de tren como siempre hacían.

—Pronto nos vemos —dijo mi hermano.

Mi madre no pudo evitar abrazarme fuerte.

—Vuelve pronto —me dijo.

Me subí al tren y regresé a la rutina, con el corazón lleno de emociones y la ilusión de volver a Madrid.

Mientras el tren avanzaba, observé por la ventana cómo Oviedo quedaba atrás, con sus calles tranquilas y familiares, y sentí un pequeño nudo en la garganta. Madrid me esperaba con sus luces y su ritmo frenético, pero algo dentro de mí me decía que este regreso no sería como los anteriores: algo estaba a punto de cambiar en mi vida…

CAPITULO 2

A las seis de la tarde llegué a la estación de tren de Atocha. El viaje se me hizo corto, ya que estaba haciendo algunos trabajos del máster. Una vez en Atocha fui al piso que tenía alquilado, dejé todas las cosas, me di una ducha y me dispuse a comer algo antes de ir al trabajo: un bar nocturno en el madrileño barrio de Malasaña. Entraba a las ocho de la noche y, como estaba bastante lejos, tenía que salir con antelación. Me puse el uniforme y me dirigí al bar como todas las noches.

Esa noche el bar estaba lleno de gente; la música sonaba alta y el ambiente era animado. A las cuatro de la madrugada terminó mi turno. Al salir para ir a casa me encontré con Ramón, el portero con el que mantengo una muy buena amistad desde que comencé a trabajar allí.

—¡Hola, Ramón! —dije emocionada.

Ramón sonrió y me preguntó cómo me había ido la noche.

—Ha ido bien —respondí—. Lo único es que estoy bastante cansada; entre el viaje y que había mucha clientela, me apetece llegar pronto

a casa y dormir.

—Estupendo, Adelaida —dijo Ramón—. Te iba a proponer tomar un café en el bar de la esquina, que está abierto toda la noche, pero no te preocupes, lo hacemos otro día, cuando estés más descansada.

A la mañana siguiente me desperté con el sonido de la alarma. Me estiré y me froté los ojos, intentando sacudirme el cansancio de la noche anterior. Había trabajado hasta muy tarde y sabía que me esperaba un día largo.

Nada más levantarme, me dirigí a la cocina a prepararme un café. Mientras esperaba a que se hiciera, sentada en la silla rosa de terciopelo, me di cuenta de que estaba más agotada de lo que pensaba. Este trabajo me dejaba exhausta cada día, y llevaba tiempo pensando en buscar otra cosa.

Me había formado como veterinaria y llevaba meses buscando trabajo en clínicas; nadie necesitaba empleados en las que visitaba. Esto no me desanimaba, sino que me motivaba a explorar otros barrios en busca de oportunidades.

Mientras iba de un sitio a otro se me ocurrió una idea: mientras no conseguía trabajo en clínicas y continuaba con el bar, podía poner anuncios ofreciendo mis servicios como paseadora de perros.

Me dirigí a la imprenta que había visto en la calle de al lado. Era un lugar pequeño y acogedor, con una campanilla que sonó al empujar la puerta. Una señora mayor, con las gafas casi en la punta de la nariz, se asomó y me sonrió:

—¿Qué deseas, joven?

—Quiero imprimir unos carteles —le dije, sacando el papel con el texto que había escrito en el metro—. Quiero anunciarme como paseadora de perros. He estudiado veterinaria y actualmente curso un máster. He visitado varias clínicas y en ninguna he tenido suerte de ser contratada.

La señora cogió el papel y, con una sonrisa de oreja a oreja, me dijo:

—¡Eso es excelente, joven! Los perros son animales maravillosos. ¿Cuántos carteles quieres imprimir?

—Unos sesenta, por favor —respondí, pensando que sería suficiente para cubrir el barrio.

Mientras esperaba a que la buena mujer terminara de imprimir los carteles, me di cuenta de que estaba un poco nerviosa; me empezaban a sudar las manos. ¿Y si no funcionaba? ¿Y si nadie me llamaba? Intenté pensar en positivo: había tomado una decisión y debía seguir adelante.

Una vez terminada la impresión, la señora me cobró un buen precio y me regaló un rollo de cinta adhesiva:

—Toma, joven —dijo—, para que puedas pegarlos por donde vayas a ir. ¡Mucha suerte!

Le agradecí la amabilidad con una sonrisa:

—Espero que funcionen —le dije.

Salí de la imprenta con una bolsa llena de carteles, sintiendo emoción e impaciencia por ver si alguien se interesaba.

Me pasé el resto del día pegando carteles en farolas y árboles, sonriendo a los dueños de perros con los que me cruzaba. Con gran interés me preguntaban qué estaba haciendo, así que amablemente les explicaba mi situación. Algunos me deseaban buena suerte y otros me daban consejos sobre cómo hacerlo. Cuando terminé, me sentí bastante satisfecha; ahora solo quedaba esperar a ver qué pasaba.

Me cambié de ropa y me puse algo más cómodo, lista para volver a salir a recorrer las calles de Madrid en busca de un trabajo. Había decidido no rendirme y seguir buscando hasta encontrar algo. Me subí al metro y me dirigí a otro barrio de la ciudad, uno que no había visitado antes.

Me bajé en una estación y empecé a caminar, observando los nombres de las tiendas y de las calles; la tarde estaba soleada. Me detuve frente a una pequeña clínica que parecía recién abierta. La fachada estaba impecable y había un cartel grande que decía: *"Clínica veterinaria del barrio"*. Sentí esperanza; quizá allí sería diferente.

Entré y me acerqué a la recepción. Una chica joven, con bastante mal carácter, me atendió nada más llegar.

—¡Hola! ¿Qué quieres? —dijo en un tono brusco.

—Vengo porque estoy buscando trabajo como veterinaria —le respondí—. He cursado la carrera y actualmente estoy haciendo un máster. Me apasionan los animales y siento que puedo ser una buena empleada en esta clínica.

Metí la mano en la bolsa, saqué el currículum y se lo entregué. Ella lo miró con interés y me dijo:

—No, ahora no buscamos a nadie.

Me alejé de la clínica, intentando procesar la decepción. Me había hecho muchas ilusiones y ahora me sentía un poco desanimada. Justo cuando estaba a punto de rendirme, mi teléfono empezó a sonar en mi bolso. Me detuve en la calle y, nerviosa, lo busqué entre mis cosas.

¿Sería algún veterinario que había visto mi currículum? ¿O tal vez alguien que quería que paseara al perro? Mis manos temblaban mientras rebuscaba en el fondo del bolso. ¡Malditos nervios! Me sentí como en un concurso de velocidad, buscando desesperadamente el teléfono.

Finalmente lo encontré y respondí, con la voz un poco temblorosa:

—¿Sí?

—¡Hola, hermana! —dijo la voz de mi hermano al otro lado de la línea—. ¿Cómo estás?

En ese momento sentí un golpe de decepción; no era ninguna clínica ni alguien interesado en mis carteles. Incluso me cayeron lágrimas, pero intenté disimular la tristeza y contesté con entusiasmo:

—¡Hola, Daniel! ¡Qué alegría que me llames! Estoy muy bien. ¿Y tú? ¿Ya habéis llegado a Madrid?

—Sí, hemos llegado ahora mismo y estamos en el coche, dirigiéndonos al nuevo piso. Queríamos avisarte que vamos a empezar con la mudanza.

Me alegré muchísimo.

—Estoy muy contenta de que hayáis llegado bien —le dije—. ¿Necesitáis ayuda con algo?

—No, no te preocupes —dijo Daniel—. Celia y yo nos encargamos de todo. Tú solo preocúpate de ti misma y de poder encontrar ese trabajo que tanto deseas.

Me reí.

—Eso intento, hermanito, pero no es fácil. Acabo de salir de una clínica donde tampoco me han cogido y también he estado pegando carteles por las calles ofreciéndome como paseadora de perros. A ver si hay suerte y encuentro algo pronto.

—Lo siento, hermana. No te rindas, seguro que encuentras algo —me animó.

Me sentí un poco mejor gracias a sus palabras.

—Gracias, Daniel. Te quiero.

—Yo también te quiero, hermana. Hablamos pronto.

Colgué el teléfono y me quedé en la calle sonriendo. Me hacía mucha ilusión que, por fin, mi hermano y Celia ya estuvieran en Madrid y que pronto pudiera verlos. Aunque aún no había encontrado trabajo, me sentía más optimista; quizás las cosas estaban cambiando y solo podían ir a mejor.

Por la noche me esperaba otra jornada de trabajo. Antes de salir, cené algo, me puse el uniforme y me dirigí al bar, lista para otra noche larga y ajetreada. Era fin de semana, así que sabía que el bar estaría lleno, la música alta y el ambiente animado.

Me puse a trabajar sirviendo copas y sonriendo a los clientes. Ramón, mi amigo el portero, me saludó con un guiño y me dijo que me iba a necesitar para mantener el ritmo. Me reí y le respondí que estaba lista para todo. Mientras trabajaba, no podía evitar pensar en mi hermano y en Celia, imaginando cómo estaría la mudanza en su nuevo piso. Me alegraba tanto la idea de que por fin estuvieran en Madrid…

La noche fue larga: mucho trabajo y cansancio acumulado. Por fin dieron las cinco, la hora de irme. Cuando estaba saliendo, Ramón

me detuvo en la puerta y me propuso:

—¿Quieres tomar un café conmigo? Estoy seguro de que necesitas un descanso después de esta noche de tanto trabajo.

Rechacé la invitación; eran las cinco de la mañana y a las nueve tenía que estar en la universidad para las clases del máster. Me fui a casa arrastrando los pies por la calle. La noche había sido larga y agotadora, y pensar que solo tendría tres horas para dormir me hacía sentirme mucho más cansada de lo que ya estaba.

Me metí en la cama y cerré los ojos, pero no podía dejar de pensar en todo lo que tendría que hacer al día siguiente: volver a las clases de la universidad y, por la noche, otra vez al bar a trabajar. Me sentí un poco abrumada, pero intenté no pensar en ello. Finalmente, caí rendida y dormí.

A las ocho ya estaba en pie de nuevo. Me di una ducha para despejarme y, mientras preparaba el café, empecé a vestirme para ir a la universidad. Tomé el café y me dirigí a clase. La sesión de hoy era muy importante, y no podía permitirme el lujo de quedarme dormida. Me senté en primera fila, tratando de concentrarme en las palabras del profesor, cogiendo apuntes como podía y esforzándome por mantener los ojos abiertos. Pero se hizo complicado: entre la falta de sueño, las llamadas perdidas y las clínicas que no me contrataban… ¿por qué no podía encontrar un trabajo decente? ¿Por qué tenía que estar sirviendo copas en lugar de dedicarme a lo que realmente me apasionaba?

Me sentí deprimida y, sin poder evitarlo, las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas. Me las sequé rápidamente; no podía permitir que mis compañeros me vieran llorar. Tenía que seguir adelante.

La clase finalmente acabó y me fui a casa a descansar. Tenía que estudiar para un examen importante y, por la noche, volver al bar.

Al llegar, me tumbé en la cama con la esperanza de descansar un buen rato, pero de repente sonó el teléfono: un número desconocido. Me puse nerviosa al pensar que podía ser alguna clínica interesada en mis servicios.

—¿Sí? —respondí, un poco temblorosa.

—¡Hola! Llamo por el anuncio en el que te ofreces como paseadora de perros. Me llamo Clara y tengo un caniche toy. Trabajo de cinco a doce y necesito que alguien pueda pasearlo durante esas horas y quedarse con él. Es muy cariñoso y tranquilo, y le gusta mucho el trato con las personas y con los niños.

Al escuchar esas palabras, me alegré muchísimo.

—¡Sí, claro! Puedes contar conmigo —le dije.

—Estupendo —continuó Clara—. Necesito que lo cuides de cinco a doce de lunes a viernes. Te pagaré diez euros la hora.

Era un precio y un horario excelente, y no dudé en aceptarlo. Ese dinero extra me vendría muy bien para afrontar los gastos que tenía.

—Dime, Clara, ¿te parece bien si quedamos a tomar un café y me explicas dónde puedo recoger a Peluso, qué cosas necesita y si requiere algún cuidado especial? —pregunté.

—Si quieres, pásate por mi casa. La dirección es calle de la Paz, número seis, tercera. Peluso solo necesita comida, agua y paseos. Es muy juguetón, así que pasarás todo el tiempo jugando con él.

—Perfecto, Clara. Mi nombre es Adelaida. Anotaré todo en mi cuaderno y me pasaré por allí.

Me fui corriendo a casa de Clara, emocionada de conocer a Peluso y de empezar mi nuevo trabajo como paseadora de perros. La noche había sido larga y muy cansada, pero la idea de pasar tiempo con un perro adorable me dio la energía necesaria para seguir adelante.

Llegué a la casa de Clara y llamé a la puerta. Al instante se abrió y allí estaba ella, con Peluso en brazos. Me sonrió y me lo presentó. Me enamoré al instante: Peluso era un caniche toy de color marrón chocolate, con ojos grandes y brillantes y un rabito que no paraba de moverse mientras le hablaba y le acariciaba la cabeza.

Clara me invitó a pasar y fuimos al salón. Allí había una cristalera grande desde donde se podía ver el jardín y la piscina. Me invitó a sentarme en el sofá azul, enfrente de la mesa redonda, y me preguntó si quería tomar café. Le dije que sí; no lo dudé un segundo, después de la noche tan larga trabajando y sin haber descansado, lo necesitaba.

Nada más sentarme, Peluso se subió encima de mí y no paraba de pedirme caricias y mimos. Me sentí muy cómoda con él. Mientras Clara traía el café, se sentó a mi lado y, mientras nos lo tomábamos, empezó a explicarme cómo tenía que cuidar de Peluso y qué cosas le gustaban. Me dio una bolsa con su comida y sus chuches preferidas, su correa, su collar y algún juguete, y me dijo que, si necesitaba algo, estaríamos en contacto.

Después de un rato en casa de Clara, me despedí, cogí a Peluso y lo llevé a mi casa, sintiéndome la persona más afortunada del mundo.

Nada más llegar a casa, Peluso se instaló perfectamente, como si hubiera estado allí toda la vida. Yo no podía parar de sueño, así que me tumbé en la cama y me dormí al instante. Tras unas horas, me desperté sintiéndome renovada y lista para enfrentar la noche. Me acordé de que tenía que hacer el trabajo del máster, así que me senté en la silla y Peluso se colocó a mi lado; allí se quedó dormido mientras yo estudiaba. ¡Qué momento tan tierno! Pensé.

Después de un rato estudiando y antes de volver al bar, fui al parque con Peluso y le di un paseo. Me encantó verlo correr y jugar con otros perros… ¡Era tan cariñoso! Tras el paseo, regresé a casa y me puse a cenar, con Peluso sentado a mi lado, mirándome y pidiéndome comida. Le di algunas chuches que me había dado Clara y ¡le encantaron!

Una vez terminé de cenar, me puse el uniforme, dejé a Peluso con su juguete preferido y me fui al bar. Esa noche entré con otro ánimo: por fin había empezado en algo que quería hacer y solo trabajaba cuatro horas, de nueve a doce de la noche, justo cuando salía era hora de devolver a Peluso. La noche fue bastante tranquila, con poco ambiente; a las once ya no quedaba nadie en el bar y Ramón me dijo que íbamos a cerrar. Se ofreció a llevarme a casa y acepté. Cuando me dejó, nos despedimos con un fuerte beso.

Salí del coche y entré en casa. Fui directa al ascensor y, al abrir la puerta, ahí estaba Peluso esperándome, moviendo el rabito de contento. Como aún era pronto para devolverlo, decidí ir al parque y darle un último paseo antes de llevarlo a casa.

Clara me invitó a pasar y fuimos al salón. Allí había una cristalera grande desde donde se podía ver el jardín y la piscina. Me invitó a sentarme en el sofá azul, enfrente de la mesa redonda, y me preguntó si quería tomar café. Le dije que sí; no lo dudé un segundo, después de la noche tan larga trabajando y sin haber descansado, lo necesitaba.

Nada más sentarme, Peluso se subió encima de mí y no paraba de pedirme caricias y mimos. Me sentí muy cómoda con él. Mientras Clara traía el café, se sentó a mi lado y, mientras nos lo tomábamos, empezó a explicarme cómo tenía que cuidar de Peluso y qué cosas le gustaban. Me dio una bolsa con su comida y sus chuches preferidas, su correa, su collar y algún juguete, y me dijo que, si necesitaba algo, estaríamos en contacto.

Después de un rato en casa de Clara, me despedí, cogí a Peluso y lo llevé a mi casa, sintiéndome la persona más afortunada del mundo.

Nada más llegar a casa, Peluso se instaló perfectamente, como si hubiera estado allí toda la vida. Yo no podía parar de sueño, así que me tumbé en la cama y me dormí al instante. Tras unas horas, me desperté sintiéndome renovada y lista para enfrentar la noche. Me acordé de que tenía que hacer el trabajo del máster, así que me senté en la silla y Peluso se colocó a mi lado; allí se quedó dormido mientras yo estudiaba. ¡Qué momento tan tierno! Pensé.

Después de un rato estudiando y antes de volver al bar, fui al parque con Peluso y le di un paseo. Me encantó verlo correr y jugar con otros perros… ¡Era tan cariñoso! Tras el paseo, regresé a casa y me puse a cenar, con Peluso sentado a mi lado, mirándome y pidiéndome comida. Le di algunas chuches que me había dado Clara y ¡le encantaron!

Una vez terminé de cenar, me puse el uniforme, dejé a Peluso con su juguete preferido y me fui al bar. Esa noche entré con otro ánimo: por fin había empezado en algo que quería hacer y solo trabajaba cuatro horas, de nueve a doce de la noche; justo cuando salía, era hora de devolver a Peluso. La noche fue bastante tranquila, con poco ambiente; a las once ya no quedaba nadie en el bar y

Ramón me dijo que íbamos a cerrar. Se ofreció a llevarme a casa y acepté. Cuando me dejó, nos despedimos con un fuerte beso.

Salí del coche y entré en casa. Fui directa al ascensor y, al abrir la puerta, ahí estaba Peluso esperándome, moviendo el rabito de contento. Como aún era pronto para devolverlo, decidí ir al parque y darle un último paseo antes de llevarlo a casa.

CAPITULO 3

Llevaba un buen rato paseando por el parque a la luz de la luna, cuando de repente alguien tocó mi hombro por detrás. Me giré sorprendida y vi a un chico guapo, musculoso, moreno, con los ojos saltones que me miraban con curiosidad. Me sentí un poco nerviosa, pero intenté mantener la calma.

—Hola —dije sonriendo—. Estoy paseando a Peluso, el perro de mi amiga; le encanta este parque, así que he decidido volver a traerlo.

—Encantado, soy Luís.

—Soy Adelaida —respondí.

De cerca me di cuenta de que era aún más guapo. Tenía una sonrisa perfecta y esos ojos marrones parecían brillar en la oscuridad.

—¿Y tú qué haces aquí a estas horas de la noche y sola? —se encogió de hombros.

—Vivo cerca de aquí y todas las noches salgo a pasear o a correr. De noche es un lugar tranquilo y me gusta mucho la paz de la noche.

—A mí también me gusta, es como si el mundo se hubiera detenido y solo existiéramos tú y yo —le dije.

Miré el reloj y me di cuenta de que se estaba acercando la hora de ir a casa de Clara a devolver a Peluso. Mientras seguíamos caminando juntos, hablando de todo y a la vez de nada, me di cuenta de que nos reíamos mucho; Luís era divertido y amable, y me hizo sentir cómoda.

Después de un rato, le dije que se había hecho tarde y que tenía que volver a casa. Luís se detuvo delante de mí, me miró y me dijo:

—¿Quieres que te acompañe a casa de tu amiga y luego a tu casa? Es muy tarde y no quiero que te pase nada.

Sentí una gran alegría. El chico guapo que acababa de conocer se estaba interesando por mí. Intenté no mostrar esta felicidad y le dije:

—No, tranquilo, no es necesario. Te lo agradezco.

Luís insistió y, finalmente, me acompañó a casa de Clara. Una vez devolví a Peluso, no dudó en acompañarme a la mía. Al llegar a la puerta de mi portal, se volvió a parar delante de mí y me preguntó:

—¿Sueles salir muchas noches a pasear sola por el parque?

—Sí —respondí.

—¿Quieres darme tu número de teléfono? Así, cuando vayas a salir sola al parque, me llamas y te acompaño. La noche puede ser peligrosa para una señorita joven y guapa como tú —dijo con una sonrisa.

¡No podía contener mi emoción y mi felicidad! ¡Me había llamado joven y guapa!

Nada más meterme en la cama, recibí un mensaje: era Luís dándome las buenas noches. Me tumbé y me dormí con una sonrisa de oreja a oreja.

A la mañana siguiente me levanté de la cama con una sonrisa, sintiéndome la mujer más feliz del mundo. Tenía trabajo y acababa

de conocer a un chico maravilloso; era como si estuviera flotando en una nube. La noche anterior había sido mágica y no podía dejar de pensar en Luís. Aquel nueve de septiembre sería un día que guardaría para siempre en mi memoria. Nunca nadie antes me había hecho sentirme tan en paz ni darme tanta estabilidad emocional en tan poco tiempo.

Me metí en la ducha y me lavé el pelo, sintiendo cómo el agua caliente caía por mi cuerpo. Una vez salí, me vestí con ropa cómoda y me puse a prepararme el café. Mientras esperaba que se hiciera, sonó mi teléfono. Lo cogí muy ilusionada, pensando que sería Luís… pero en la pantalla apareció "mamá". Me llevé una gran decepción.

—Hola, mamá —dije, intentando sonar natural y que no se notara la decepción que me había llevado.

—¡Hola hija! ¿Cómo estás?! —preguntó mi madre con su voz familiar.

—Estoy bien, mamá —respondí—, acabo de levantarme. ¿Y vosotros?

—Estamos muy bien también, gracias. Te llamo para saber cómo estás y si has estado con tu hermano y su novia. ¿Han terminado la mudanza?

Mientras hablaba con mi madre, me senté en la mesa de la cocina sosteniendo la taza de café.

—No, mamá, aún no he hablado con ellos; deben estar muy ocupados con la mudanza.

Empezamos a hablar y mi madre me preguntó sobre mi vida en la universidad. Le conté sobre mis proyectos y mis clases, y sin poder evitarlo, también le hablé de mi nuevo trabajo como paseadora de perros.

—¡Eso es genial, hija! Siempre has sido una amante de los animales. ¿Cómo se llama el perro?

—Se llama Peluso —le dije—. Es un caniche toy marrón chocolate y muy cariñoso cuando me ve. Le encanta jugar y pasamos muchos ratos en el parque.

Mi madre me hizo preguntas sobre mi nuevo trabajo y sobre mis aventuras con Peluso. Y, sin poder evitarlo, le hablé de Luís.

Perfecto, aquí tienes tu texto adaptado a **Capítulo 3** con edición profesional: puntuación, fluidez y estructura mejoradas, respetando **exactamente lo que has escrito**, para que tenga calidad de publicación:

—Mamá, conocí un chico anoche —le dije, intentando sonar casual.

—¡Oh! ¿Quién es? —preguntó mi madre con curiosidad.

—Se llama Luís —respondí—. Es un chico que conocí en el parque mientras paseaba a Peluso. Es muy guapo, cariñoso y simpático.

Mi madre no pudo evitar reírse.

—¡Eso suena prometedor! ¿Qué edad tiene? ¿A qué se dedica?

—Tiene mi edad, creo. No sé a qué se dedica, pero es muy amable. Anoche, al verme, no quiso dejar que fuera a casa sola y me acompañó, primero a devolver a Peluso y luego a casa. Cuando llegamos, me pidió mi número de teléfono.

Mi madre se rió de nuevo.

—¡Eso es genial, hija! ¿Cuándo lo verás de nuevo?

—Aún no lo sé, mamá. Él me va a llamar para volver a pasear por el parque juntos.

Mi madre me deseó suerte y me dijo que me quería. Me despedí de ella y colgué el teléfono. Tomé un sorbo de café y me quedé sentada en la mesa, pensando en Luís y en lo que podía pasar entre nosotros. Ese encuentro casual había sido maravilloso, y ya me imaginaba formando una familia con él. Estaba deseando volver a saber algo de Daniel y Celia y poder hablarles de Luís y presentárselo.

La mañana transcurrió con total normalidad. Me senté en la mesa de la cocina con mis libros y apuntes esparcidos. También cogí esos rotuladores de colores que me gustan tanto para estudiar. Una vez me concentré en el estudio, el sonido del teléfono me distrajo. Me levanté rápido de la silla y fui corriendo a por él.

—Ahora sí —pensé—, ahora sí es Luís.

Cogí el teléfono y vi que en la pantalla ponía: “Dani, hermanito”. Volví a decepcionarme; no era Luís.

—¿Sí? —dije con un tono entusiasmado para que notara que me alegraba su llamada.

—¡Hola, hermanita! —dijo la voz de mi hermano al otro lado de la línea—. ¿Cómo estás?

—¡Hola, hermanito! Justo ahora me había puesto a estudiar. ¿Cómo va la mudanza?

—Ya he terminado —dijo mi hermano—. Estamos cansados, pero contentos.

—¿Cuándo quieres que vaya a ver el nuevo apartamento? —pregunté.

—Ahora estoy estudiando, pero en cuanto acabe y coma te aviso. A las cinco he de ir a casa de Clara; podemos quedar antes y me acompañas.

Dieron las dos y me puse a comer. Ese día me preparé un arroz blanco con tomate y una ensalada mixta; de postre, me hice una mezcla de frutas. Descansé un poco y, a las cuatro y media, llamé a mi hermano. Le di mi dirección y le dije que pasara a buscarme para ir a casa de Clara.

Mientras esperaba, me puse a recoger, me vestí con ropa cómoda y me planché el pelo. Me miré al espejo y me sonreí: estaba lista para salir.

Mi hermano llegó puntual y nos fuimos en dirección a casa de Clara. Le dije que íbamos a pasar por el parque, así le enseñaba el lugar donde había estado paseando a Peluso. Había muchos árboles y mucha hierba; comentamos que, cuando llegara el buen tiempo, sería un buen lugar para descansar a la sombra de un árbol o tumbados en el césped.

Durante el camino, le expliqué que había recorrido varias clínicas veterinarias sin éxito, y eso me había llevado a pegar carteles ofreciéndome como paseadora de perros. Le conté cómo así llegué a conocer a Clara y a Peluso, su caniche toy color marroncito.

—Clara me ha contratado para que pasee a su perro de lunes a viernes y lo cuide mientras ella está trabajando. Mi horario es de cinco a doce —le expliqué.

Mi hermano me miró con curiosidad.

—¿Y cómo es ella? —me preguntó.

—Es muy amable y Peluso es un perro muy cariñoso y juguetón —le dije—. Te gustará bastante.

Mi hermano se rió.

—Estoy seguro de que sí —dijo.

Aproveché el momento y le conté que, mientras paseaba por el parque la otra noche, se me acercó un chico por detrás y me acompañó a casa de Clara y luego a mi casa.

—Es un chico muy simpático del que aún no sé mucho… bueno, no sé nada —le confesé a mi hermano.

"Una vez llegamos a mi casa me pidió mi número y por la noche me escribió un mensaje de buenas noches."

Estoy muy emocionada de haber conocido a alguien que me ha llenado tanto en tan poco rato…

—¡Estoy muy emocionado en verte tan feliz, hermanita! —dijo Daniel con su tono habitual de alegría.

Llegamos a casa de Clara. Toqué el timbre y tardó un poco en abrir.

—Hola, Adelaida, disculpa, estaba en la ducha —dijo Clara, sosteniendo a Peluso en brazos.

Mi hermano se presentó:

—Hola, soy Daniel, el hermano. Encantado de conocerte, Clara.

Clara nos invitó a pasar y nos sentamos en el sofá. Mientras Clara iba a preparar el café, le enseñé a mi hermano el jardín y la gran piscina que se veía desde el ventanal del salón. Peluso subió al sofá con nosotros y se tumbó encima de mí.

—Vaya, es un encanto —dijo mi hermano, riendo.

—Sí —respondí, sonriendo.

Clara regresó con los cafés y nos comentó que tenía un poco más de tiempo para charlar con nosotros, ya que hoy entraba una hora más tarde a trabajar. Me sentí un poco avergonzada, pero a la vez contenta de que mi hermano estuviera ahí.

Estaba tomando el café calentito, mirando por la ventana al gran jardín y la piscina, cuando de repente sonó el timbre con insistencia. Clara se extrañó:

—Vaya, no he quedado con nadie ni espero ningún paquete.

—¡Qué extraño! —dije, intrigada.

Al oír esas palabras y la insistencia en el timbre, mi corazón dio un vuelco.

—¿Quién podía ser? —pensé.

Clara se levantó y abrió la puerta. Yo me quedé curiosa, observando quién llamaba con tanta insistencia.

La puerta se abrió y ahí estaba Luís, sonriendo, con una mirada que hizo que no dejara de imaginarme el futuro con él. Mi corazón empezó a latir con fuerza por la emoción al verlo, pero en segundos me di cuenta de algo: no habíamos quedado, no habíamos hablado nada en todo el día y… ¿de repente aparecía ahí?

Me quedé sorprendida y muy confundida, sin saber qué estaba pasando ni por qué había venido.

Perfecto, puedo pulir tu texto tal como lo escribiste, con edición profesional de nivel que mantenga tu estilo y fluya de forma que enganche para continuar el capítulo 3. Aquí tienes:

Luis se acercó a mí y yo intenté controlar los nervios, manteniendo la calma. Las manos me sudaban por el momento tan intrigante que estaba viviendo y el pulso se me aceleraba con cada segundo.

—Hola, Adelaida, ¿qué tal estás? —preguntó él.

—Bien —respondí, apenas articulando palabra. No sabía qué hacía allí ni cómo había sabido que justo a esa hora estaba en casa de Clara.

—Estaba paseando por aquí cerca y me he pasado a ver si necesitabas ayuda con algo —dijo Luís.

“¿Ayuda?” pensé, sintiéndome cada vez más desconcertada.

Luis se sentó en el sofá, junto a mi hermano. Este se levantó y se presentó:

—Encantado, Luís, soy Daniel, hermano de Adelaida.

—Hola, Daniel, soy Luís, amigo de Adelaida —respondió él.

—¿Amigo? —me pregunté en silencio. Solo habíamos pasado un rato juntos y ya me consideraba su amiga. La confusión me empezó a invadir y, por un momento, sentí un leve temor.

Clara, que estaba observando, se sentó a mi lado y con discreción me susurró:

—¿Quieres que me pida el día libre en el trabajo y te ayude a sacar a Peluso?

—Sí, por favor —le respondí.

Me levanté y me fui con Clara y Peluso a la cocina a preparar café para Luís. Aproveché la distracción para confesarle a Clara que no había quedado con Luís, que no habíamos hablado en todo el día y que no sabía nada de él. Estaba muy confundida. ¿Qué estaba pasando?

Mientras Clara preparaba el café, observaba la situación desde la cocina. Luís y mi hermano hablaban mucho, pero no lograba entender qué decían. Luís gesticulaba con intensidad, como si contara algo importante o urgente. Mi preocupación aumentaba. No sabía por qué estaba allí ni de qué hablaba con mi hermano.

Saqué el teléfono del bolsillo y revisé la conversación que había tenido con Luís cuando me deseó buenas noches, buscando alguna pista. Incluso pensé en la posibilidad de que me hubiera puesto algún localizador, pero no encontré nada extraño ni en el mensaje ni en el teléfono. Me sentí un poco ridícula por pensarlo, pero la sensación de que algo no estaba bien me recorría por completo.

¿Por qué había venido a casa de Clara sin conocerla y sin avisar? ¿Qué estaba contando a mi hermano?

Clara terminó de preparar el café y, antes de volver al salón, me preguntó:

—¿Todo bien?

—Sí, todo bien —le respondí, intentando sonar convincente, aunque por dentro seguía sintiendo un nudo de inquietud.

Clara no se sentía del todo convencida con mi respuesta y volvió a preguntarme:

—¿Segura de que está todo bien?

—Sí… solo que estoy un poco sorprendida de ver a Luís aquí, nada más —le respondí, intentando sonar tranquila.

Llevamos juntas el café al salón. Al entrar, los dos se callaron y me miraron sonrientes. Cada vez me sentía más incómoda, pero intenté sonreír y aparentar normalidad. ¿Pero qué estaba pasando realmente? me pregunté en silencio.

Clara sirvió los cafés y, de repente, mi hermano dijo sentirse indispuesto y que necesitaba ir al baño urgentemente. Una vez que se retiró, mi teléfono comenzó a vibrar varias veces. Supuse que era Daniel enviándome mensajes para advertirme sobre la situación con Luís; tal vez, al estar los dos solos, se había dado cuenta de algo y quería avisarme.

La tensión en la sala aumentaba con cada segundo. Tenía a Luís a mi lado y no podía mirar el móvil sin que se notara. Justo entonces, Luís se levantó para coger azúcar. Aproveché el momento y corrí a mirar el teléfono, esperando mensajes de advertencia.

Pero al abrirlo, solo vi notificaciones de publicidad.

Me sentí ridícula y un poco paranoica por haber pensado que mi hermano intentaba advertirme. Sin embargo, el nudo de intriga en mi estómago no desapareció. ¿Por qué habría venido Luís sin avisar? ¿Qué estaba pasando realmente?

Clara no se sentía del todo convencida con mi respuesta y volvió a preguntarme:

—¿Segura de que está todo bien?

—Sí… solo que estoy un poco sorprendida de ver a Luís aquí, nada más —le respondí, intentando sonar tranquila.

Llevamos juntas el café al salón. Al entrar, los dos se callaron y me miraron sonrientes. Cada vez me sentía más incómoda, pero intenté sonreír y aparentar normalidad. ¿Pero qué estaba pasando realmente? me pregunté en silencio.

Clara sirvió los cafés y, de repente, mi hermano dijo sentirse indispuesto y que necesitaba ir al baño urgentemente. Una vez que se retiró, mi teléfono comenzó a vibrar varias veces. Supuse que era Daniel enviándome mensajes para advertirme sobre la situación con Luís; tal vez, al estar los dos solos, se había dado cuenta de algo y quería avisarme.

La tensión en la sala aumentaba con cada segundo. Tenía a Luís a mi lado y no podía mirar el móvil sin que se notara. Justo entonces, Luís se levantó para coger azúcar. Aproveché el momento y corrí a mirar el teléfono, esperando mensajes de advertencia.

Pero al abrirlo, solo vi notificaciones de publicidad.

Me sentí ridícula y un poco paranoica por haber pensado que mi hermano intentaba advertirme. Sin embargo, el nudo de intriga en mi estómago no desapareció. ¿Por qué habría venido Luís sin avisar? ¿Qué estaba pasando realmente?

Sentí que algo estaba a punto de revelarse, algo que cambiaría todo lo que creía saber sobre esa noche y sobre él…

CAPITULO 4

En un principio no le di importancia a la indisposición de mi hermano. Estábamos tomando café y hablando con normalidad; comentamos el trabajo y yo les conté algo sobre mis estudios del máster. De pronto, mi hermano se levantó del sofá.

—Perdonadme… me estoy volviendo a sentir indispuesto.

Lo miré, confundida. Hasta que había venido Luís, estaba perfectamente. ¿Qué podía haber cambiado en tan poco tiempo? Mi mente empezó a acelerarse. ¿Luís había puesto algo en su café cuando se quedaron solos? ¿Daniel se había despistado un momento? ¿Era siquiera posible? Un frío me recorrió el cuerpo al pensarlo.

Miré a Luís. Sonreía y hablaba con Clara como si nada estuviera pasando. Pero algo sí estaba pasando. Mi hermano no era una persona que enfermara de repente sin motivo. Sentí miedo. ¿Qué quería Luís? ¿Por qué hacía todo esto?

Entonces caí en algo peor: no sabía nada de él. Había dejado que me acompañara a casa… un desconocido que ahora sabía dónde vivía. Cada segundo estaba más asustada. Me levanté intentando aparentar normalidad.

—Voy a ver cómo está mi hermano —le dije a Clara.

Caminé hacia el baño como pude. Los nervios me temblaban en las piernas y apenas podía andar con firmeza. ¿Qué iba a encontrarme? Al entrar lo vi encogido en el suelo, en posición fetal.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—No lo sé… cada vez estoy peor.

—Nos vamos. Vamos al hospital —dije sin dudar.

Salimos y le conté a Clara lo ocurrido.

—Tenemos que ir al hospital. Está empeorando.

Clara se ofreció a llevarnos en su coche.

Mientras bajábamos, una pregunta no dejaba de repetirse en mi cabeza: ¿Qué había pasado? ¿Y qué tenía que ver Luís en todo esto? En cuanto llegamos al hospital corrí a recepción y expliqué la situación. En cuestión de segundos apareció un médico y llamó a mi hermano. La sala estaba llena de pacientes y aun así lo hicieron pasar inmediatamente. Algo no iba bien. Los minutos se hicieron eternos. Finalmente el médico salió y preguntó por los acompañantes. Clara y yo entramos.

—Buenas tardes, soy el doctor Martínez. Hemos explorado a su hermano, le hemos hecho varios análisis y todo está correcto. Es un virus estomacal. Mañana estará totalmente recuperado. En cuanto prepare el alta podrán irse. El alivio me dejó sin fuerzas. Mientras preparaban el alta salimos a la sala de espera. Seguía llena de gente. Me senté en una de las pocas sillas libres. Entonces sonó el teléfono. En la pantalla: **Luís**.

Contesté.

—Hola Adelaida, te llamo para informarte de que, al no venir, ya me voy de casa de Clara. Nos vemos en otro momento. Colgó. No me dio tiempo a decir nada. Me quedé mirando la móvil, paralizada. Su tono había sido seco… casi molesto. Sentí un nudo en el estómago. ¿Qué hacía en casa de Clara tres horas después de habernos ido? ¿Por qué me había colgado así? Mi mente empezó a crear escenarios cada vez peores.

Clara me miró.

—¿Estás bien?

Le conté la llamada.

—No le des vueltas, Adelaida. Seguro que no tiene importancia.

Pero yo no podía creerlo. Algo no encajaba. Había algo más detrás de la visita… y de esa llamada. En ese momento salió mi hermano con el alta en la mano, sonriendo. Saber que no le había pasado nada fue un gran alivio. Pero la inquietud seguía dentro de mí. Porque, por primera vez, tenía la sensación clara de que Luís no había aparecido en mi vida por casualidad. Les comenté que por la

noche tenía que volver al bar; me tocaba turno largo y salía a las cuatro de la mañana. Mi hermano se ofreció a llevarme.

—No te preocupes, Adelaida. Estaré contigo.

Celia asintió.

—Sí, no te preocupes. Además, si Luís se presenta lo echaremos a patadas.

Me reí, un poco más tranquila… aunque en el fondo sabía que no iba a ser fácil olvidar esa llamada ni su misteriosa visita a casa de Clara. Mi hermano me puso la mano en el hombro.

—Vamos a casa, necesitas descansar y olvidarte de todo esto.

Asentí, pero sabía que no sería tan sencillo. Aquella llamada había despertado algo en mí y no iba a poder ignorarlo. Dieron las ocho y media y volvió a ofrecerse a llevarme al bar.

—Creo que va siendo hora —dijo levantándose con una sonrisa.

Cogí el bolso y salimos. El sol empezaba a ponerse y el aire venía fresco. Camino del coche me propuso tomar algo antes de empezar.

—Podemos sentarnos un rato y charlar. ¿A qué hora sales, hermanita? ¿Quieres que venga a buscarte?

Me miró con dulzura, pero sabía que en realidad estaba preocupado.

—No hace falta. Salgo a las cuatro y Ramón, el portero, me llevará a casa.

—Bueno… si estás segura…

—Lo estoy. Gracias por preocuparte.

A las nueve entré a trabajar.

Un rato después la noche se convirtió en un auténtico caos. La música alta, clientes animados… y yo al borde del colapso.

El móvil no paraba de vibrar en el bolsillo. Estaba convencida de que era Luís. Sentía el corazón a mil y las manos me temblaban. Intenté servir unas copas, pero el pulso no me respondía. La bandeja resbaló. Un estruendo. Todas las copas al suelo.

El bar quedó en silencio un segundo… y luego las miradas. Me moría de vergüenza. El sonido de los cristales rotos parecía retumbar

dentro de mi cabeza mientras el corazón me golpeaba el pecho. Me quedé paralizada mientras algunos clientes reían y hacían bromas sobre mi torpeza. Ramón se acercó enseguida.

—¿Estás bien?

Le conté lo de Luís y que el móvil no dejaba de vibrar.

—Tranquila, no voy a perderte de vista en toda la noche. Y los vasos no te preocupes.

Me sonrió y me ayudó a recoger, pero yo solo podía pensar en el teléfono. ¿Quién era?¿Qué quería?¿Era él? Volvió a vibrar. Ya no podía ignorarlo más. Me disculpé y fui al baño. La cabeza me daba vueltas y el corazón parecía salirse del pecho. Saqué el móvil. Notificaciones de la aplicación del tiempo. Nada más. Sentí un alivio enorme. Me senté, respiré hondo y regresé al trabajo. La noche continuó con normalidad. Estaba más calmada… hasta que una hora después volvió a vibrar. El corazón dio un vuelco. La tranquilidad desapareció de golpe. Otra vez ansiedad. Otra vez miedo.

¿Era Luís?

Intenté concentrarme, pero las manos temblaban. Serví otra ronda… y de nuevo la bandeja cayó al suelo. Más cristales rotos. «Como siga así, esta noche dejo al bar sin vasos», pensé. El estruendo volvió a resonar en mi cabeza. Un déjà vu inquietante… como si algo estuviera a punto de pasar.

Ramón vino a ayudarme a recoger el desastre y me dijo que me tomara un descanso. Me llevó al baño para que me tranquilizara. Me senté en la tapa del váter y saqué el móvil del bolsillo; el corazón me latía a mil por hora al ver en la pantalla un mensaje no leído. ¿Era Luís? Respiré hondo antes de abrirlo. Era Clara preguntando si iba bien la noche. Sentí un gran alivio, pero no pude evitar preguntarme por qué cada vez que el teléfono vibraba pensaba en él y por qué me estaba afectando tanto.

Volví a trabajar y lo poco que quedaba hasta terminar el turno pasó rápido. Pronto dieron las cuatro. Ramón se ofreció a llevarme a casa y agradecí no tener que ir sola. Mientras caminábamos hacia el coche no dejaba de mirar a los alrededores, buscando algo extraño,

cualquier señal de que Luís pudiera estar observándome. No había nada, solo la oscuridad silenciosa de la noche.

Durante el trayecto le conté a Ramón todo lo que estaba pasando y cuánto me estaba afectando. Me escuchó con atención y trató de tranquilizarme, asegurándome que con él estaba segura y que no dejara que aquello me dominara. Cuando me dejó en casa me sentí agradecida. Nada más entrar me puse el pijama y me dejé caer en la cama. Me metí bajo las sábanas y cerré los ojos; el sueño me venció enseguida y durante unas horas logré olvidarme de Luís y de todo lo ocurrido.

A la mañana siguiente me levanté temprano como siempre y fui a la cocina a prepararme un café con tostadas. La mañana estaba fresca y tranquila y el aroma del café recién hecho llenaba el aire. Mientras esperaba, me senté y hojeé una revista del día anterior pensando en el examen importante que tenía y en lo poco que faltaba para terminar el máster.

De repente el teléfono sonó rompiendo el silencio. Me sobresalté; no solía recibir llamadas tan temprano. Contesté todavía adormilada.

—Hola.

—Hola, hija —era mi madre—. ¿Cómo estás?

Me alegró escuchar su voz. Me llamó para decirme que ese fin de semana era su cumpleaños y quería que fuera a Oviedo a celebrarlo con ella; mi hermano y su novia también irían. Acepté encantada y hablamos de los planes: restaurante y luego algo en casa. Mientras conversábamos no pude evitar pensar en Luís. Últimamente había problemas y no quería preocuparla, así que cambié de tema preguntándole por el trabajo. Ella empezó a contarme su rutina y me sentí agradecida de hablar de algo normal, aunque sabía que tarde o temprano tendría que contarle lo que pasaba.

Cuando colgué me puse a estudiar y ya estaba concentrada cuando el teléfono volvió a sonar. Pensé que sería otra vez mi madre…

Mire la pantalla y ponía: llamada entrante Luis. Sentí un escalofrío recorrer mi espalda cuando vi su nombre. —¿Qué pasa, Luis? —dije, intentando sonar casual.

—¿Podemos quedar esta mañana? —me dijo con un tono que me pareció extraño.

Me puse nerviosa. No quería quedar con él después de lo ocurrido.
—Lo siento, Luis, tengo mucho que estudiar. No voy a poder quedar —respondí intentando sonar firme. En ese momento recordé cómo me pidió mi número de teléfono al dejarme en casa la noche que nos conocimos y yo se lo había dado sin pensarlo mucho. Ahora me arrepentía de haberlo hecho.

—¿Qué tal si quedamos cuando salgas del bar?

La situación empezó a darme miedo. ¿Cómo sabía que yo trabajaba en ese bar? Recordé que se había presentado en casa de Clara sin avisar y ahora estaba llamando y preguntando por mí. Me sentí atrapada. ¿Qué iba a hacer? No quería hablar con él, tampoco quería verlo. Me decidí a terminar la conversación.

—Lo siento, Luis, tengo que irme. No quiero hablar contigo —dije, intentando sonar firme.

Pero Luis no se rendía.

—¿Qué pasa, Adelaida? ¿Por qué no quieres hablar conmigo? —preguntó con un tono que parecía agresivo.

Me sentí nerviosa y asustada. No quería hablar con él, no quería quedar ni volver a verlo. Así que colgué.

—Adiós, Luis.

Me senté en el sofá intentando calmarme. Tenía miedo. ¿Qué iba a hacer? ¿Qué quería Luis de mí?

CAPITULO 5

Tras la conversación con Luis me senté en el sofá intentando calmarme. Me sentía asustada. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué quería Luis de mí? Entonces recordé que tenía clase en la universidad y que llegaba tarde. Me levanté de un salto y fui al baño para vestirme. Lo hice a toda prisa, sin haber tenido tiempo de estudiar para la clase, lo que me puso aún más nerviosa. ¿Por qué tenía que pasarme esto justo hoy? Me calcé los zapatos y salí corriendo.

Llegué a la universidad justo a tiempo para la primera clase. Me senté y, poco a poco, me fui tranquilizando. La explicación del profesor consiguió distraerme y logré concentrarme durante un rato en algo que no fuera Luis.

Al salir de clase me sentí más relajada. Recordé que había quedado con mi hermano para ir a Oviedo el fin de semana y decidí llamarlo para confirmar los planes.

—Hola, hermanita —dijo al contestar—. ¿Qué tal?

—Hola, hermanito, todo muy bien. Solo te llamo para confirmar lo del fin de semana para ir a Oviedo. ¿A qué hora y dónde quedamos?

—Ah, sí. Salimos el sábado por la mañana, ¿te parece bien?

—Perfecto —respondí—. Oye, tengo que contarte algo. He tenido una conversación extraña con Luis hoy… No sé si me estoy volviendo paranoica después de que se presentara en casa de Clara.

—¿Luis? ¿Qué ha pasado? —preguntó preocupado.

Me senté en un banco del pasillo y le conté todo: el encuentro en el parque, la llamada, la forma en que parecía saber cosas sobre mí. Escuchó sin interrumpirme.

—¿Qué te parece? —pregunté al terminar.

—Me parece un tipo un poco raro… pero quizá no sea nada. A lo mejor te vio al ir a trabajar —dijo intentando quitarle importancia.

Después me senté a comer mi comida preferida: ensalada de atún con cebolla y aguacate y arroz blanco. De repente sonó otra vez el

teléfono. Era un número desconocido y volví a ponerme nerviosa.

—¿Sí?

—Hola, ¿eres Adelaida?

—Sí, soy yo.

—Encantada, mi nombre es Cristina y te llamo de la clínica veterinaria Huellitas. Estoy buscando una veterinaria y recordé que hace un tiempo me dijiste que buscabas trabajo. ¿Sigues interesada?

—Sí, claro —respondí enseguida.

—¿Podrías venir ahora? Te hago una entrevista y te cuento lo que necesito.

—Por supuesto.

Colgué emocionada y entonces caí en que no había preguntado dónde estaba la clínica. Busqué rápidamente en internet y la encontré. Terminé de comer deprisa porque estaba algo lejos y no quería llegar tarde.

Mientras iba hacia allí, pensaba en lo importante que era esa oportunidad. Había estado buscando trabajo en clínicas sin suerte: casi todas tenían ya personal o no estaban interesadas en mi perfil. Recordé cuando llegué a Madrid y descubrí aquel refugio de animales al que iba cada día a dejar comida. Me hacía sentir útil, y pensaba que en la clínica podría ayudar de la misma forma si me daban la oportunidad.

En el metro repasé mentalmente mis habilidades y experiencia. Quería estar preparada para cualquier pregunta. Necesitaba demostrar que estaba lista.

Una vez llegué a la clínica me dirigí a la recepción y pregunté por Cristina. Le dije que era Adelaida y que había quedado con ella. Sentí un escalofrío recorrer mi cuerpo cuando la recepcionista me dijo que no había ninguna Cristina trabajando allí. Le enseñé el teléfono desde el que me habían llamado y ese número tampoco pertenecía a la clínica.

Me sentí confundida y asustada. ¿Quién podía haber sido?

Me acordé de Luís y de cómo había estado actuando de manera extraña. ¿Había sido él quien me había llamado? Sentí otro escalofrío al pensarlo. ¿Qué quería de mí?

Estaba a punto de irme cuando mi teléfono sonó de nuevo. Me sobresalté y contesté con la voz temblorosa.

—¿Sí?

—Hola Adelaida, soy Cristina. Habíamos quedado y no vienes, ¿todo bien?

Me sentí confundida.

—He venido a una clínica, pero creo que no es la suya. ¿Podrías decirme dónde es?

—Avenida de la Tuerca, 5, bajo —me respondió.

Me sentí un poco tonta: me había ido a la calle de al lado. Me disculpé y fui para allá. Mientras caminaba hacia la clínica correcta sentí alivio al saber que nada raro estaba pasando.

Cuando llegué, pregunté de nuevo por Cristina. La chica de recepción, con voz suave y amable, me pidió que me sentara en la sala de espera, que enseguida saldría. La sala era preciosa, de color azul y con huellas de perros pintadas en el suelo; parecía un lugar casi mágico. Me gustaba el ambiente, transmitía calma y seguridad para los animales.

Me senté en una de las sillas verdes observando a los dueños con sus mascotas, tan preocupados por su salud. Estaba nerviosa pero también emocionada. Mientras esperaba no podía dejar de pensar en Luís. Me sentía confundida y triste, pero decidí que mis problemas personales no iban a afectarme: quería concentrarme en la entrevista.

Al poco tiempo Cristina salió a buscarme. La seguí hasta su despacho, acogedor y lleno de libros, diplomas y cuadros de animales.

—¿Alguno de esos animales son tuyos? —le pregunté.

—Sí, varios. Si veo un perro o gato sin hogar, no dudo en acogerlo —me respondió.

Eso me gustó muchísimo. Me encantaba la idea de trabajar con alguien tan amante de los animales.

Cristina me explicó que necesitaban una veterinaria con o sin experiencia y que estaban dispuestos a formar a alguien con ganas de aprender. Me sentí esperanzada. ¿Sería esta la oportunidad para dejar el bar?

La entrevista fue muy cómoda, casi como hablar con una amiga. Pero todo cambió cuando me dijo que el horario era solo de mañanas. Estaba a punto de terminar el máster y no podía dejarlo.

Le dije que lo sentía, pero no podía aceptar el trabajo. Me sentí incómoda, aunque sabía que era la decisión correcta. Cristina lo entendió y me dijo que no dudara en contactarla en el futuro.

Salí de la clínica decepcionada, pero también aliviada.

Llamé a mi madre y le conté todo. Me tranquilizó diciendo que había tomado una buena decisión y que encontraría algo que encajara con mis horarios. Aun así, me sentía hundida.

Miré el reloj: pronto debía recoger a Peluso. Fui a casa, me cambié y me dirigí a casa de Clara. Pasé por el parque que tanto le gusta al perro y sentí un escalofrío al ver a un hombre sentado en un banco. Parecía Luís… aunque no estaba segura. Me pregunté si mi obsesión empezaba a hacerme imaginar cosas.

Entonces sonó el teléfono. Era él.

Me propuso dar un paseo por el parque donde nos habíamos conocido. Al ver que estaba lleno de gente acepté; tal vez podría averiguar qué quería de mí.

Me sentí nerviosa y curiosa al mismo tiempo.

Cuando por fin apareció le dije que me dirigía a casa de Clara a recoger al perro. Él se ofreció a acompañarme. Me sentí incómoda, pero no quería ser grosera diciéndole que no quería que viniera conmigo. En el camino intentó sacarme conversación preguntándome por mi hermano, a ver si estaba mejor. Le dije que sí, que solo había sido un virus estomacal, sin mostrar demasiado interés en hablar sobre ello.

Una vez llegamos a casa de Clara, Peluso me recibió moviendo el rabito de contento. Me sentí muy relajada al verlo, pero Luís seguía siendo un misterio para mí. ¿Qué quería de mí? ¿Por qué me seguía? Justo me giré para despedirme de él, ya que iba a quedarme un rato en casa de Clara, y me di cuenta de que ya no estaba. ¿Dónde había ido? No me había dado cuenta de que se había marchado. Me sentí muy asustada. ¿Por qué Luís se estaba comportando de esa manera? Me quedé en la puerta de entrada intentando procesar lo que había pasado. Sentía miedo, pero también una extraña determinación por descubrir la verdad.

Al ver que no entraba, Clara salió a buscarme y me preguntó si estaba bien. Me notó bastante extraña. Le conté la situación y le dije que Luís había desaparecido, que no sabía dónde había ido ni siquiera se había despedido. Me escuchó con atención y, quitándole hierro al asunto, me dijo que no me preocupara, que seguro no era nada. Aun así, yo sabía que había algo más. Me tranquilizó un poco hablar con ella; me dio consejos y repitió que probablemente se había acordado de algo y se había ido corriendo. Pero yo no me quedaba convencida, había algo en Luís que me hacía sentir incómoda.

Estuvimos hablando un rato y le conté sobre el trabajo que me habían ofrecido en la clínica veterinaria, pero que no podía aceptarlo debido al máster. Me dijo que era una pena, pero que entendía que el máster era importante para mí. Me animó y aseguró que cuando menos lo esperara me saldría otro trabajo.

También le conté mis planes del fin de semana: iba a ir a Oviedo al cumpleaños de mi madre y me hacía ilusión llevar a Peluso para que lo conocieran mis amigos y mi familia. Me dijo que sí, que sin ningún problema me lo dejaba.

Llegó la hora en la que Clara tenía que irse a trabajar. Le puse la correa a Peluso y salimos juntas; en la esquina nos separamos y cada una tomó su camino. Yo no paraba de mirar a los alrededores por si veía algo extraño, pero todo parecía normal y Luís no estaba por allí.

Al llegar al parque solté a Peluso en la zona de perros para que jugara mientras yo me sentaba en un banco observándolo. Me puse a pensar en el cumpleaños de mi madre. Al día siguiente hacíamos el viaje y quería hacerle un regalo especial, algo que le hiciera ilusión. ¿Un libro de su autor favorito? ¿Un cuadro de un artista local? ¿Un viaje a un lugar que siempre hubiera querido visitar? Estuve un rato dándole vueltas sin decidir nada hasta que el sonido del teléfono me sacó de mis pensamientos. Era mi hermano para avisarme de que saldríamos pronto hacia Oviedo, quería llegar con tiempo para preparar todo para el cumpleaños. Me reí y le dije que no se preocupara, que estaba todo bajo control.

Después de contarle lo bien que se lo estaba pasando Peluso jugando con otros perros, terminé hablándole de Luís, de cómo me había acompañado a casa de Clara y había desaparecido de repente en la puerta.

—¿Qué? ¿Luís? ¿El tío que te estaba dando problemas?

Me sentí incómoda. No sabía si debía haberle contado nada, pero él siempre había sido mi confidente. Le expliqué que no sabía qué había pasado, que simplemente se había ido sin decir nada. Mi hermano volvió a restarle importancia, diciendo que seguramente se había acordado de algo. Pero yo no estaba tan segura; había algo en Luís que no era normal.

Le comenté la idea de regalarle un viaje a mamá para que se fuera con papá a un crucero por el Mediterráneo.

—¡Eso es genial! Mamá siempre ha querido hacer un crucero.

Me reí. Seguro que le encantaría.

Antes de colgar le dije que tenía que bañar a Peluso antes de irme al bar. Mi hermano me comentó que vendría a casa a cenar conmigo y luego me llevaría, porque sabía que no me gustaba ir sola por la noche, especialmente después de lo de Luís. Acepté.

Cuando llegué a casa metí a Peluso en la bañera y, al mojarlo, me di cuenta de que no tenía champú para perros. Llamé a mi hermano para que trajera uno especial para pelo rizado antes de venir.

Mientras tanto jugué con él en el agua. Descubrí que le encantaba bañarse.

Sonó el timbre y allí estaba mi hermano, con unas pizzas recién hechas que olían de maravilla y el champú.

—Ven a cenar rápido que se enfrían.

Lo bañé, lo sequé y fui a la cocina.

—¿De qué son? —pregunté.

—De atún y cuatro quesos y de tomate, aceitunas, atún y queso.

Mis preferidas. Mi hermano me conoce demasiado bien.

Me contó que en el trabajo le iba muy bien, que tenía muchos casos interesantes y estaba aprendiendo mucho. Me sentí orgullosa de él; siempre se esforzaba y hacía las cosas con cariño.

Noté que evitaba hablar de Celia, su novia. No le di mucha importancia. Quizá estaban pasando por un mal momento o no quería hablar del tema. Me limité a preguntarle cómo estaba y me dijo que bien, que todo iba perfectamente.

Después de cenar nos sentamos un rato en el sofá a ver la televisión. Peluso se acurrucó a nuestros pies y mi hermano me contó un poco más sobre su trabajo y sus planes de futuro. Me sentí muy feliz de poder pasar tiempo con él.

Cuando llegó la hora de irme a trabajar, mi hermano se levantó y me dijo que me llevaba en coche. Me puse la chaqueta y salimos de casa, con Peluso siguiéndonos hasta la puerta.

Una vez llegamos al bar, como todas las noches saludé a Ramón y estuve un rato hablando con él. Entonces me dijo que el encargado tenía que hablar conmigo y empecé a preocuparme. ¿Había hecho algo mal? ¿Después de tanto tiempo ya no le gustaba cómo trabajaba? Mientras estaba en la barra sirviendo copas, el encargado se acercó y me dijo que tenía que ir a trabajar el fin de semana: habían tenido que operar de urgencia a mi compañera y debía cubrir su turno. Sentí como si me hubiera caído un jarro de agua fría encima. ¿Por qué todo me estaba saliendo tan mal? Había estado planeando ese viaje con mi hermano y mi familia durante semanas y

ahora me decían que tenía que trabajar. Me sentí frustrada, enfadada y triste al mismo tiempo.

Me fui al baño y llamé a mi madre intentando contener las lágrimas. Le expliqué la situación y me dijo que no me preocupara, que habría muchos días para ir y que lo importante era que yo estuviera bien y no me estresara. Pero yo sabía que no era lo mismo. Mi madre se había hecho ilusiones con mi visita y yo también.

La noche se me hizo eterna pensando en que no podría ir a su cumpleaños. Le escribí a mi hermano y le dije que no me esperara, que tenía que trabajar y no podía ir a Oviedo. Salí del baño y volví a la barra intentando sonreír y hacer bien mi trabajo, aunque por dentro sentía como si estuviera a punto de estallar.

La noche pasó rápido entre clientes y copas, apenas tuve tiempo para pensar. Cuando cerramos el bar estaba recogiendo la barra y barriendo el suelo cuando Ramón se acercó y se ofreció a llevarme a casa. Sabía que no me gustaba ir sola de madrugada, pero le dije que no, que prefería ir dando un paseo. Necesitaba despejarme, pensar en otra cosa y no en mis problemas.

CAPITULO 6

El reloj marcaba las nueve y cuarto, y yo aún estaba intentando recomponerme del largo día y de la noche anterior en el salón de juegos. Peluso se acomodó a mi lado, moviendo la cola con suavidad, como si supiera que algo me inquietaba.

No podía dejar de pensar en Luís. Su desaparición, su forma de aparecer y desaparecer sin explicación… todo me tenía nerviosa.

¿Qué quería de mí? ¿Por qué parecía obsesionado con saberlo todo? Me sentí atrapada entre la curiosidad y el miedo.

Golpearon la puerta y, al abrir, vi a mi madre con una enorme sonrisa y un abrazo que casi me dejó sin aire. La felicidad de verla y su energía me hicieron olvidar por un instante mis preocupaciones. Mientras la ayudaba a acomodar sus maletas, traté de no pensar en Luís, aunque un escalofrío recorría mi espalda cada vez que mi mente lo recordaba.

—¡Mira quién está aquí! —exclamé señalando a Peluso, que saltaba emocionado—. ¡Te extrañaba tanto!

Mi madre se rió y se dejó caer en el sofá, acariciando al perro con cariño. Me senté a su lado, intentando relajarme y disfrutar del momento. Sin embargo, la sensación de que algo no estaba bien persistía. Cada vez que el teléfono vibraba cerca, mi corazón se aceleraba automáticamente.

—¿Qué tal la noche, hija? —preguntó mi madre, sonriendo mientras se servía un café—. ¿Dormiste bien?

—Sí, sí, un poco cansada, pero… todo bien —respondí, intentando sonar tranquila—. Solo que… tuve un día largo.

Mientras hablábamos, no podía evitar mirar por la ventana y observar la calle vacía, recordando la extraña sensación que había tenido caminando sola la noche anterior. Aun así, me prometí disfrutar del tiempo con ella, dejar de pensar en Luís y en todo lo que me estaba atormentando. Por ahora, la prioridad era la familia y Peluso, y quizás, solo quizás, poder dejar que la alegría reemplazara un poco la ansiedad.

Decidí que lo mejor era no precipitarme. Respiré hondo y me dije a mí misma que no podía dejar que Luís controlara mis nervios. Me senté en el sofá, apoyé la cabeza en el respaldo y cerré los ojos unos segundos, intentando calmarme. Peluso se acomodó a mis pies, dándome cierta sensación de compañía y tranquilidad.

Al poco tiempo, sonó el timbre. Mi corazón dio un vuelco. ¿Sería Clara o… Luís? Me acerqué con cautela a la puerta y abrí: era Clara, con una sonrisa y una bolsa con comida para compartir. —¡Hola! —

me dijo animada—. Pensé que te vendría bien esto mientras esperas a tus padres.

Me sentí aliviada y la invité a entrar. Mientras colocaba la comida en la mesa, intenté olvidarme de Luís y centrarme en la conversación con Clara. Charlamos, reímos y planeamos cómo organizaríamos la celebración cuando llegaran mis padres. Peluso, feliz con la presencia de Clara, jugaba a su alrededor, y yo empezaba a sentir que la tensión que me había estado oprimiendo durante horas comenzaba a relajarse.

De repente, el teléfono volvió a sonar. Mi corazón se aceleró de nuevo. Era Luís. Me quedé paralizada unos segundos, sin saber si contestar o no. Finalmente, decidí ignorar la llamada. No podía permitir que interfiriera en el rato que tenía para disfrutar con Clara y la preparación de la sorpresa. Mientras el teléfono seguía vibrando en la mesa, respiré hondo y me dije que este era el momento de concentrarme en lo que realmente importaba: mi familia y Peluso.

Minutos más tarde, escuché el motor de un coche en la calle. —¡Llegaron! —exclamó Clara, con los ojos brillando de emoción—. ¡Corre, que no se enfríe nada! Me lancé a la ventana y vi el coche de mis padres aparcando. Sentí un torrente de emociones: alegría, alivio y una pizca de ansiedad por todo lo que había sucedido con Luís. Pero por primera vez en horas, me sentí lista para disfrutar del momento y dejar de lado los miedos.

Mi corazón se detuvo por un instante. La voz de Luís, tan tranquila y serena, contrastaba con el torbellino de miedo que sentía por dentro. Intenté mantener la calma, aunque mis manos temblaban y un sudor frío recorría mi espalda.

—Luís… ¿dónde está Clara? —pregunté, mi voz más firme de lo que me sentía.

Hubo un silencio que se me hizo eterno, y cuando él habló, su tono seguía siendo suave, casi hipnótico.

—Tranquila, Adelaida… no le ha pasado nada. Solo la he llevado a un lugar seguro por un rato —dijo, y mi mente empezó a dar vueltas tratando de procesarlo. ¿Seguro? ¿Llevada por quién? ¿A un lugar

seguro? Todo sonaba extraño, pero no podía distinguir si era verdad o una excusa más de su comportamiento imprevisible.

—¿Qué lugar? —insistí, intentando no perder el control—. Necesito saber dónde está, Luís.

—No te preocupes por eso ahora —respondió él, como si quisiera calmarme—. Lo importante es que estés tranquila. Todo está bajo control.

Sentí cómo se me tensaba el estómago y me recorría un escalofrío. Su tono era demasiado seguro, demasiado… manipulador. Mi instinto me decía que algo no estaba bien.

—Luís, no quiero juegos, dime la verdad. ¿Dónde la tienes? —exigí, más decidida, aunque mi voz temblaba por dentro.

Hubo otro silencio, y por un segundo temí que no me respondiera. Luego, de manera sorprendentemente calmada, dijo:

—No te preocupes, Adelaida. Si quieres, podemos vernos y te lo explico todo. Ven sola al parque donde nos encontramos la primera vez.

Mi corazón dio un vuelco. ¿Debería ir? ¿Qué clase de explicación podía darme en un lugar público? Pero por otra parte, necesitaba saber qué estaba pasando con Clara, no podía quedarme en la incertidumbre.

—Está bien… pero quiero que digas la verdad —le respondí, intentando sonar firme.

—Lo haré —dijo, y colgó.

Me quedé en la calle, con el móvil temblando en mi mano y los ojos fijos en el asfalto. La noche estaba silenciosa, la luz de los faroles iluminaba tenuemente la acera. Peluso estaba inquieto a mi lado, olfateando el aire, y yo no podía dejar de pensar en Clara. Tenía que decidir rápido si ir o no al encuentro, pero algo dentro de mí gritaba que esta vez no podía fiarme de Luís.

Respiré hondo, intentando calmarme. Tenía que ser estratégica. Antes de salir, decidí que no iría sola: necesitaba alguien de confianza que supiera dónde estaba y qué estaba pasando. El miedo

y la incertidumbre seguían presentes, pero por primera vez sentí un hilo de determinación: esta vez, no permitiría que Luís me manipulara ni me pusiera a mí ni a Clara en peligro.

CAPITULO 7

Sentí cómo un nudo se me formaba en el estómago mientras miraba a Luís sonriendo, actuando con total naturalidad. Cada gesto suyo me parecía calculado, como si estuviera controlando la situación a su antojo. Mi hermano me lanzaba miradas de curiosidad y preocupación, mientras Clara trataba de mantener la calma y ayudarme a no perder los nervios.

Intenté concentrarme en la celebración, en mi madre y en Peluso, que ahora se había calmado un poco, pero cada vez que Luís hablaba o se movía cerca de mí sentía un escalofrío recorrerme la espalda. Mi mente no paraba de correr: "¿Por qué ha venido? ¿Qué quiere demostrar? ¿Por qué se presenta como mi novio sin avisarme?"

Traté de actuar con naturalidad, sonriendo y contestando de manera educada, mientras por dentro me debatía entre confrontarlo o esperar a que pasara el momento. Miré a Clara de reojo, buscando algún indicio de cómo manejar la situación, y ella me guiñó un ojo sutilmente, como diciendo que todo estaba bajo control y que no me dejara intimidar.

Decidí que no podía quedarme callada y esperar a que Luís dictara las reglas de la reunión. Con el corazón latiendo a mil por hora, tomé aire y me acerqué a él con una sonrisa forzada:

—Luís, creo que hay algo que tenemos que aclarar —dije en voz baja, intentando que sólo él me escuchara.

Él me miró con esa sonrisa que a la vez me atraía y me ponía en alerta, como si supiera exactamente lo que estaba pensando.

—Claro, Adelaida, lo que tú quieras —respondió con calma, inclinándose un poco hacia mí.

Mi hermano y Clara seguían ocupados con la comida, dándome un respiro, y supe que era mi oportunidad. "Necesito que me diga la verdad, sin juegos, sin trucos", pensé mientras lo miraba fijamente. Pero en su mirada había un brillo que no lograba descifrar: ¿era sinceridad o manipulación?

En ese momento, Peluso se levantó de golpe y comenzó a gruñir suavemente, mirando a Luís con recelo. Esa reacción me dio un impulso de valentía y, sin apartar la vista de él, dije:

—No voy a tolerar que juegues conmigo ni con mi familia, Luís. Quiero que me expliques por qué estás aquí y por qué actúas como si fueras mi novio.

Luís se quedó en silencio unos segundos, sonriendo de manera extraña, y luego soltó una risa baja, apenas audible, que me puso los pelos de punta.

—Adelaida… siempre tan directa —dijo—. Muy bien, vamos a aclararlo todo, pero creo que esto merece un momento a solas.

Mi corazón se aceleró de nuevo. ¿Cómo podía proponer eso en medio de la celebración? Miré a mi hermano y a Clara, quienes notaron la tensión, y decidí que no me dejaría llevar tan fácilmente. Tenía que manejarlo con cuidado, no podía dejar que me controlara ni que interfiriera con la fiesta de mi madre.

Mi mente buscaba un plan: "Debo saber la verdad, pero sin quedarme sola con él. Necesito testigos o alguien que pueda ayudarme si esto se complica."

El aire estaba cargado de tensión. Luís estaba frente a mí, confiado, y yo sentía que la próxima decisión definiría cómo continuaría esta noche.

Me sentí un poco frustrada al ver que otra persona se llevaba el premio gordo, pero no dejé que eso me desanimara. Seguía con mis tres cartones frente a mí, analizando cada número con cuidado, tratando de mantener la concentración y la paciencia. El ruido, las luces y la emoción del salón de juegos parecían envolverme, y por un momento logré desconectarme de todo lo que había pasado en casa con Luís y el cumpleaños de mi madre.

Decidí que no podía rendirme todavía, aunque las partidas anteriores no hubieran sido favorables. Con cada número que iba marcando, mi corazón se aceleraba, y cada vez que me acercaba a completar una línea sentía un cosquilleo de emoción en el estómago. Las voces de los demás jugadores y los aplausos por los aciertos ajenos ya no me distraían tanto; estaba centrada en mi propio juego, en esa pequeña posibilidad de ganar y sentir que, aunque fuera por unos minutos, todo estaba bajo mi control.

El presentador comenzó a cantar los números más rápido, la tensión aumentaba y yo seguía revisando mis cartones con cuidado. Cada número que aparecía me acercaba un poco más a mi meta: una línea, aunque fuera mínima, que me devolviera esa sensación de victoria y de suerte en medio del caos de la semana. La concentración era total; no había Luís, ni cumpleaños, ni trabajo, solo los números y la esperanza de que la suerte finalmente estuviera de mi lado.

Entonces, cuando parecía que todo se desvanecería de nuevo, escuché un ¡Línea! que esta vez me pertenecía. Me levanté emocionada, señalando mi cartón mientras los demás aplaudían y el presentador confirmaba mi acierto. Mi sonrisa se desbordó, y sentí un pequeño alivio mezclado con alegría: un momento mío, un pequeño triunfo en medio de tantos nervios y desconciertos.

Mientras recogía el premio menor y me preparaba para seguir jugando, pensé en lo extraño que había sido todo el día. La familia, el cumpleaños, Luís actuando como si fuera parte de la celebración…

y ahora yo aquí, ganando una línea de bingo. Todo parecía un torbellino, pero de alguna manera, por un instante, sentí que podía respirar y disfrutar de algo que solo dependía de mí.

Sentí una mezcla de sorpresa y curiosidad, ¿una fiesta pre-boda? Me pregunté qué tendría en mente mi hermano y cómo podría ayudar. Miré a Clara, que me sonrió y encogió los hombros, compartiendo mi entusiasmo. Mientras guardaba el teléfono, no podía evitar pensar en Luís y en lo extraño que había sido todo últimamente, pero decidí dejar de lado esas preocupaciones por un momento y concentrarme en algo divertido, algo que nos distrajera de tantas tensiones.

Clara y yo empezamos a comentar ideas para la fiesta: decoración, música, aperitivos… Nos reímos imaginando a los invitados y cómo podría sorprenderlos. Peluso, inquieto, corría de un lado a otro, añadiendo su toque de alegría y haciéndonos olvidar un poco las preocupaciones. Mientras organizábamos algunas cosas en la sala, sentí que, por primera vez en mucho tiempo, estaba concentrada en algo positivo y emocionante, algo que no dependía de Luís ni de los problemas del día.

Al mirar el reloj, me di cuenta de que aún quedaba tiempo antes de que mi hermano llegara a casa, así que decidimos preparar algunas pequeñas sorpresas para la fiesta. Las botellas de agua, los dulces y las pipas se convirtieron en parte del plan improvisado; mientras organizábamos todo, la noche parecía más ligera y tranquila, casi como si un poco de normalidad regresara a mi vida.

CAPITULO 8

Unos minutos después sonó el timbre de la puerta. Me sentí aliviada, pensando que era mi hermano viniendo a buscarme tras haberse apagado el móvil. Le dije a Clara que abriría yo, segura de que sería él por la forma de llamar y porque la llamada se había cortado. Pero al abrir la puerta, me encontré con Luís.

—Hola, Adelaida, no esperaba verte por aquí —dijo con una sonrisa que me hizo sentir incómoda—.

Clara se colocó a mi lado, como intentando protegerme.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, intentando sonar firme.

Luís se rió.

—He pasado por tu casa, pero no estabas, y pensé en venir aquí a ver si te encontraba.

Sentí un escalofrío recorriendo mi espalda. Sabía que estaba mintiendo, y eso solo aumentaba mi miedo. ¿Qué hacía aquí a estas horas, en casa de Clara?

—¿Qué quieres? —pregunté de nuevo, intentando mantener la calma.

Luis me miró con una sonrisa enigmática. Por un momento pensé que iba a decir algo, pero se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—Bueno, chicas, otro rato estamos —dijo con una voz que me puso los pelos de punta.

Sentí un suspiro de alivio cuando se fue. Clara me miró preocupada:

—¿Qué pasa, Adelaida? —preguntó.

—¿Qué es lo que quiere de ti? —le respondí, temblando—. Clara, tengo miedo —mi voz apenas se sostenía—. No sé qué está pasando, pero no es nada bueno.

Le pedí que me dejara su móvil para llamar a mi hermano y que viniera a buscarme. No tardó en llegar. Una vez en casa, mi hermano se ofreció a dormir conmigo. Le había explicado la situación con Luís y no le gustaba nada su comportamiento. Cenamos arroz tres

delicias y unos langostinos, y la noche transcurrió con aparente normalidad.

A la mañana siguiente, Ramón me llamó para avisarme que durante unos días el bar permanecería cerrado por la avería. Aprovechando que tenía vacaciones, me levanté con energía, había dormido muy bien, y me puse a preparar la fiesta de la boda con mis padres, que aún estaban en Madrid, y con mi hermano y su novia. Celia estaba ilusionada buscando vestidos de novia, y yo buscaba un vestido para llevar el día de la boda.

Debido a la emoción y al ajetreo, me di cuenta de que llegaba tarde a clase. Me vestí rápidamente, cogí el bolso y las llaves, y me preparé para salir.

—¡Voy a la universidad! —les grité a mi familia, que desayunaba en la cocina hablando de la boda.

Mi madre me sonrió y mi padre me deseó suerte:

—¡Ten cuidado, Adelaida! —me dijeron.

—¡No os preocupéis! —les respondí mientras cerraba la puerta. Bajé las escaleras de dos en dos para no llegar demasiado tarde. Al salir a la calle, miré el reloj: las nueve y cinco. ¡Mierda! Llegaba cinco minutos tarde. La clase de la mañana estaba en el cuarto piso y no tenía tiempo de subir andando, así que tomé el ascensor.

La clase y la mañana transcurrieron con normalidad, y me llevé bastante trabajo para hacer en casa. Al no tener que ir al bar, tendría tiempo suficiente para hacerlo.

Al salir de la universidad, mi teléfono sonó y sentí un miedo tremendo al ver el nombre de Luís en la pantalla.

—Hola, Adelaida —dijo con voz suave y dulce—. ¿Cómo estás?

Sentí un nudo en el estómago, una mezcla de angustia y nerviosismo. No quería hablar con él, pero necesitaba saber qué estaba pasando.

—¿Por qué ese día me llamaste de un número largo y extraño? —pregunté.

Luís se rió, un sonido que me hizo sentir incómoda.
—Quería hablar contigo en privado —dijo con voz suave—. No quería que nadie escuchara nuestra conversación.

Un nudo se formó en mi estómago.
—¿Qué conversación? —intenté sonar calmada.

Hubo un silencio y luego dijo:
—La conversación que tenemos ahora.

—¿Conversación? —me pregunté a mí misma—. No me estaba diciendo nada concreto.

—Una conversación que no podemos tener en público.

Mi mente giraba, buscando sentido a sus palabras. ¿Qué quería Luís de mí? ¿Quién era realmente? ¿Por qué me hablaba de esta manera?

—¿Qué quieres, Luís? —pregunté, intentando sonar firme.

Se rió, una risa que parecía esconder algo.
—Quiero verte, Adelaida —dijo en un tono bajo y dulce—. Hay algo que debemos hablar en persona.

Sentí un miedo atroz. No, no era buena idea.
—Lo siento, Luís —dije—. No quiero verte.

—Te arrepentirás de esto, Adelaida —me advirtió con voz amenazante. Acto seguido, la llamada se cortó.

Empecé a andar por la calle sin rumbo, tratando de procesar lo ocurrido. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué me había amenazado? ¿Debía ir a la policía? Pero no sabía nada de él: no lo conocía, no tenía pruebas. ¿Cómo iba a ir así? ¿Debía contárselo a mi hermano o a Clara?

Unos minutos después, mi teléfono volvió a sonar y un miedo intenso recorrió mi cuerpo. Esta vez vi el nombre de mi padre en la pantalla.

—Hola, papá —dije, intentando sonar normal, ocultando mi miedo.

—Adelaida, hija —me dijo con voz dulce y alegre—. Tenemos noticias: tu hermano y Celia han decidido ir a Oviedo para seguir preparando la boda y no molestarte, ya que estás con exámenes. Mamá y yo nos vamos con ellos.

Sentí un terror helado. ¿Qué? ¿Se iban todos? Me quedaba sola en Madrid. Sola con Luís suelto.

—Papá… —empecé, buscando las palabras—.

Pero mi padre interrumpió:
—No te preocupes, hija. Vas a estar bien. Solo céntrate en tus clases y en tus cosas. Nos vemos en unas semanas.

Se hizo el silencio. El teléfono estaba muerto. Me quedé unos segundos mirando la pantalla, paralizada. Luego decidí volver a casa. Por el camino, no paraba de mirar a los lados y hacia atrás, por si veía algo sospechoso… o a Luís. No vi nada, todo estaba en orden. Opté por tomar un barrio lejano para que nadie pudiera encontrarme si alguien me seguía.

Aún así, no podía dejar de pensar en Luís. Necesitaba despejarme. Recordé que a esas horas la sala de juegos estaba cerrada, pero entonces vi una placa en un portal: *Centro médico, psicólogos y psiquiatras, otras especialidades*. Me sentí un poco más tranquila: quizás hablar con un profesional me ayudaría a entender qué estaba pasando y cómo manejar la situación con Luís. Me apunté el número y continué hacia casa, sintiendo una chispa de esperanza: no estaba completamente sola.

Casi llegando, vi otra placa idéntica, con el mismo número. «Qué raro… —pensé—. Será un profesional nuevo, porque antes no la había visto».

Al llegar a casa, me senté en el sofá y miré el número que había apuntado. *¿Debo llamar? ¿Debo contarle a alguien lo que está pasando?*

El miedo y la incertidumbre me envolvían, pero por primera vez en mucho tiempo, sentí un hilo de posibilidad: quizás no todo estaba perdido.

Me quedé sentada, mirando el número en la pantalla del teléfono sin saber qué hacer. De repente, el silencio de la casa me hizo sentir completamente sola. Me levanté y cerré todas las ventanas y puertas, asegurándome de que todo estuviera seguro. Miré el reloj: todavía quedaba un buen rato hasta la hora de la comida y luego

hasta que tendría que ir a recoger a Peluso. Hoy Clara me pagaba, y con ese dinero podría ir a la sala de juegos a probar suerte con un poco de bingo.

Me quedé mirando el reloj de la cocina, escuchando el tic tac de las manecillas, y sentí como si estuviera esperando algo. Algo que no sabía qué era.

Entonces, el teléfono sonó de nuevo. Me sobresalté y mi corazón empezó a latir con fuerza. Miré la pantalla y el tiempo pareció detenerse: un número desconocido.

Cogí la llamada con miedo. Al otro lado, una voz dulce y suave me habló:

—Hola, Adelaida. Me llamo Irene, de la clínica veterinaria Pasos. Necesitamos una veterinaria para trabajar a media jornada por las tardes.

No dudé ni un segundo. Le pedí la dirección y salí corriendo hacia allá.

Pronto llegué y, nada más entrar, fui a la recepción y pregunté por Irene. La chica de la mesa, con voz áspera, me dijo que me sentara en la salita de espera y que pronto me llamaría. Me acomodé en una silla de terciopelo verde, intentando calmar los nervios. Estaba ansiosa; este trabajo parecía poder ajustarse perfectamente a mis horarios. La sala estaba decorada con una gran pecera llena de peces y, a su lado, una jaula con un periquito azul que no dejaba de cantar.

Unos minutos después, una chica con uniforme de veterinaria salió y me llamó:

—¿Adelaida, verdad? —dijo con una sonrisa amable.

Asentí con la cabeza y la seguí hasta una gran oficina con ventanales que daban a un parque donde corrían varios perros.

—Gracias por venir —dijo Irene, sentándose en su gran silla negra—. Soy la dueña de la clínica. ¿Cómo estás?

Le conté sobre mí, y ella me hizo preguntas sobre mi experiencia con animales. Me sentí cómoda hablando con ella y su interés

genuino me llenó de confianza.

Después de unos minutos, se inclinó hacia mí y preguntó:

—¿Quieres el trabajo?

—Sí, por favor —respondí, con una ilusión que casi me hacía temblar.

Irene rió y me tendió la mano.

—Entonces, bienvenida a la clínica veterinaria Pasos. Empezarás mañana, de cinco y media a nueve y media de la tarde.

Me levanté y le estreché la mano, sintiendo un gran orgullo y emoción. Tenía un nuevo trabajo, un nuevo comienzo, y por primera vez en mucho tiempo, sentí que mi vida podía tomar un rumbo positivo.

Mientras caminaba de regreso a casa, vi de nuevo la placa del centro médico en otro portal distinto. Esta vez decía "Equipo médico psiquiátrico y psicológico". No le di demasiada importancia; seguí mi camino. Al llegar, me sentí tranquila después de la entrevista, me cambié de ropa y me senté en la cocina a comer algo. Mientras comía, no podía dejar de pensar en la posibilidad de comenzar una nueva vida con este trabajo. Por un momento, Luís desapareció de mi mente.

Después de comer, me tumbé en el sofá, pero no podía contener las ganas de llamar a Clara para contarle la noticia. Fui a la cocina, cogí el teléfono y marqué su número.

—Hola, Clara —dije—. He tenido una entrevista de trabajo y me han cogido. Empiezo mañana.

—¡Eso es genial! —exclamó Clara—. ¡Tenemos que celebrarlo!

—Me encantaría —le respondí—. Si quieres, puedo pasar una hora antes de recoger a Peluso y tomamos un refresco.

Me sentí tranquila tras hablar con ella. Luego llamé a mis padres para darles la noticia. Mi madre me contestó enseguida:

—¿Hola, bomboncito? —dijo.

—Hola, mamá. Tengo una noticia que daros. —Le conté lo de la clínica veterinaria, el horario de tardes y que todo había salido bien.

Escuchar la alegría en la voz de mi madre me llenó de orgullo y felicidad. Le dije que la quería y colgué.

Me senté en el sofá con un sentimiento de logro. Todo parecía estar saliendo bien… hasta que algo captó mi atención: un hombre estaba parado en la calle, mirando hacia mi ventana. No podía distinguir su cara, pero pronto me di cuenta de que no era Luís. Me levanté de un salto y cerré las cortinas. No quería que nadie me estuviera observando, pero no podía evitar preguntarme quién sería ese hombre y qué quería.

Cuando llegó la hora, me dirigí a casa de Clara con entusiasmo. Ella abrió la puerta pronto y le conté que en varios lugares había visto placas de psicólogos y que estaba pensando en hablar con un profesional. Me escuchó atentamente.

—Me parece genial que estés considerando buscar ayuda —me dijo Clara, sentándose en el sofá—. A veces hablar con alguien puede ayudarte a aclarar las cosas.

Le sonreí y le conté que me sentía un poco abrumada con todo lo que estaba pasando. También le dije lo del trabajo en la clínica, y lo emocionada que estaba de poder llevar a Peluso conmigo.

—¡Eso es genial! —exclamó Clara—. ¡Peluso va a estar encantado de jugar con otros perros!

Justo en ese momento sonó mi teléfono. Era el encargado del bar donde trabajaba.

—Hola, Adelaida —dijo—. Quería hablar contigo sobre el bar. Vamos a estar cerrados unas semanas más para poder hacer algunas reparaciones por la fuga de agua que hemos tenido.

Sentí un poco de tristeza. Había trabajado en ese bar desde que llegué a Madrid, y me daba pena dejarlo. Pero también sabía que sería incompatible compaginarlo con mi nuevo trabajo en la clínica.

Le conté que había conseguido un empleo en una clínica veterinaria y que dejaría el bar.

—Me alegro de que por fin hayas encontrado un trabajo de lo tuyo —me dijo—. Estoy seguro de que serás muy feliz en la clínica, dedicándote a lo que realmente te gusta.

Me emocioné al escuchar sus palabras. Le agradecí todos estos años y le dije que los echaría de menos.

Una vez colgué, Clara me preguntó cómo me sentía al haber dejado el bar.

—Me siento un poco triste, pero a la vez animada. Sé que es lo mejor para mí —respondí.

—Llevas razón —dijo Clara, dándome un fuerte abrazo—. Estás haciendo lo correcto y vas a ser muy feliz en la clínica.

Me sentí muy contenta con su apoyo. Quedaba poco para las cinco de la tarde, hora en que empezaría mi turno en la clínica, así que decidí aprovechar la tarde libre con Peluso. Nos dirigimos al parque canino, que estaba lleno de perros corriendo, jugando con palos y pelotas. Solté la correa de Peluso y pronto estaba correteando entre los demás perros.

Me senté en un banco y recordé la clínica psicológica que había visto por la ciudad. Decidí llamar. El hombre que me atendió fue muy amable y me dijo que podía darme cita cuando quisiera. Me pareció extraño que no mencionara otros pacientes, pero no le di demasiada importancia y volví a disfrutar viendo a Peluso jugar.

Sin embargo, algo en mi interior me decía que no todo estaba bien.

—Vamos, Peluso —le dije, y él corrió a mi lado cuando le puse la correa—. Vamos a casa.

Mientras caminábamos de regreso, no podía evitar sentir que alguien nos seguía. Me giré varias veces, pero todo parecía normal: coches pasando, personas hablando, la ciudad tranquila.

Me senté en un banco un momento, intentando relajarme. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué me sentía tan inquieta?

Me levanté y continué hacia casa. Mientras caminaba, recordaba con ilusión el nuevo trabajo y la fiesta de la boda que se acercaba.

Al llegar a mi calle, vi de nuevo la placa del centro psicológico en otro portal. Esta vez también mencionaba medicina general. Supuse que era simplemente publicidad por distintos lugares de Madrid. Subí a casa y me preparé para darme una ducha.

Justo cuando iba a entrar al baño, sonó el timbre. Peluso empezó a ladrar como nunca antes lo había hecho.

—¿Quién es? —pregunté, intentando sonar calmada. No hubo respuesta.
—¿Hay alguien? —volví a preguntar. De nuevo, silencio.

Miré por la mirilla, pero no vi nada.

Decidí enfrentar la situación y abrí la puerta lentamente. Para mi sorpresa, había un niño pequeño parado allí.

—Hola —me dijo.
—Hola… ¿y tus papás? —pregunté.
—Estoy bien, solo he venido a devolverte las bolsas de las caquitas de tu perro que se te cayeron en el parque.

Me sentí un poco tonta. Todo mi miedo y tensión se habían debido a un simple malentendido.

—¡Oh, gracias! —dije, agachándome a recoger las bolsas—. ¿Se te habían caído, verdad?

El niño asintió con la cabeza.

—Lo siento, no te había oído llamarme —dijo, y me sonrió antes de irse corriendo—. Mis padres están en el parque, me escapé solo para devolvértelas.

Una vez que cerré la puerta, me quedé parada un momento, respirando hondo. Todo había sido un malentendido. Sin embargo, un leve escalofrío recorrió mi espalda: por un instante, no pude evitar preguntarme qué otros pequeños misterios me esperaba Madrid.

CAPITULO 9

Al tener la tarde libre, decidí llamar a la clínica psicológica y confirmar que asistiría a mi primera sesión de terapia. El señor amable que me atendió me indicó que solo podía acudir a la de la calle La Paz, número cuarenta y cuatro, izquierda. No le di demasiada importancia; pensé que quizá las otras sucursales no estarían abiertas.

Me dispuse a salir de casa, tan contenta por recibir ayuda, que se me olvidó coger la cartera para luego ir a la sala de juegos. Me puse la chaqueta y salí con dirección a la clínica. Al llegar, me sorprendió la cantidad de gente en la sala de espera, algo que me resultó extraño, ya que el señor que me había atendido por teléfono me dijo que podía ir cuando quisiera.

—Mi nombre es Adelaida —le dije a la recepcionista—, he avisado al doctor que venía.

—Sí, Adelaida, el doctor te está esperando. Puedes pasar.

Me levanté y me dirigí hacia la puerta, notando cómo la gente de la sala me observaba. Yo había llegado la última, pero aún así me sentí… expuesta.

El psicólogo me recibió con una sonrisa amable.

—Encantado, soy Jorge —dijo—. Adelaida, gracias por venir. Por favor, pasa. ¿En qué puedo ayudarte?

Me detuve un momento, pensando en qué podía decirle, qué temas tocar y cuáles evitar. Al final, decidí abrirme por completo; después de todo, era un especialista que podía ayudarme.

—Necesito hablar sobre mi vida… siento que algo no está bien.

—Está bien, Adelaida. Estoy aquí para escucharte y ayudarte —me respondió.

Me sentí más cómoda y empecé a relatarle todo: mi viaje de Oviedo a Madrid, el nuevo trabajo, Peluso, Clara… y, sobre todo, Luís, que tanto me preocupaba.

Mientras hablaba, notaba algo extraño en la habitación: era más vacía que otras consultas. Solo un cuadro colgado en la pared con el título de psicología, lo que al menos me confirmó que realmente era

un profesional. Me relajé un poco, aunque algo dentro de mí no dejaba de estar alerta.

Cuando el psicólogo me pidió que le hablara de Luís, sentí un escalofrío. Era un tema delicado, pero sabía que era lo correcto.

—Lo conocí una noche mientras paseaba a Peluso, el perro de Clara —empecé—. Se acercó y se ofreció a acompañarme a casa de Clara. Me sentí protegida; era amable y simpático. En pocos minutos me puse a confiar en él. Cuando llegué a mi portal, me pidió mi número y me envió un mensaje de buenas noches.

El psicólogo escuchaba atento, animándome a seguir.

—Pero luego noté comportamientos extraños —continué—. Me llamaba de números extraños, siempre estaba cerca de mí, parecía saber dónde estaba. Nunca me sentí acosada, pero sí incómoda, y algo de miedo apareció. En el cumpleaños de mi madre, delante de toda mi familia, se presentó como mi novio; trajo vino y bombones. Una vez apareció en casa de Clara, supuestamente buscándome, cuando yo no estaba… era muy extraño, ya que debía estar trabajando a esas horas.

El psicólogo se inclinó hacia adelante, serio.

—¿Y qué crees que está pasando, Adelaida? ¿Por qué crees que Luís se comporta así?

—No lo sé —dije—. Eso es lo que me preocupa: no saber qué quiere de mí ni por qué actúa así.

El psicólogo no dejaba de tomar notas.

—Está bien, Adelaida. Durante varios días trabajaremos en esto. Quiero que te sientas segura y protegida.

Me sentí aliviada, pero algo en su mirada me inquietó. Era como si supiera algo que yo desconocía. Un escalofrío recorrió mi espalda. ¿Qué estaba pasando? ¿Tenía algo que ver él con mis temores?

La sesión se alargaba y yo me sentía cada vez más cómoda hablando sobre mi vida. Le conté más sobre Clara, nuestras aventuras juntas… pero había algo en la manera en que hacía las

preguntas que me incomodaba, como si buscara algo que yo no veía.

—¿Y Clara cómo se lleva con Luís? —preguntó de repente.

Me sorprendió la pregunta.

—¿Qué? —dije—. No se llevan, Clara está tan asustada como yo… aunque dice que a veces estoy paranoica.

El psicólogo me observaba mientras escribía algo en su cuaderno.

—¿Y ese pensamiento de Clara te molesta? —preguntó.

—Sí —dije—. Sé que algo raro hay con Luís, pero mi hermano y Clara no le dan importancia.

El psicólogo asintió, serio.

—Adelaida, creo que es importante que hablemos más sobre esto. La próxima sesión quiero que me cuentes más sobre tu relación con Clara y con Luís. ¿Te parece bien?

Me sentí confundida, pero acepté.

Una vez fuera, llamé a mi madre y le conté todo. Me sentí más tranquila después de hablar con ella; siempre me apoyaba y sabía cómo hacerme sentir segura. Luego fui a recoger a Peluso, que me esperaba moviendo la cola.

Mientras caminábamos por el parque, no podía dejar de pensar en las preguntas del psicólogo. ¿Por qué tanto interés en Clara y Luís? Peluso se detuvo a oler un árbol y yo me senté en un banco, contemplando el parque tranquilo. Respiré hondo y decidí dejar que las cosas fluyeran; no podía controlarlo todo.

El sol comenzaba a ponerse cuando nos dirigíamos a casa. Mi madre me llamó para darme noticias de la boda de mi hermano: habían decidido celebrarla en Oviedo con todos los amigos. ¡Me encantó la idea! Me ilusioné pensando en el viaje y en poder distraerme de todo lo que estaba pasando últimamente.

Al llegar a casa de Clara para dejar a Peluso, ella abrió la puerta con una sonrisa. Me acomodé en su sofá azul y le conté todo sobre la sesión.

—Le hablé de ti y de Luís, sobre todo de lo que estaba pasando con él —le dije—. Me pareció extraño que solo le interesara eso para la siguiente sesión.

—¿En serio? —dijo Clara sonriendo—. Bueno, eso es lo que hacen los psicólogos: buscan cosas que no sabemos que están.

—Gracias, me has quitado un peso de encima —le dije—. Estaba muy nerviosa.

—¿Y te dio alguna tarea? —preguntó curiosa.

—Solo que en la próxima sesión hablaremos más de Luís y de ti —respondí.

Me despedí de Clara y emprendí el camino a casa. El aire fresco de la noche me envolvía mientras mis pensamientos regresaban a la sala de juegos. A pesar de haberme prometido no volver, sentía una extraña atracción por ese lugar: el sonido de las monedas cayendo, las luces, los cartones del bingo… Me pregunté si debía contárselo al psicólogo. ¿Debía admitir que me resultaba imposible dejarlo? Un miedo sutil me recorrió, pero también sabía que debía ser honesta conmigo misma y con él.

CAPITULO 10

Me fui a casa con una sonrisa en la cara, pensando en el día que me esperaba mañana: los últimos exámenes del máster y luego… ¡el nuevo trabajo! Estaba emocionada por empezar esta nueva etapa, pero antes debía recoger a Peluso. Mientras caminaba, sentía cómo la tensión acumulada de semanas se desvanecía con cada paso. Mañana sería un buen día… estaba segura.

Al llegar a casa, me metí en la cama, agotada. Cerré los ojos e imaginé aprobar los exámenes con nota y luego empezar mi nuevo

trabajo con una sonrisa. Pronto, el sueño me venció.

A la mañana siguiente, la luz del sol entraba por las cortinas, iluminando mi habitación con un resplandor cálido. Me levanté llena de energía, pero el sonido del teléfono me sobresaltó. Un número desconocido aparecía en la pantalla. ¿Quién sería a estas horas?

—Hola —dije, intentando sonar tranquila.

—Hola, Adelaida —dijo una voz serena, pero que hizo que un escalofrío me recorriera—. Soy Jorge, el psicólogo. Llamo para confirmar nuestra cita de hoy. ¿Puede venir antes de sus clases en la universidad?

Sentí un nudo en el estómago. ¿Cómo sabía que tenía clases? La sensación de invasión me hizo retroceder un paso mental. La primera vez que llamé me dijeron que no necesitaba cita. ¿Por qué insistía ahora?

—Disculpe, creo que hubo un malentendido —dije—. Cuando llamé, me dijeron que podía ir sin cita.

Un silencio profundo se prolongó. Mi respiración se aceleró.

—Ah, sí… lo siento —dijo Jorge finalmente—. Debe haber sido un error. ¿Puede venir antes de sus clases?

No me sonó convincente. Algo no encajaba. Recordé la conversación con Clara: "Parece saber lo que hace", me dijo. Pero ahora no estaba tan segura.

Salí de casa, con el sol brillando y la ciudad llena de movimiento, pero yo sentía como si estuviera atrapada en otra dimensión. Cada paso era consciente, cada mirada a mi alrededor sospechosa. Hacía tiempo que no sabía nada de Luís, y aunque no me había llamado desde la amenaza, no podía evitar preguntarme si algo estaba pasando.

Al llegar a la consulta, la sala de espera estaba llena. Las mismas personas del día anterior, quietas, casi congeladas en el tiempo. ¿Cómo podían estar todos allí, exactamente igual que ayer? Intenté ignorarlo, pero la sensación de déjà vu se aferraba a mí como una sombra.

Cuando Jorge apareció y llamó a David, un paciente que había llegado antes, mi intuición gritó: esto no era normal. No había grupo de terapia, ni orden de citas evidente. La sala estaba silenciosa, la recepción vacía, los pacientes con expresiones serias… todo era demasiado perfecto, demasiado extraño.

Finalmente, Jorge me llamó. Entré y mi respiración se volvió pesada. La consulta había cambiado: muebles nuevos, paredes recién pintadas, un olor a fresco que parecía ocultar algo más. Él me sonrió, con la calma de quien sabe más de lo que dice.

—Hoy vamos a hablar sobre tu amiga Clara, Adelaida —dijo—. ¿Qué tipo de persona es? ¿A qué se dedica?

Mi corazón se aceleró. ¿Por qué tanto interés en Clara?

—Es especial para mí. Divertida, buena amiga y siempre dispuesta a ayudarme —respondí, intentando mantener la voz firme.

Jorge asentía, escribiendo en su móvil sin levantar la mirada, mientras seguía interrogándome:

—¿Qué hace en su tiempo libre? ¿Algún hobby? ¿Pasa muchas horas sola? ¿Qué horas suele estar sola? ¿Cómo es su relación contigo? ¿Son cercanas?

Cada pregunta aumentaba mi incomodidad. Era un interrogatorio disfrazado de consulta. Le pregunté por qué necesitaba saber tanto. Su explicación: medir picos de ansiedad según cuándo las personas están solas. Intenté relajarme, aunque la sensación de vigilancia no desaparecía.

—¿Y los fines de semana, suele estar sola? —insistió.

—Sí, siempre —contesté, con un nudo en el estómago.

Jorge no levantaba la vista. Parecía saber exactamente lo que buscaba, algo que yo no podía ver. De repente, me miró a los ojos con intensidad.

—Adelaida, ¿puedo hacerte una pregunta más?

Mi cuerpo se congeló. Un miedo helado recorrió mi columna.

—Sí, claro —dije, con la voz temblando apenas perceptiblemente.

—¿Has notado algo extraño en Clara? Algo que te haga pensar que podría estar en peligro…

El pánico me envolvió. ¿Qué insinuaba? ¿Qué sabía él que yo no sabía? Me levanté de golpe y me dirigí a la puerta, cada fibra de mi ser gritando que debía salir.

—¡Adelaida, espera! Aún no hemos acabado —gritó Jorge detrás de mí.

Corrí sin mirar atrás, atravesando la recepción. Las mismas personas que antes parecían inofensivas ahora me resultaban amenazantes, sombras en un escenario que había dejado de ser seguro. Salí a la calle corriendo, el aire fresco golpeando mi cara, sabiendo solo una cosa: tenía que alejarme de allí, de Jorge, y de todo lo que esa consulta escondía.

CAPITULO 11

—¡Adelaida, por favor! —volvió a oírse la voz de Jorge detrás de mí —.

No me detuve. Salí a la calle, el sol golpeándome la cara, sin saber a dónde iba, sin rumbo fijo. Corría, el corazón latiéndome con fuerza, y cada sombra parecía moverse a mi alrededor. Vi un banco, caí sobre él, cubrí mi rostro con las manos y lloré, intentando asimilar lo que acababa de pasar.

¿Qué había ocurrido en esa consulta? ¿Por qué me sentí tan amenazada? ¿Qué sabía Jorge que yo ignoraba? ¿Por qué la sala había cambiado de la noche a la mañana? Traté de calmarme, diciéndome que eran imaginaciones mías, pero algo dentro de mí gritaba que no era así.

Empecé a caminar de un lado a otro, frenética, intentando borrar esa sensación de peligro. Tomé el teléfono y marqué a Clara, las manos temblándome.

—Clara, soy yo —dije, tratando de controlar mi nerviosismo—. Voy para tu casa, necesito hablar contigo.

—¿Qué pasa, Adelaida? ¿Estás bien? —su voz denotaba preocupación.

—Sí… sí, solo necesito contarte algo —le respondí, respirando con dificultad. Le conté todo: las preguntas obsesivas de Jorge, cómo parecía espiarme, cómo ya no escribía en su cuaderno sino en su móvil.

—Me sentí vigilada… como si estuviera en medio de un interrogatorio —dije—. No sé qué está pasando, pero no me gusta nada.

Clara escuchó atentamente. —Los psicólogos también se preocupan por tu entorno —me dijo—. Es normal que pregunten por Clara, por Luís… no tienes por qué alarmarte.

Intenté calmarme, pero la duda me corroía. ¿Cómo sabía que tenía clases? ¿Qué significa que tenga acceso a información privada? Un escalofrío me recorrió la espalda.

—Adelaida, esto deberíamos hablarlo en persona —dijo Clara, con voz firme—. No quiero que hablemos de esto por teléfono.

¿Estaba escuchando Jorge nuestras llamadas? Sacudí la cabeza, intentando borrar el pensamiento. No… no podía ser.

Colgué y salí corriendo hacia su casa. El vacío en el estómago era insoportable; no había comido nada, pero el hambre desapareció frente a la urgencia de entender lo que estaba pasando. Clara me esperaba en la puerta. Entré, y nos sentamos en el sofá azul del salón.

—Clara, ¿qué está pasando? —pregunté, la ansiedad recorriéndome cada centímetro del cuerpo—. ¿Por qué Jorge tiene acceso a mi información? ¿Qué quiere de mí?

Clara intentó tranquilizarme. —Todos los psicólogos acceden a cierta información para conocerte mejor, no hay de qué preocuparse.

Pero yo sabía que había algo más. La forma en que Jorge me interrogó sobre Clara y Luís, su mirada fija, cómo escribía en el móvil… algo no encajaba. Y de pronto recordé a Luís. La última amenaza, los bombones en el cumpleaños de mi madre… todo volvía a mi mente en un torbellino de preguntas sin respuestas.

—Clara, ¿y Luís? —pregunté, el nudo en mi estómago haciéndose insoportable—. ¿Tiene algo que ver con todo esto?

Clara permaneció en silencio unos segundos, luego dijo: —No te preocupes por Luís, no tiene nada que ver.

Pero algo en su expresión me decía lo contrario. Intenté centrarme en el nuevo trabajo y el viaje a Oviedo, pero mi mente volvía una y otra vez a Jorge, a Luís, a la sensación de peligro latente.

Me levanté, caminando de un lado a otro, atrapada en un laberinto de pensamientos que no encontraba cómo resolver.

—Clara, ¿qué está pasando? —volví a preguntar, la voz temblorosa —. ¿Por qué siento que estoy en peligro?

Clara se acercó y me tomó de las manos: —Adelaida, no hay nada que temer. Solo tu imaginación. Relájate.

Pero yo sabía que no era solo imaginación. Sentí la necesidad de mantener el control. —No volveré al psicólogo —le dije, firme—. No quiero sentirme así otra vez.

Clara suspiró, preocupada. —Como amiga, te digo que deberías volver. Te ayudará. Solo dale tiempo.

—No —repuse, con decisión—. No voy a volver. No me gusta cómo me hace sentir, no me gusta cómo me mira.

Clara se levantó del sofá. —Tienes que comer algo, no has comido en todo el día.

Asentí. Mientras ella preparaba algo de comer, puse la mesa, intentando distraerme, pero mi mente seguía volviendo a Jorge. Cada sonido, cada sombra, cada silencio me recordaba la sensación de estar observada.

Después de comer, ayudé a recoger y nos preparamos para salir a trabajar. Sentí un alivio momentáneo.

—¿Estarás bien? —preguntó Clara antes de separarnos.

—Sí, tranquila —respondí—. Estaré bien, gracias por la comida.

Mientras caminaba por la calle, la duda no me abandonaba. ¿Estaba tomando la decisión correcta al no volver al psicólogo? ¿O estaba dejando escapar algo crucial?

Decidí ir a la sala de juegos para despejarme, pero aún no habían abierto. Recordé otra en otro barrio y, con pocas monedas en el bolsillo, me dirigí hacia allí.

El aire fresco y el sonido de mis pasos en la acera me ayudaban a calmarme. Estaba disfrutando de mi soledad, por primera vez en días.

De repente, el teléfono sonó. Miré y vi su nombre: Luís. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. ¿Casualidad? ¿Destino? Me quedé paralizada en medio de la calle. La gente pasaba a mi lado, pero no la veía. Solo pensaba en él.

Finalmente, contesté: —Hola —dije, intentando sonar casual.

—Lo siento, Adelaida —dijo Luís con voz suave, cargada de sinceridad—. Siento si te he hecho sentir mal. He pasado por momentos difíciles y… no debí haberte amenazado.

—¿Qué pasa, Luís? —pregunté, tratando de mantener la calma.

—¿Podemos vernos? —interrumpió—. Me gustaría hablar contigo en persona.

El nudo en mi estómago se mezclaba con intriga. ¿Qué había pasado? ¿Por qué quería verme ahora? Me sentí cautelosa, pero también intrigada.

—A ver… —dije, intentando ganar tiempo—.

—¿Qué pasa, Luís? —pregunté, conteniendo la curiosidad y el miedo al mismo tiempo—. ¿Por qué quieres verme?

Se rió suavemente, con esa voz que hacía que mis defensas bajaran un poco. —No te preocupes, Adelaida, no es nada malo —dijo—. Solo quiero hablar contigo.

Me quedé en silencio, sosteniendo el teléfono con fuerza, escuchando cada palabra. Había algo en su tono que me hacía confiar, a pesar de todo. —Bueno… ya veremos, Luís —respondí—. Tengo muchas cosas que hacer.

Se despidió y colgó. Yo me quedé con el teléfono en la mano, inmóvil, con mil preguntas girando en mi mente: ¿Por qué llamaba ahora? ¿Qué había cambiado? Sacudí la cabeza intentando pensar en otra cosa.

Miré la puerta de la sala de juegos, buscando algún cartel que prohibiera el paso de mascotas. Al no encontrar nada, cogí a Peluso en brazos y entré.

—¿Puedo entrar con él? —pregunté en la barra.

El camarero sonrió. —Sin problema, solo que lo tengas atado —dijo.

Le di las gracias y pedí un refresco, mientras el sonido de las máquinas tragaperras y las luces centelleantes me envolvían. Peluso miraba a su alrededor, alerta, como si supiera que algo extraordinario estaba por pasar.

Introduje las monedas y empecé a jugar. Las ruedas giraban, luces parpadeaban y los sonidos de las máquinas llenaban el aire. Gané un par de veces, pero perdí más. Mi mente divagaba entre el nuevo trabajo, el examen que había perdido por la visita al psicólogo y la

sensación de estar atrapada en un mundo demasiado grande para mí.

De repente, la máquina se detuvo, y una música atronadora empezó a sonar. Las luces estallaron y una voz gritó: —¡Felicidades, has ganado el máximo premio!

Monedas comenzaron a brotar como un torrente, cayendo sin parar. La sala entera aplaudía, mientras yo me sentía atrapada entre euforia y ansiedad. ¿Cómo podía disfrutar si el reloj avanzaba implacable? Miré: 5:23. Siete minutos para llegar al trabajo.

Peluso se escapó de mis brazos en medio del caos de monedas. —¡Lo tengo! —gritó una chica, sosteniéndolo mientras yo corría hacia ella, riendo y entregándole veinte euros de gratitud. Con Peluso de nuevo en brazos y el bolso lleno de monedas, salí disparada hacia la clínica. El tráfico, los transeúntes, todo desapareció a mi alrededor: solo existía mi carrera contra el tiempo.

Llegué a las cinco y media. La clínica aún cerrada, pero al menos estaba a tiempo. Recordé las palabras de Clara sobre Jorge y decidí llamarle:

—Jorge, hola —dije, tratando de sonar tranquila—. Ahora mismo entro a trabajar, pero podría pasar después por tu consulta para un justificante de que estuve en tu consulta esta mañana y no pude hacer el examen.

—Sí, claro —dijo él, con voz serena—. Todo bien después de salir corriendo de la consulta… Debemos trabajar en esos miedos que tienes.

Un escalofrío recorrió mi espalda al recordar sus preguntas sobre Clara y el peligro. —Sí… todo bien —respondí, con voz firme, intentando no traicionar mi inquietud.

En ese instante, Irene, la dueña de la clínica, abrió la verja con un mando y me sonrió cálidamente: —¡Adelante, Adelaida! —Me guió adentro, abrazándome—. Estamos emocionados de tenerte aquí.

La presentación con los compañeros fue un soplo de aire fresco. Javier, el veterinario, me dio un apretón de manos firme y amable; Sofía, la auxiliar, me abrazó con entusiasmo; Juan, el técnico de

laboratorio, me enseñó cada rincón con paciencia y simpatía. Todo parecía perfecto, seguro… un oasis después de la tormenta.

Irene me llevó al jardín cubierto, donde Peluso corrió libremente entre juguetes y chuches. Su alegría era contagiosa, y por un instante olvidé la sombra de Jorge.

—Ahora que Peluso está ocupado —dijo Irene—, vamos a hablar de tu trabajo.

Me llevó a una sala pequeña, me explicó cada detalle, cada responsabilidad, cada rutina. Sentí que podía con esto, que estaba lista para enfrentar un nuevo desafío. Cada sonrisa, cada gesto amable de mis compañeros, me daba confianza y calma.

El día pasó rápido: cirugías exitosas, clientes agradecidos, animales cuidados. Al final, Irene me sonrió: —Ha sido un día largo, ¿verdad?

—Sí —dije, exhausta pero feliz—. Ha sido increíble.

Cuando mencioné ir a la consulta de Jorge, Irene asintió sin hacer preguntas, confiando en mí. Me sentí aliviada; no quería dar explicaciones todavía.

Llegamos a la consulta, llamé al timbre, nada. Volví a llamar, aún nada. Mi corazón empezó a acelerarse: ¿Qué pasaba? ¿Por qué no me abría Jorge si le había dicho la hora exacta?

Una sensación de peligro volvió a recorrerme. Todo parecía tranquilo, pero en mi interior sabía que algo estaba a punto de cambiar.

Irene me mira y me dice: —¿Estás segura de que es esta clínica de aquí? —Le digo que sí, que ya había venido antes, pero esta vez se me está haciendo raro que no me conteste porque ya le había avisado que iba a venir. Vuelvo a llamar al timbre y esta vez, después de un rato, la puerta se abre. Jorge nos recibe con su bata blanca, nos mira y nos dice: —Hola, lo siento, tarde en abrir.

Es ahí cuando me siento un poco confundida: ¿por qué tardó tanto? Irene me da un empujoncito y me dice: —Vamos, Adelaida, entra. Me sonríe y se despide de mí: —Te dejo aquí, tengo que irme, si necesitas algo me llamas.

Una vez dentro, me doy cuenta de que estamos solos. La sala de espera está vacía, miro a los alrededores y no hay nadie más en la clínica, así que me echo la mano al bolsillo por si tengo que llamar a alguien de inmediato, pero entonces me acuerdo de algo que me hace olvidar mis temores: ¡me he dejado olvidado a Peluso en la clínica jugando en el jardín! Menos mal que Irene aún no se ha ido, pensé. La llamé y le dije lo que había pasado, así que espera hasta que acabemos y me lleva a recogerlo. Me siento un poco aliviada al pensar en Peluso, pero entonces Jorge me hace una pregunta que me hace sentir incómoda: —¿Por qué saliste corriendo esta mañana, Adelaida? No tienes que tener miedo.

En ese momento me doy cuenta de que Irene está escuchando y no quiero que se entere de nada. ¡Mierda, no quería contarle nada a Irene y se iba a enterar de todo! Me siento un poco atrapada, sin saber qué decir. Me doy cuenta de que Irene me está mirando con curiosidad y tengo que pensar rápido una respuesta. —Ah, es que… me acordé que tenía algo que hacer —le dije intentando sonar natural—. No quería llegar tarde.

Jorge me mira con una expresión imposible de describir, pero no dice nada. Irene, por su parte, me sonríe y me dice: —Bueno, vamos a recoger a Peluso, ¿no? —Asiento con la cabeza, aliviada de cambiar de tema.

Entonces Jorge se acerca con el justificante que le pedí y me da cita para mañana. —¿Mañana? ¿A qué hora? —le pregunto sin que se note mi sorpresa; me estaba dando cita cuando me había dicho que no era necesario… Jorge me sonríe y me dice: —¿A las seis te va bien?

Irene, que está a mi lado, oye la conversación y me mira con curiosidad. Me doy cuenta de que tengo que pensar algo rápido, ya que no quiero que se entere de nada, pero tampoco quiero ser borde. —Sí, me viene bien —le digo a Jorge sonriendo.

En ese momento me mira y me dice: —Adelaida, tienes el día libre mañana, puedes ir a esa cita. —Me siento un poco sorprendida, pero intento no mostrarlo—. Gracias, Irene —le digo sonriendo. Me doy cuenta de que Irene piensa que es una cita normal y me alegro de

que no sospeche nada. —Bueno, voy a mantener la calma —me digo a mí misma—. No está pasando nada y me va a ayudar mucho —me repito unas cuantas veces, intentando convencerme de que todo está bien.

Pero cuando nos vamos de la clínica y me subo al coche con Irene, no puedo evitar sentirme un poco nerviosa. ¿Qué está pasando? ¿Por qué Jorge me ha citado para mañana y ha apuntado la cita en un cuaderno cuando no hay que coger cita? Me siento un poco confundida, pero intento no pensar demasiado. —Voy a esperar a ver qué pasa —me digo a mí misma.

Irene me mira y me dice: —¿Estás bien, Adelaida? Te veo un poco distraída. —Me doy cuenta de que tengo que disimular más —pienso —. —Sí, estoy bien —le digo sonriendo—, solo un poco cansada por el día de hoy. —Bueno, intenta descansar y mañana será un nuevo día —me dice.

Una vez llegamos a la clínica, Irene abre la puerta, entramos las dos a buscar a Peluso, que está tan entretenido jugando con una pelota que parece que le ha gustado tanto que me la puedo quedar. Se oye el timbre de la puerta llamando insistentemente. Irene dice: —Está cerrado.

Vuelven a llamar y ella repite lo mismo, esta vez con un tono de voz más fuerte. Me levanto del suelo con Peluso, que estaba jugando con la pelota, y las dos vamos a la puerta, abrimos y… no hay nadie. La calle está vacía y no se ve a nadie cerca.

Me siento un poco confundida, miro a Irene y se encoge de hombros. —Al decir que estaba cerrado se habrán ido —dice sin darle más importancia. Entonces me doy cuenta de que Peluso está un poco nervioso. —Tranquilo, Peluso —le digo acariciando su suave pelaje; su respiración está un poco agitada. Miro a Irene, que está cerrando la puerta. —Vamos, Adelaida, vámonos —dice con una sonrisa.

Me siento un poco inquieta y no puedo evitar mirar hacia atrás, hacia la calle vacía. ¿Quién podía haber llamado a la puerta a estas horas de la noche? Me sacudo esa sensación de inquietud y me

concentro en Peluso, pensando que lo tengo que devolver en un rato. —Vamos a casa, Peluso —le digo.

Irene me mira y me pregunta: —¿Estás bien? Te veo un poco pálida. —Sí, estoy bien… solo un poco… no sé, como si hubiera visto algo raro, extraño tal vez —respondo.

Irene se ríe: —Será que te estás volviendo un poco paranoica —dice bromeando.

Pero yo vuelvo a tener esa sensación de que algo no está bien, como si no fuera casualidad que a esta hora de la noche llamen tan insistentemente.

Una vez llegamos al coche y nos despedimos, voy caminando sola por la calle con Peluso a mi lado y la pelota en la boca. Me doy la vuelta para mirar si todo está en orden, y es ahí cuando veo algo que me hace sentir mucho miedo: una persona vestida de oscuro total, parada en la esquina de la calle, mirándome.

Me quedo helada y mi corazón comienza a latir con mucha fuerza. —No es Luís, ya que esa persona es más alta que él —pienso. —Tampoco Jorge, porque esta persona es más fuerte que él —me digo.

¿Quién es? ¿Qué quiere? La persona sigue allí, quieta, mirándome, y yo me siento atrapada en un túnel sin salida. Me doy cuenta de que estoy conteniendo la respiración y me obligo a respirar profundamente. —Tranquila —me digo a mí misma—, no es nada, solo es tu imaginación.

Me siento aterrorizada. Cojo el teléfono y llamo a Clara, pero no contesta. Miro a mi alrededor: la persona que vi antes sigue allí, mirándome, inmóvil. Irene conduce, así que no puedo llamarla. Mi corazón late a mil por hora. Decido intentar con mi madre, aunque esté lejos, en Oviedo. Por lo menos que sepa que algo no va bien y no me sienta tan sola. Tampoco contesta. Un frío se apodera de mí. Estoy completamente sola y asustada.

Entonces echo a correr. Siento la presión en la espalda: el hombre comienza a perseguirme. Cada vez corre más rápido. Mis piernas flaquean, el aire me quema los pulmones. Veo un bar a lo lejos y

corro hacia él, esperando encontrar refugio. Pero la puerta está cerrada. Mi pecho se aprieta, el pánico se instala. No hay salida. El hombre sigue detrás de mí. Mis fuerzas flaquean.

De repente, un coche de policía cruza la calle. Sin pensarlo, me lanzo hacia él, gritando: "¡Ayuda, ayuda!". Los agentes frenan, bajan del coche y me miran, alarmados. Señalo al hombre que me sigue. "¿Es este?" me preguntan. "Sí", contesto, temblando.

Los policías se acercan al hombre, que permanece inmóvil, confundido. Tras unos segundos, explica que estaba corriendo, nada más: sale todas las noches a correr, y lo de mirarme fue solo sorpresa al verme sola en la calle. No tiene malas intenciones. Los policías lo creen y me aseguran que todo está bien. Me siento aliviada, aunque mi corazón sigue latiendo desbocado.

El hombre se acerca y me habla con calma: "¿Por qué te asustaste? No te iba a hacer nada, solo corría". Su tono es sincero. Me siento un poco avergonzada. "Lo siento, me has asustado", murmuro. Sonríe. "Vivo aquí", señala un portal cercano. "Me llamo Alberto. Te aseguro que no te haría daño". Respiro hondo, un poco más tranquila. Nos despedimos y él continúa su carrera, lanzándome un último aviso: "Ten cuidado por la noche, la calle puede ser peligrosa".

Con el corazón aún acelerado, me dirijo hacia la casa de Clara. Necesito contarle todo. Cuando llego, ella me abre la puerta con curiosidad. "¿Qué pasa?" me pregunta. Me siento en el sofá y le relato cada detalle: el hombre, la persecución, incluso que tengo cita con Jorge mañana y que este fin de semana iremos a Oviedo para la fiesta previa a la boda de mi hermano. Clara me escucha atentamente y me abraza. "¿Vas a contárselo a Jorge mañana?" pregunta. "Sí, quiero saber qué piensa", respondo. Me siento un poco más tranquila.

Pronto me despido y me voy hacia casa. La calle está oscura, silenciosa. Solo escucho el sonido de mis pasos. No puedo evitar mirar atrás. Cada sombra parece acecharme. Me concentro en llegar a salvo, recordando las palabras de Alberto: no todo es peligroso.

Finalmente llego a mi puerta, la abro con un suspiro de alivio y entro. Mi casa me recibe con su calor familiar. Me dirijo a mi habitación, me meto bajo el edredón de plumas blancas y siento que el mundo exterior queda atrás. Cierro los ojos, intentando dormir. Pero un ruido en la calle me despierta: son las doce y media. Me asomo a la ventana y veo a una chica caminando con tacones altos. No le doy importancia y vuelvo a la cama.

Minutos después suena el teléfono. Es mi madre. "¡Hola, mamá!" intento sonar despierta. Me cuenta que vendrán antes del fin de semana para la fiesta y pregunta si le he avisado a Luís. "No, aún no", respondo. Me tranquiliza saber que no hay prisa. Hablamos unos minutos más, me da consejos para descansar y finalmente me despido, sintiéndome un poco más relajada.

Me acomodo bajo el edredón, pero mi mente no para. Pienso en la visita de mis padres, la fiesta, los preparativos. Cierro los ojos, casi dormida… y de repente recuerdo: no tengo vestido, ni bolso, ni zapatos. La ansiedad me golpea. La fiesta es en unos días y aún no he comprado nada. Respiro hondo, recordando que gané algo de dinero en la sala de juegos. Eso será suficiente para conseguir lo que necesito.

Decido planear el día siguiente: tras salir de la cita con Jorge, iré de compras con Clara. La emoción me invade. Me acuesto, me cubro con el edredón de plumas y por fin cierro los ojos, con una sonrisa, soñando con la fiesta, el vestido y la compañía de mi amiga.

A la mañana siguiente me levanto temprano, me ducho y desayuno tranquila. Cojo el justificante que me dio Jorge y me dirijo a la universidad. Saludo a varios compañeros y subo al despacho del director. La secretaria me recibe: "¡Buenos días, Adelaida! El director está libre, adelante". Entro y entrego el justificante. El profesor lo revisa con detenimiento. Lo miro, incómoda. "¿Todo bien?" pregunta finalmente. "Sí, todo bien", respondo, intentando sonar segura. "Solo un pequeño susto anoche", añado. El profesor asiente y me deja ir a clase.

Acabado el día, paso por la carnicería y compro unos muslos de pollo para hornear. Llego a casa, preparo la comida y adelanto tareas del

máster. Todo parece encajar, todo se desarrolla bien. Mientras como, pienso en la cita con Jorge por la tarde y me siento tranquila: al fin tendré respuestas y podré disfrutar de la tarde de compras con Clara.

Cuando llego a su casa, me recibe con una sonrisa radiante. "¡Hola! ¿Qué tal las clases? ¿Te han dicho algo del justificante?" "No, todo bien", respondo. Clara me mira con complicidad. "¡Genial! ¿Y qué tienes pensado hacer esta tarde?" "Buscar un vestido para la fiesta", le digo. Clara sonríe y me acompaña: ambas emocionadas por la tarde que nos espera. Caminamos hacia el centro comercial, charlando, riendo, decidiendo estilos y colores. Entro en la sección de vestidos y mi mirada se detiene en uno rojo: elegante, perfecto para la boda y la fiesta. Me lo pruebo, me miro en el espejo… y lo sé al instante: es el elegido.

Clara me mira y exclama: "¡Estás impresionante de guapa!" Se acerca y ajusta el vestido mientras me dice: "Este es el vestido perfecto para ti". Sonrío, sintiéndome feliz. "Creo que tienes razón", le digo.

Justo cuando estoy a punto de decidirme, mi teléfono vibra. Es un mensaje de Jorge: *"¿Dónde estás?"*. Respondo: *"Estoy haciendo unos recados"*. En segundos recibo su respuesta: *"Estoy libre, ya puedes venir a la clínica"*.

Le enseño el mensaje a Clara. "Tenemos que ir, Jorge está libre", le digo. Ella asiente, pero me aconseja: "Compra primero el vestido, no sea que se agote". Vamos a la caja, pagamos, y salimos rumbo a la clínica.

Mientras caminamos, noto algo extraño: los portales donde antes había placas anunciando la clínica ya no están. "¿Te has dado cuenta?" le pregunto. Clara me responde con naturalidad: "No le des importancia, quizás no han encontrado personal aún". Me siento un poco confundida al recordar que habíamos quedado a las seis de la tarde. ¿Por qué quiere que vaya antes?

"No sé, quizás tuvo que adelantar la cita", sugiere Clara. Trato de concentrarme en la emoción de comprar zapatos para la fiesta y la

boda. Clara no deja de decirme lo bien que me queda el vestido rojo: "Vas a ser la más elegante de la fiesta". Me relajo, pero en el fondo, la duda persiste: ¿qué pasa con Jorge?

Pronto llegamos a la consulta. Clara decide esperarme en la cafetería de enfrente. Entro, nerviosa, y me siento sola en la sala de espera. No hay pacientes; solo la recepcionista, una chica que mira una agenda con atención. La última vez había más gente… esto me resulta extraño.

Jorge me llama y entro a su consulta. Lo veo sentado detrás de la mesa, bata blanca y libreta en mano. Me hace un gesto para que me siente. Justo cuando me acomodo, la puerta se abre de golpe:

"¿Qué haces vestido con una bata blanca?" pregunta una señora. "¿Y esta chica quién es?" insiste.

Jorge se pone pálido, visiblemente nervioso. "Es mi paciente", intenta sonar calmado. La mujer nos observa unos segundos y luego se retira. Silencio. Jorge me mira como si no supiera qué hacer.

"Lo siento, era la limpiadora", dice finalmente, intentando normalizar la situación. "A veces se confunde y entra sin llamar".

Me siento incómoda. ¿Por qué la limpiadora se sorprende al verme aquí? ¿Por qué Jorge se puso tan nervioso? Intento concentrarme y comienzo a explicarle: "Anoche tuve un susto en la calle… fue un malentendido". Mi voz tiembla. Siento que el miedo vuelve, más intenso que antes.

Miro a Jorge; su expresión es difícil de descifrar. ¿Qué pasa? ¿Por qué me llamó antes de la cita? ¿Quién era esa señora? Me siento atrapada, la puerta detrás de mí parece cerrarse. Intento controlar la respiración. Me repito que todo está bien, que no hay nada que temer… pero el corazón me late con fuerza y las preguntas no paran de invadirme.

Recuerdo los dos primeros días en la consulta: pacientes en la sala de espera, todo parecía normal. Hoy no hay nadie… y la limpiadora no la habíamos visto antes. Algo no encaja. Me siento mareada y me agarro a los brazos de la silla. Jorge se levanta y se acerca:

“¿Estás bien?” pregunta suavemente.
“Sí, estoy bien”, intento sonar calmada. Pero mi voz traiciona mi miedo.

“No te preocupes, todo va a estar bien”, dice Jorge. Intento levantarme, alejarme, pero él bloquea mi camino. “No te vayas todavía, no hemos hablado”, insiste.

Mi instinto grita que algo no está bien. La forma en que me mira, cómo habla… no encaja. Mi respiración se acelera. “Lo siento, Jorge, tengo que irme”, murmuro.

“No es nada personal, Adelaida”, dice con tono serio. “Solo necesito que entiendas algo… algo muy importante”.

Un escalofrío recorre mi espalda. Cada palabra parece cargada de un significado oculto. ¿Qué quiere que entienda? ¿Qué secreto se oculta detrás de la clínica vacía, la limpiadora, la bata blanca, y la cita adelantada? Mi corazón late desbocado, y por primera vez desde que entré, siento que estoy completamente atrapada.

Me doy cuenta de que tengo que irme. No puedo quedarme aquí; necesito hacer algo para salir de ese lugar. Le digo que voy al baño. Me mira, dudando, y finalmente me dice:
—Al fondo a la derecha, no tardes que tenemos que seguir con la consulta… luego vienen más pacientes.

¿Más pacientes? ¡Me había dicho que hoy era un día tranquilo! Aprovecho la oportunidad y, con el corazón a mil por hora, me escapo hacia la cafetería donde Clara me espera, repitiéndome a mí misma que nunca más volveré a esa consulta.

Llego a la cafetería y entro corriendo, buscando a Clara con la mirada. La veo sentada en una mesa, tomando un café.
—Clara, Clara —le digo casi sin aliento—. Tienes que escucharme, algo muy raro está pasando.

Se levanta, con el ceño fruncido:
—¿Qué pasa, Adelaida? ¿Qué ha ocurrido?

Me siento y trato de recuperar el aliento:
—Jorge… no me dejaba irme. Dijo que tenía que hablar conmigo, pero no me permitía salir. Justo entró una limpiadora… se sorprendió

al verlo con la bata blanca y preguntó quién era yo. Siento que algo extraño está ocurriendo.

Clara me mira seria, con una expresión que hace que me sienta aún más preocupada.
—Esto es muy raro —dice—. ¿Qué crees que está pasando?

—No sé… siento como si estuviera en peligro.

Justo entonces, mi teléfono vibra. Es un mensaje de mi madre:
"Hola cariño, acabamos de llegar a Madrid y te hemos visto salir corriendo de una casa. Me ha extrañado mucho… ¿no tenías que estar trabajando? ¿Está todo bien?"

Un escalofrío recorre mi cuerpo. ¿Qué coincidencia que justo estuvieran pasando por esa calle? Clara, viendo mi expresión, me pregunta:
—¿Qué pasa?

Le muestro el mensaje. Ella lo lee y frunce el ceño.
—¿Qué vas a hacer? —me pregunta.

—Le diré que no era yo, que alguien se me parecía. No quiero que sepa nada de la terapia con Jorge ni de todo lo extraño que ocurre en esa casa —respondo escribiendo el mensaje.

Mi madre contesta de inmediato:
"Ah, vale cariño, me ha parecido raro, pero si estás en la clínica… nosotros vamos a tomar un café en la cafetería de al lado de tu casa, luego nos iremos al piso de tu hermano. Ve allí cuando acabes. Besitos."

En ese instante, la puerta del bar se abre con un estruendo que sobresalta a todos los clientes. Mi corazón se congela al ver a Jorge entrando. Me busca con la mirada, me encuentra, pero al ver que estoy con Clara se da media vuelta y se va. Me quedo sin palabras.

—Ese que acaba de entrar era Jorge —le digo a Clara—. Me buscaba, pero al verme contigo se fue.

Ella frunce el ceño:
—¿Qué ha pasado? ¿Crees que nos ha seguido?

Siento presión en el estómago.
—No sé, pero no me gusta —respondo, intentando mantener la calma—. Vámonos de aquí.

Pagamos y salimos del bar. Miramos a nuestro alrededor, pero no hay rastro de Jorge.
—¿Qué crees que está pasando? —me pregunta Clara con voz baja.

—No sé… pero tenemos que tener cuidado. No sé qué quiere ni qué esconde.

Clara me agarra del brazo y nos dirigimos hacia la cafetería donde deberían estar mis padres. Al llegar, ni rastro de ellos. Decidimos ir a la zapatería más cercana para buscar zapatos para la boda y la fiesta.

De repente, alguien me llama. Cojo el teléfono y veo que es el encargado del bar donde trabajaba. Casi lo había olvidado. Me siento culpable por haber dejado el trabajo, pero él entiende que me estoy dedicando a lo que estudié.

—¿Quién era? —pregunta Clara mientras caminamos.

—El encargado del bar donde trabajaba. Me pidió que haga el turno de noche como favor —respondo.

—¿Qué le dijiste?

—Le dije que sí. Me portaron muy bien durante todos los años que trabajé allí, y además me vendrá bien el dinero —le digo. Clara asiente:
—Al menos estarás ocupada y no pensarás en lo que pasó con Jorge.

Nos reímos intentando quitarle importancia. Entro en la zapatería y trato de disfrutar de la elección de zapatos. Clara encuentra unos negros y otros brillantes que le gustan, me los pruebo y me quedan perfectos. Al llegar a la caja, veo un bolso peludo en la estantería que combina ideal con el vestido rojo, así que decido comprarlo también. Total, había ganado un buen dinerillo en la sala de juegos.

Con las compras en mano, vamos a casa de Clara a recoger a Peluso. Me siento un poco más relajada. Al llegar al portal, nos

encontramos con un vecino que habla con ella en voz baja. No logro entender lo que dicen, solo que Clara se ve incómoda.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Ha llegado un repartidor —me dice Clara—. Peluso estaba ladrando y eso incomodó un poco a los vecinos. Me extrañó porque no recuerdo haber pedido ningún paquete.

Observamos un papel del repartidor con un número de teléfono. Le pregunto si debo llamar y averiguar de qué se trata, pero Clara me detiene:
—Creo que debemos tener cuidado. No sabemos qué ha pasado y no pedí ningún paquete.

Peluso nos recibe con alegría. Clara le pone la correa y salimos a dar un paseo. Mientras caminamos, decido llamar al repartidor para averiguar el paquete. La voz al otro lado me pone los pelos de punta:
—¿Un paquete para Manoli?

Me congelo. ¿Manoli? Ese nombre no me dice nada, y mi corazón empieza a latir con fuerza. Clara, viendo mi expresión, me pregunta qué sucede. Le cuento y ella me explica que Manoli es su vecina del tercero. Siento un leve alivio, pero la sensación de que Jorge está detrás de todo no desaparece.

Decidimos recoger el paquete y entregárselo a la vecina. Al llegar, el repartidor nos espera con el paquete en la mano. Clara sube a entregarlo y baja, y yo me desplomo en el sofá. Desde el ventanal, sigo observando la calle y no puedo evitar sentir que alguien nos vigila.

Clara me acerca un vaso de agua:
—¿Quieres hablar sobre lo que está pasando?

Miro el vaso, siento el pulso en mis oídos, y sé que no puedo confiar completamente en nadie. Lo peor es que todo empieza a encajar en mi mente: la clínica vacía, la bata blanca, la limpiadora, Jorge… y ahora esto. Algo muy oscuro se oculta detrás de cada gesto y cada puerta que cruzo.

Mi respiración se acelera. Mi corazón no baja de mil latidos por minuto. Y mientras la tarde se despliega ante mí, siento que estoy entrando en un juego del que no sé si podré salir…

—Te lo agradezco, pero no tengo mucho rato —digo apresurada—. Aún tengo que ir a casa de mi hermano, ver a mis padres y a él, y luego irme al bar.

Clara sonríe y se ofrece a acompañarme, así podrá conocer a mis padres y a Celia. Coge a Peluso, le pone la correa, y salimos. Mientras caminamos, siento que la compañía de Clara y el paseo me ayudan a despejar la mente, aunque no puedo evitar que un pensamiento oscuro sobre Jorge me atraviese de vez en cuando.

Le cuento mi ilusión por terminar el máster:
—Me alegra mucho que estés ilusionada con el máster —me dice Clara sonriendo—. ¿Qué tienes pensado después de acabarlo?

Quería viajar, conocer el mundo y gente nueva, pero ahora que encontré este trabajo en el que me siento bien… no quiero irme. Irene es una jefa excelente y mis compañeros me han acogido muy bien. Clara asiente:
—Sí, es muy importante estar en sitios donde uno se siente a gusto.

—¿Y sobre los planes de viajar sola? —pregunta— ¿Qué decían tus padres y tu hermano?

—Mi hermano es algo sobreprotector, así que no estaba muy de acuerdo. Mis padres también, aunque con un matiz distinto: yo soy hija, no hermana —respondo, encogiéndome de hombros.

Al llegar a la puerta de la casa de mi hermano, llamo al timbre. Una voz alegre suena desde dentro:
—¡Hola, Peluso! ¡Dónde está el perro más bonito de todos!

Peluso sale disparado hacia él, saltando de emoción. Mi hermano nos da la bienvenida a Clara y a mí, dándonos un par de besos y recordándonos la fiesta y la boda:
—Tengo muchas ganas de verte disfrutar —dice—. Nos lo vamos a pasar genial.

Mis padres salen a saludar y nos sentamos en el sofá. Peluso, excitado, se sube encima de Clara mientras ella lo acaricia con

suavidad. Por un momento, me siento completamente tranquila, rodeada de quienes me quieren. Pero no puedo relajarme del todo; la sensación de ser observada sigue allí, como un hilo invisible que tira de mis nervios.

Miro el reloj y me doy cuenta de que tengo poco tiempo para cenar e ir al bar. Me siento apurada, pero intento disimularlo:
—Tengo que irme pronto —digo intentando sonar calmada—. Me ha llamado el encargado del bar. Me pidió como favor personal que trabajara esta noche.

Mi hermano se ríe:
—¿Pero aún trabajas en el bar? Pensé que lo habías dejado al entrar en la clínica.

—Sí, lo dejé, pero no podía decir que no —respondo con una sonrisa ligera—. Ellos se han portado muy bien conmigo todos los años que trabajé ahí, y Ramón, el portero, es un gran amigo. Tengo muchas ganas de volver a verlos.

Mi madre se levanta, sonriente:
—Vamos a cenar algo rápido. No quiero que llegues tarde al bar. ¿Quieres que te prepare algo para llevar?

Asiento con gratitud:
—Sí, mamá. Un sándwich estaría perfecto.

Mientras cenamos algo rápido, charlamos sobre el bar, los viejos tiempos y los años que estuve allí mientras estudiaba. Me invade una sensación agridulce: nostalgia por lo que fue, pero también emoción por lo que está por venir.

Aun así, mientras me despido, no puedo evitar mirar por la ventana. La calle parece vacía, pero un escalofrío recorre mi espalda. Como si algo o alguien estuviera observando, esperando.

CAPITULO 13

Una vez terminamos de cenar, mi hermano se ofrece a llevarme al bar, como solía hacer en otras ocasiones. El camino se siente más serio de lo habitual; el silencio en el coche pesa. Mis ojos buscan palabras que rompan la tensión, pero él solo mira hacia adelante, manos firmes sobre el volante.

De repente, rompe el silencio:
—Adelaida… no sé cómo contárselo a los papás, pero tengo dudas sobre la boda. No sé si estoy listo para casarme.

Me quedo helada. No me esperaba algo así.
—¿Qué? ¿Por qué? —trato de mantener la calma.
—Es… todo esto está pasando demasiado rápido. La fiesta de este fin de semana, la boda… siento que me arrastra la corriente, y no sé si estoy preparado para dar el gran paso —me confiesa, con la mirada fija en la carretera.

Mi corazón se aprieta. Sé cuánto ama a Celia, pero también sé que dar este paso es un mundo.
—¿Has hablado con ella? ¿Le has dicho cómo te sientes?
Niega con la cabeza.
—No quiero hacerle daño… pero no puedo ignorar mis dudas —susurra.

Le pongo una mano en el brazo, intentando ofrecer apoyo:
—Tienes que ser honesto. Es mejor aclararlo ahora que arrepentirte después.

Suspira, asintiendo:
—Sí, tienes razón… es complicado.

Llegamos al bar. El aire dentro me envuelve: nostalgia mezclada con emoción. Ramón ya está detrás de la barra, su sonrisa ilumina el lugar. Me siento un poco más relajada, pero no puedo evitar un escalofrío; la noche siempre trae consigo secretos y sorpresas.

—Ya estoy aquí, hermano. ¿Qué quieres tomar? —le digo mientras me coloco el delantal.

—Un café, por favor —responde—. Y cuéntame, ¿qué me estabas contando de Marta? La de Oviedo, tu compañera de bufete, ¿verdad?

Me sorprende la conversación que sigue; mi hermano revela que siente algo por Marta. Mi corazón se detiene un instante. Esto es más complicado de lo que imaginaba.
—¿Y se lo has dicho? —pregunto con cuidado.
Niega.
—No sé cómo hacerlo… —susurra, desesperado—. ¿Qué hago, Adelaida?

Le pongo una mano en el hombro:
—Tienes que ser honesto contigo mismo y con ella… y también con Celia. No puedes seguir adelante si tus sentimientos están divididos.

En ese momento, Ramón se acerca:
—¡Hola, Adelaida! ¿Qué pasa, chica? —me saluda con entusiasmo.

Le doy un abrazo fuerte, sintiendo la calidez del bar. Él se va a preparar un refresco y yo me vuelvo hacia mi hermano:
—¿Quieres seguir hablando de esto más tarde?

Asiente, aliviado. Ramón regresa y empieza a contar las novedades del bar, mezclando risas y pequeñas anécdotas. Pero mientras trabajo, no puedo evitar sentir un escalofrío: alguien ha preguntado por mí antes, un tipo nuevo, serio, que se sienta solo en la barra. Pregunta por mí. Solo eso. No me he fijado demasiado antes, pero ahora, mientras sirvo copas, siento que lo noto más. ¿Quién será? ¿Por qué preguntar por mí?

Trato de concentrarme en los clientes, en las risas, en la rutina que tanto me reconforta. Pero la sensación persiste: alguien me observa, alguien que no conozco, y el recuerdo de Jorge y sus misterios vuelve a rondar mi mente.

Aun así, sonrío al recordar lo que significa estar de vuelta aquí: el bar es un segundo hogar, un refugio donde puedo ser yo misma, trabajar, charlar con Ramón, ver caras conocidas. Entre la clínica, Peluso, y este trabajo, siento que por primera vez puedo tener un equilibrio real.

Me tomo un momento para respirar mientras sirvo la siguiente ronda. Me doy cuenta de que estoy sonriendo sola: feliz, contenta… pero también alerta. Porque en una noche como esta, entre risas y camaradería, cualquier sombra puede esconder un secreto.

Me pongo un poco nerviosa al pensar en la consulta de Jorge, pero saber que Luís vendrá conmigo me da un mínimo alivio. Mientras me arreglo frente al espejo, siento un escalofrío que no logro quitarme. ¿Y si hoy no es como las otras veces? Respiro hondo, intentando concentrarme en el maquillaje y en el peinado, pero mi mente vuelve a él, a la forma extraña en que me miró, a la limpiadora, al silencio de la sala de espera… y algo dentro de mí me dice que hay más, mucho más de lo que me ha contado.

Suena el timbre de la puerta y mi corazón se acelera. Luís está puntual, como siempre, pero algo en su mirada percibe mi inquietud. Me ayuda a subir al coche, y mientras arrancamos, no puedo evitar mirar por la ventanilla. La calle parece demasiado tranquila, casi vacía… demasiado silenciosa. Un coche oscuro pasa por detrás, y por un instante siento que sus luces me siguen. "¿Todo bien?" me pregunta Luís, notando mi tensión. Asiento, intentando sonreír, pero no puedo borrar la sensación de que alguien nos observa.

El mensaje de Jorge sigue en mi teléfono, titilando, insistente: *"No olvides el pago de las sesiones"*. Las palabras parecen inocentes, pero mi instinto me grita que hay algo más oculto detrás de esa frase. Mi pulso se acelera y el coche gira hacia la calle donde está la clínica. Cada paso, cada giro, cada sombra parece un recordatorio silencioso de que no todo es lo que parece. Y, aunque intento tranquilizarme, no puedo dejar de preguntarme: ¿qué es lo que Jorge realmente espera de mí?

Me encojo de hombros. "Sí, está bien, solo que… es un poco complicado. Mejor te lo explico otro día", le digo, tratando de sonar tranquila. Luís asiente y seguimos en silencio hasta la clínica de Jorge. Siento un nudo en el estómago; ¿he cometido un error al llamarle? Aún recuerdo la amenaza que me hizo por teléfono aquel día… pero la última vez actuó normal. ¿Seré demasiado ingenua al pensar que ha cambiado?

Mientras Luís conduce, intento mantener la calma, pero cada sombra que veo desde el coche me hace estremecer. "¿Estás bien, Adelaida? Pareces un poco tensa", dice, y su tono me obliga a forzar una sonrisa. "Sí, estoy bien… solo un poco estresada por la clase que tengo después", miento, intentando desviar su atención. Él asiente, pero su mirada no me engaña: sabe que algo no está bien.

Llegamos a la clínica y Luís aparca. "¿Quieres que te acompañe hasta la puerta?" pregunta. Trato de sonar firme. "No, puedo ir sola". Pero un impulso me hace cambiar de idea: "Oye, Luís, ¿por qué no subes conmigo?"

Su sonrisa es extraña, casi demasiado calculada, pero asiente. Subimos y, al llegar a la puerta, siento un escalofrío. Los pacientes están en el mismo orden que la primera vez; todo parece idéntico, como si el tiempo aquí no avanzara. En la recepción hay una chica hablando por teléfono, pero algo me detiene: la luz de la línea, esa pequeña luz roja que indica que está descolgado… está apagada. Como si el teléfono fuera un juguete.

"Eh, Luís… mira… el teléfono de la chica no tiene luz", susurro, intentando no parecer paranoica.

Su expresión cambia al instante. Por un momento, sus ojos pierden la calidez que tenía. "¿Qué pasa, Adelaida? ¿Por qué importa eso?" Su voz suena demasiado alta, demasiado dura. Me doy cuenta de que he hablado de más. "No… nada, solo me pareció extraño", murmuro, pero la recepcionista nos observa con una sonrisa que no alcanza sus ojos.

Siento como si estuviera atrapada en una pesadilla. Luís me toma del brazo y me guía hacia la puerta. "Vamos Ade, vamos a pagar y nos vamos. Yo solo quiero que estés bien", dice, su sonrisa forzada, casi metálica. Cada palabra me hace sentir más aprisionada, más vulnerable.

Entramos en la sala de Jorge. Mi corazón late como un tambor y todo parece ralentizado. Él me mira y sonríe. "Adelaida, ¿cómo estás? ¿Qué te trae por aquí hoy?" Su voz, dulce y calmada,

contrasta con la ansiedad que siento. ¿Cómo puede preguntar eso si él mismo me pidió que viniera a pagar?

Intento concentrarme, intento respirar, pero todo mi cuerpo grita que algo no está bien. Luís está a mi lado, pero hay algo en su actitud que me hace dudar… ¿es realmente mi amigo?

Me siento, y Jorge comienza a hablar, pero no escucho. Solo siento miedo, confusión, la sensación de que todos en esta habitación están jugando un juego del que yo no conozco las reglas. Intento contar algo, cualquier cosa, para ganar tiempo. "Bueno… doctor… he estado teniendo problemas… con mi hermana", digo, aunque en realidad tengo un hermano.

Jorge inclina la cabeza, como si hubiera escuchado todo antes. Luís me mira, y algo en su rostro me hiela la sangre. Él sabe que no es una amiga quien ha estado viniendo a terapia… sabe que soy yo.

Intento sonreír, ganar tiempo. "Eh… Jorge, mi amiga me dijo que viniera a pagar sus sesiones anteriores", tartamudeo.

Su expresión se transforma en un instante: "¿Tu amiga? Pero… ¡eres tú quien ha estado viniendo a terapia conmigo!" Su tono sube, y siento que el aire se hace más denso, más pesado. Me levanto, intentando sonar firme: "Lo siento… creo que ha habido un error, me voy a ir".

Él se queda mirándome con una sonrisa inquietante: "Adelaida, espera… ¿qué pasa? ¿Estás bien?" Su voz suena demasiado calmada, pero en su mirada hay algo que me hace retroceder.

Luís se levanta, como si algo le hubiera dado permiso, y sale de la habitación con el teléfono sonando. Pero me doy cuenta de algo aún más extraño: no le preguntó a Jorge dónde estaba el baño. Simplemente se levantó y salió.

Y en ese instante… comprendo que estoy sola. Y que tal vez **nunca he estado realmente segura en esta clínica**.

Me encojo de hombros. "Sí, está bien, solo que… es un poco complicado. Mejor te lo explico otro día", le digo, tratando de sonar tranquila. Luís asiente y seguimos en silencio hasta la clínica de Jorge. Siento un nudo en el estómago; ¿he cometido un error al

llamarle? Aún recuerdo la amenaza que me hizo por teléfono aquel día… pero la última vez actuó normal. ¿Seré demasiado ingenua al pensar que ha cambiado?

Mientras Luís conduce, intento mantener la calma, pero cada sombra que veo desde el coche me hace estremecer. "¿Estás bien, Adelaida? Pareces un poco tensa", dice, y su tono me obliga a forzar una sonrisa. "Sí, estoy bien… solo un poco estresada por la clase que tengo después", miento, intentando desviar su atención. Él asiente, pero su mirada no me engaña: sabe que algo no está bien.

Llegamos a la clínica y Luís aparca. "¿Quieres que te acompañe hasta la puerta?" pregunta. Trato de sonar firme. "No, puedo ir sola". Pero un impulso me hace cambiar de idea: "Oye, Luís, ¿por qué no subes conmigo?"

Su sonrisa es extraña, casi demasiado calculada, pero asiente. Subimos y, al llegar a la puerta, siento un escalofrío. Los pacientes están en el mismo orden que la primera vez; todo parece idéntico, como si el tiempo aquí no avanzara. En la recepción hay una chica hablando por teléfono, pero algo me detiene: la luz de la línea, esa pequeña luz roja que indica que está descolgado… está apagada. Como si el teléfono fuera un juguete.

"Eh, Luís… mira… el teléfono de la chica no tiene luz", susurro, intentando no parecer paranoica.

Su expresión cambia al instante. Por un momento, sus ojos pierden la calidez que tenían. "¿Qué pasa, Adelaida? ¿Por qué importa eso?" Su voz suena demasiado dura. Me doy cuenta de que he hablado de más. "No… nada, solo me pareció extraño", murmuro, pero la recepcionista nos observa con una sonrisa que no alcanza sus ojos.

Siento como si estuviera atrapada en una pesadilla. Luís me toma del brazo y me guía hacia la puerta. "Vamos Ade, vamos a pagar y nos vamos. Yo solo quiero que estés bien", dice, su sonrisa forzada. Cada palabra me hace sentir más aprisionada, más vulnerable.

Entramos en la sala de Jorge. Mi corazón late como un tambor y todo parece ralentizado. Él me mira y sonríe. "Adelaida, ¿cómo estás? ¿Qué te trae por aquí hoy?" Su voz, dulce y calmada,

contrasta con la ansiedad que siento. ¿Cómo puede preguntar eso si él mismo me pidió que viniera a pagar?

Intento concentrarme, intento respirar, pero todo mi cuerpo grita que algo no está bien. Luís está a mi lado, pero hay algo en su actitud que me hace dudar… ¿es realmente mi amigo?

Me siento, y Jorge comienza a hablar, pero no escucho. Solo siento miedo, confusión, la sensación de que todos en esta habitación están jugando un juego del que yo no conozco las reglas. Intento contar algo, cualquier cosa, para ganar tiempo. "Bueno… doctor… he estado teniendo problemas… con mi hermana", digo, aunque en realidad tengo un hermano.

Jorge inclina la cabeza, como si hubiera escuchado todo antes. Luís me mira, y algo en su rostro me hiela la sangre. Él sabe que no es una amiga quien ha estado viniendo a terapia… sabe que soy yo.

Intento sonreír, ganar tiempo. "Eh… Jorge, mi amiga me dijo que viniera a pagar sus sesiones anteriores", tartamudeo.

Su expresión se transforma en un instante: "¿Tu amiga? Pero… ¡eres tú quien ha estado viniendo a terapia conmigo!" Su tono sube, y siento que el aire se hace más denso, más pesado. Me levanto, intentando sonar firme: "Lo siento… creo que ha habido un error, me voy a ir".

Él se queda mirándome con una sonrisa inquietante: "Adelaida, espera… ¿qué pasa? ¿Estás bien?" Su voz suena demasiado calmada, pero en sus ojos hay algo que me hace retroceder.

Luís se levanta, como si algo le hubiera dado permiso, y sale de la habitación con el teléfono sonando. Pero me doy cuenta de algo aún más extraño: no le preguntó a Jorge dónde estaba el baño. Simplemente se levantó y salió.

Siento un escalofrío recorrer mi espalda. Estoy sola con Jorge… y todo el mundo parece saber algo que yo no. Él se acerca un poco más, la sonrisa ya no es amable, sino calculadora. "Adelaida, creo que es hora de que hablemos… muy en serio", dice con voz firme.

Mi corazón se acelera. ¿Qué quiere decirme? ¿Qué papel juega Luís en todo esto? ¿Y la chica de la recepción? Algo me dice que nada de

esto es casual… y que mi instinto de peligro estaba en lo cierto.

Me levanto, intentando parecer segura, pero la sensación de estar atrapada me paraliza. Antes de poder reaccionar, Jorge inclina la cabeza y dice en un susurro que me hace estremecer:

—No hay por qué huir, Adelaida… todavía no sabes todo lo que está pasando.

Y en ese momento, la puerta de la clínica se cierra de golpe detrás de mí.

CAPITULO 14

Decido dar una vuelta más con Peluso para que se calme un poco, pero él sigue nervioso, tirando de la correa y gruñendo hacia la casa

de Clara. Me agacho a su lado, intentando hablarle suavemente. "Peluso cariño, ¿qué pasa? ¿Hay algo ahí?" Pero él no me hace caso, sigue mirando fijamente hacia la casa, con los músculos tensos y los ojos muy abiertos.

Un escalofrío recorre mi espalda. No es normal que Peluso se comporte así. Algo no está bien. Miro alrededor y no veo nada fuera de lo común… pero la sensación de peligro persiste.

Decido llamar a Clara. "Hola, estoy en tu casa y no estás", le digo intentando sonar tranquila.

"Estoy en el supermercado de aquí al lado, ¿qué pasa?" responde Clara, con su tono habitual de calma.

"Peluso está muy raro… no quería entrar en tu casa, incluso llegó a gruñir", le explico.

Clara se ríe, pero hay un deje de extrañeza en su risa. "Ah, eso es completamente normal. Siempre se pone así cuando cree que no va a poder volver a entrar. Es un poco dramático, ya sabes."

Me siento aliviada, aunque no del todo. "Ah… entonces es eso", le digo, sonriendo un poco mientras intento calmarme.

"Sí, ya verás que se calma pronto. Nos vemos en un rato", me dice Clara.

Cuelgo y me quedo un momento observando a Peluso, que parece relajarse un poco. Pero entonces, de repente, sus orejas se erizan de nuevo y comienza a gruñir suavemente, mirando hacia la sombra del jardín.

Siento un nudo en el estómago. ¿Qué ha visto? El aire de la noche se vuelve pesado, silencioso, casi irreal. Una sensación de alerta me recorre todo el cuerpo. Peluso sigue inmóvil, los ojos fijos en algo que yo no puedo ver, y un pensamiento se apodera de mí: **no estamos solas… alguien o algo está ahí fuera, observándonos**.

Me inclino hacia Peluso y susurro, con el corazón latiéndome a mil por hora: "Tranquilo… no pasa nada… ¿verdad?"

Pero mientras doy un paso hacia atrás, una sombra se mueve rápidamente entre los árboles del jardín, y Peluso emite un ladrido bajo, feroz, que corta el silencio de la noche.

Mi respiración se acelera. Siento que algo acaba de cambiar, algo que no puedo controlar. Y mientras miro hacia la oscuridad, sé que esta noche nada será igual.

Me doy la vuelta y sigo caminando hacia casa, pero no puedo evitar mirar de reojo hacia la puerta de la sala de juegos. Jorge sigue allí, inclinado sobre el teléfono, hablando en voz baja, con la bolsa aún escondida detrás de su espalda. No logro escuchar nada de lo que dice, pero algo en su postura y en su mirada me pone los pelos de punta.

¿A quién estará llamando? ¿Qué es lo que lleva en esa bolsa? La sensación de que algo no está bien me aprieta el pecho. Siento un escalofrío recorrer mi espalda y una mezcla de curiosidad y miedo me obliga a acelerar el paso.

Entro en casa y cierro la puerta tras de mí, intentando quitarme la inquietud. Respiro hondo, intentando calmarme, pero mi mente no deja de dar vueltas a la escena: Jorge, la bolsa, la llamada misteriosa… Todo parece parte de algo que no entiendo.

Decido llamar a Clara para distraerme. "Hola de nuevo, ¿qué pasa?" me dice con alegría.

"Hola, nada, solo quería confirmar que todo sigue bien", le digo intentando sonar casual.

"Sí, todo bien. Estoy preparando las maletas para mañana, nos vemos allí", responde Clara.

Cuelgo y me dejo caer en el sofá, pero la imagen de Jorge en la puerta de la sala de juegos no me abandona. ¿Qué está tramando? ¿Y por qué su actitud parecía tan… rara? La bolsa que escondía, la llamada en voz baja… siento que estoy apenas viendo la punta de un iceberg que aún no comprendo.

Una parte de mí quiere ignorarlo y seguir con los planes de mañana en Oviedo, pero otra parte no puede evitar preguntarse si todo esto tiene algo que ver con Luís, con la clínica, con mis propias visitas… o

si estoy entrando en un juego en el que ni siquiera sé que reglas existen.

Miro a Peluso, acurrucado a mi lado, y suspiro. Mañana será un día intenso, lleno de fiestas y emociones… pero también siento que algo invisible me está observando, aguardando entre las sombras, y que mi tranquilidad puede ser solo un espejismo.

CAPITULO 15

Me encojo de hombros pensando en la maleta y en la fiesta de mañana. Daniel, Celia, Marta… todo parecía tan sencillo en mi cabeza, pero ahora no puedo dejar de imaginar los posibles conflictos. La última vez que vi a Marta, su mirada seguía cada gesto de Celia con una tensión que me puso los pelos de punta. Y Luís… algo en él también me inquieta, aunque intento no pensar demasiado.

Mientras termino de preparar todo, mi mente se acelera: ¿quién irá, quién no, qué tensiones estallarán? Me río un poco sola al imaginar a tía Rosa cantando en el karaoke, pero la risa se corta al pensar en mi hermano y Marta, y en cómo va a manejar Celia la situación.

La mañana llega rápido. Me despierto con el sonido de la llamada de mi madre y escucho su voz alegre: ya han salido hacia Oviedo. Le cuento nuestros planes: Clara, Luís, Ramón. Todo parece correcto, pero un nerviosismo extraño me acompaña.

El viaje en coche es animado, entre bromas, música y risas. Ramón está radiante y cuenta historias que hacen que todos nos riamos; Clara está entusiasmada, ya imaginándose la fiesta. Pero Luís… algo

en su manera de mirar por la ventana, de sonreír demasiado, de repartir dulces y vino, me hace sentir un escalofrío. No puedo identificar exactamente qué, pero su comportamiento me resulta inquietante.

Al llegar a la finca, mis ojos buscan a Daniel y a Marta. Los veo hablando, sonrientes, intentando aparentar normalidad. Pero mis pensamientos vuelan hacia lo que podría pasar si Celia se entera de algo antes de tiempo. Mi corazón late más rápido, el aire parece pesado.

Entonces veo a Celia acercarse, con su sonrisa y su alegría, y siento un alivio momentáneo. "¡Hola, Adelaida!" me dice, abrazándome. Intento devolverle la alegría, pero mi atención se dispersa: Peluso, inquieto a mi lado, sigue mirando hacia algún punto que no alcanzo a ver. Gruñe y se tensa. Algo en su instinto me advierte que no todo es como parece.

Mientras nos acercamos a la entrada de la finca, intento relajarme, pero la sensación de que algo va a pasar se queda clavada en mi pecho. Daniel y Marta siguen hablando, Luís se mueve de manera extraña, Peluso continúa alerta. Todo parece normal, pero no puedo quitarme la sensación de que estoy a punto de presenciar algo que cambiará la tarde por completo.

Celia me sonríe, pero mis ojos siguen escudriñando a todos los que nos rodean, tratando de anticipar cualquier movimiento inesperado. Y aunque todos parecen felices, sé que bajo la superficie, las tensiones y secretos están a punto de estallar.

Ya han llegado casi todos vuestros amigos. Me doy cuenta de que mi hermano sigue hablando con Marta, pero parece que todo está bien, así que me siento más tranquila al ver que Celia no está molesta. Me uno a la fiesta hablando y bailando con Clara y Ramón; Luís se une a nosotros con un vaso de vino en la mano.

"¡Vamos a celebrar!", dice sonriendo. La música está sonando, la comida es deliciosa y la gente está bailando sin parar; mi hermano y Celia comienzan a bailar juntos, y Marta está hablando con alguno de nuestros amigos.

Me siento un poco más tranquila y me dejo llevar por la fiesta. Solo deseo que mi hermano no diga nada, y Marta tampoco, y podamos disfrutar de la fiesta lo mejor que podamos. La fiesta sigue adelante, con más comida, más música y más bebida; lo estoy pasando genial, todo está saliendo muy bien. Mi hermano parece estar muy enamorado de Celia, o por lo menos lo parece… Marta está muy feliz hablando con todos los invitados; estoy más relajada y me uno a la conversación con Marta y alguno de nuestros amigos. Estamos hablando de todo un poco, desde la música hasta la comida; Marta es muy simpática y es muy fácil hablar con ella.

La noche sigue adelante y la fiesta no para de mejorar. Estoy un poco cansada, pero muy feliz. Me siento orgullosa de haber venido y estar disfrutando tanto con mi familia y amigos.

Luís se acerca a mis padres y empieza a hablar con ellos. No consigo escuchar qué dice y empiezo a preocuparme; me estoy imaginando lo peor, que cuente algo que no debe, como que voy al psicólogo o que tengo sospechas de él. Estoy un poco nerviosa; voy a intentar actuar con normalidad. Me acerco a ellos sonriendo y me uno a la conversación.
"¿Qué pasa?", pregunto, intentando sonar casual. Mi voz suena un poco más alta de lo normal; espero que mis padres no se den cuenta de nada.

Mis padres me miran y me sonríen,
"Nada hija, estábamos hablando con Luís sobre la fiesta",
así que me relajo viendo que no está contando nada que no debe. Luís me mira y me sonríe, y yo le devuelvo la sonrisa, intentando que no se note que estoy preocupada.

Me quedo un rato con ellos, hablando e intentando mantener la calma, pero por dentro estoy pensando en qué podría haberles dicho Luís. Por mi cabeza pasan miles de escenarios y ninguno de ellos es bueno. Me doy cuenta de que estoy siendo un poco paranoica y me intento relajar; para intentar estar calmada me digo a mí misma que Luís no es el tipo de persona que me haría algo así. Pero la duda sigue ahí y no puedo evitar sentirme un poco inquieta.

Me excuso con mis padres y me alejo un poco, intentando aclarar mis ideas. Me voy al baño y me refresco la cara, a ver si así consigo calmarme. Me miro al espejo y me digo a mí misma que todo está bien, que no hay nada de lo que preocuparse.

Pero cuando salgo del baño, veo a Luís hablando con Marta. Espero que no cuente nada, así que es entonces cuando me vuelvo a sentir nerviosa. ¿Qué está pasando? ¿Qué se están diciendo? Me acerco a ellos intentando escuchar lo que dicen, pero no consigo oír nada.

La fiesta continúa, con Luís moviendo el esqueleto como si no hubiera un mañana. Celia y mi hermano parecen estar en su propio mundo, bailando juntos como si fueran los dueños del lugar, y Marta, bueno, Marta… sigue bailando sola, pero con una sonrisa que ilumina todo y a todos.

Llega la noche y la pandilla decide cambiar de escenario, así que nos dirigimos a un restaurante cercano para poder cenar. El sitio es acogedor, con luces suaves y una decoración que invita a relajarse. La cena es una explosión de sabores; todos se ríen y hablan mientras disfrutan del momento.

Pero justo cuando parece que todo es perfecto, Luís se levanta de la mesa con una cara que augura nada bueno. Todos siguen a lo suyo, comiendo y bebiendo, algunos cantando… hasta que Luís dice: "Disculpad un momento, tengo que ausentarme un rato, no me encuentro muy bien".

La mesa se queda en silencio por un momento, preocupada por él. ¿Qué pasa? ¿Es el estrés o la fiesta? ¿Algo que comió? Se oye decir en cada sitio de la mesa. La incertidumbre llena la mesa mientras Luís va al baño. Celia y mi hermano se miran preocupados; Marta deja de sonreír por un momento. ¿Qué está pasando? Pienso. ¿Se ha ausentado con la excusa de hablar con alguien? La noche sigue, con la pregunta en el aire: ¿ha pasado algo?

Clara me mira con una mezcla de curiosidad y preocupación y susurra:
"¿Qué te hace pensar eso? ¿Ha pasado algo realmente?" Su voz es baja, pero se nota que está intrigada.

Le explico que he visto lo que he visto, que se ha ido de repente pero no parecía en ningún momento que estuviera mal, sino… nervioso. Clara asiente con la cabeza y sus ojos se estrechan un poco, como si estuviera pensando algo.
"¿Crees que puede ser algo relacionado con…?" comienza a decir, pero se detiene, mirando a su alrededor para asegurarse de que nadie está escuchando.
"¿Con Jorge?" termina de decir en un susurro apenas audible.

La mención de Jorge me hace reflexionar. ¿Podría haberse ido a hablar de algo con él? ¿Qué relación tienen ellos dos? ¿Hay algo que yo no sé entre ellos? La sospecha se intensifica y yo me pregunto qué está pasando realmente. Me quedo callada por un momento, pensando en mis cosas y dándole vueltas al tema.

De repente, Luís regresa a la mesa, se sienta y se une a la conversación como si nada hubiera pasado. La cena sigue y todos seguimos celebrando, pero yo no paro de preguntarme qué está pasando. Comienzo a experimentar ansiedad y no consigo centrarme en disfrutar de la fiesta ni de la cena. La noche sigue y yo solo me dedico a vigilar cualquier señal que haga Luís para tratar de entender qué está pasando. Pero por ahora todo parece normal: la música, la conversación y las risas siguen; yo me uno, aunque mi mente está en otro sitio. Me pregunto qué relación tendrán Luís y Jorge, si la tienen, ¿es algo serio? La curiosidad me está matando y me doy cuenta de que necesito saber más. Sigo hablando y riendo con los demás, pero mi atención sigue puesta en Luís. La noche sigue; intento disfrutar, pero cada vez estoy más intrigada.

Me acerco a Marta y le pregunto si está bien. Me responde con una sonrisa forzada.
"Sí, estoy bien, no me gusta beber mucho".

Pero yo la conozco y sé que no es así; antes le encantaba salir de fiesta y beber con nosotros. Me siento a su lado y le digo:
"Marta, ¿qué pasa? No eres la misma de antes, ¿hay algo que te esté preocupando?" Mi voz es suave y amable, tratando de hacer que se sienta cómoda.

Marta se queda callada por un momento, mirando al suelo, y luego me mira a los ojos.
"Adelaida, no sé… es que… no sé si puedo hablar de esto". Su voz es apenas un susurro y puedo ver la preocupación en sus ojos.

Me doy cuenta de que algo serio está pasando y que Marta no quiere hablar de ello delante de los demás. Le digo:
"Vamos a tomar un poco de aire fresco, ¿vale? Podemos hablarlo en privado". Le sonrío y le ofrezco mi mano; ella la acepta y salimos del restaurante, sentándonos en un banco en la calle.

Marta respira hondo y comienza a hablar.
"Adelaida, he estado teniendo problemas en el trabajo… no sé cómo manejarlos". Puedo ver las lágrimas en sus ojos.

Me acerco a ella y la abrazo.
"Marta, estoy aquí para ti, puedes hablar conmigo de lo que quieras". Ella se desahoga y me cuenta todo sobre sus problemas en el trabajo. Le escucho atentamente sin interrumpir, le ofrezco palabras de consuelo y vuelvo a darle un abrazo.

Pero me sigue extrañando que, por esta razón de sus problemas en el trabajo, no quiera beber. No le doy importancia; quizás lo está pasando mal y no tenga ganas de beber nada. Después de un rato parece que está mejor y nos quedamos un poco más afuera, disfrutando del aire fresco.

Me pongo en alerta cuando Ramón me cuenta que ha visto en Luís comportamientos raros.
"¿Cómo cuáles?", le pregunto. Me ha parecido que en el baño estaba hablando con alguien, pero con tanto jaleo de la fiesta apenas he podido oír bien.

Mi mente empieza a trabajar a toda velocidad. ¿Qué está haciendo realmente Luís? ¿Con quién estaría hablando? Me acuerdo de la conversación con Clara y cómo mencionó a Jorge. ¿Tienen algo que ver? Me doy cuenta de que estoy entrando en un bucle, todo el rato son los mismos pensamientos que no me llevan a ningún lugar.

Ramón sigue hablándome:
"¿Sabes si tiene algún problema o algo? Es que me da la sensación

de que no es de fiar".

Me encojo de hombros.
"No sé, la verdad…", pero gracias por decírmelo, Ramón.

Me quedo pensativa tratando de unir los puntos, y Luís se despide de nosotros diciendo que se tiene que ir. Me mira a los ojos y veo que está relajado y, aparentemente, todo parece normal. Le estoy dando vueltas a algo que no tiene la mínima importancia, pienso. Así que me centro en seguir disfrutando de la fiesta.

La fiesta está llegando a su fin y mi madre me pregunta por qué no he estado con Luís en toda la noche.
"Emm… bueno, he estado con Clara y con Ramón, es que Luís es más reservado, mamá", le digo, intentando que no se note que pienso que hay algo raro.

Mi madre me mira con curiosidad.
"¿Sí? Pues Ramón me ha dicho que Luís se ha ido un poco raro de la fiesta. ¿Estás segura de que todo está bien?"

Me pongo un poco nerviosa y trato de mantener la calma.
"¡Ay, mamá! No sé, Ramón siempre está diciendo cosas raras. Luís está bien, simplemente se ha ido al hotel, creo. Yo también estoy cansada, ¿podemos irnos también?", le digo intentando desviar la conversación.

Mi madre se me queda mirando como si no estuviera convencida, pero decide no insistir.
"Vale hija, vamos a casa, mañana hablamos con más calma".

Me da un beso en la mejilla y buscamos a Clara, que también se viene a mi casa a pasar la noche. Mientras nos acercamos al coche, no paro de darle vueltas a la cabeza, así que intento distraerme con algo que me haga no pensar tanto.

Me subo al coche y me pongo el cinturón, intentando procesar todo lo que está pasando. Clara se sienta al volante y arranca el motor.
"¿Estás bien, hija? Pareces un poco distraída", dice mi madre, mirándome de reojo.
"Sí, mamá, solo estoy un poco cansada, nada más".

Llegamos a casa y me voy directamente a mi habitación. Intento no darle vueltas a lo que ha pasado, así que me pongo el pijama y me meto en la cama, intentando relajarme. Mañana será otro día y tengo la sensación de que será un buen día. Me vienen a la cabeza los pensamientos sobre los comportamientos extraños de Luís, pero intento no darle vueltas y decido relajarme; estoy cansada y necesito descansar.

Me acuesto y cierro los ojos, intentando dormir. La oscuridad de la noche me envuelve y, poco a poco, me voy quedando dormida.

A la mañana siguiente me despierto temprano y empiezo a pensar en hacer planes. Decido que voy a volver a Madrid hoy mismo; no quiero quedarme más tiempo en esta situación incómoda, así que me levanto y empiezo a recoger mis cosas, intentando no hacer ruido para no despertar a los demás.

Una vez que estamos todos despiertos, Luís y Celia vienen a casa de mi madre y dicen que la fiesta la vamos a hacer comiendo en casa.
"¡Genial! Vamos a comer todos juntos y luego nos despedimos", dice Clara.

"¿Despedirnos?", dice mi madre.
"Sí, es que tengo que ir a Madrid hoy mismo para unos asuntos", dice Clara. Entonces me doy cuenta de que va a ser todo más natural cuando yo me vaya también; nadie va a sospechar nada.

"Adelaida, ¿por qué no llamas a tus amigos y que vengan a comer? Sobre todo a Luís".

Me pongo un poco nerviosa pero intento disimular.
"Ramón está en el hotel, le voy a llamar. Pero Luís… no sé, mamá, creo que se volvió a Madrid muy temprano".

Mi hermano interviene:
"Sí, creo que se ha ido ya; dijo algo como que tenía que volver hoy".

Respiro aliviada.
"Ah, sí. Creo que sí. Bueno, voy a llamar a Ramón entonces".

Llamo a Ramón y le aviso para que venga a la comida.

CAPITULO 16

Comemos todos juntos. Mi hermano y mi madre hablan sobre la boda, y yo intento participar en la conversación. Mientras comemos, la gente no para de cantar, bailar y beber. Yo me uno a ellos, intentando parecer feliz y despreocupada, pero una sensación de inquietud no me abandona, como un hilo invisible que tira de mis pensamientos.

Cuando la fiesta empieza a decaer, mi hermano dice que es hora de irse:

"Vamos a recoger nuestras cosas y nos vamos", dice.

Me levanto y empiezo a recoger mis cosas, intentando no llamar la atención. Clara y Ramón se acercan a mí, y Clara pregunta:

"¿Sabes algo de Luís? No sé nada de él desde anoche."

Me encojo de hombros, pero algo en mi interior se tensa:

"No, no sé nada. Se habrá ido a Madrid por su cuenta."

Mientras hablo, mi mente no para. ¿Por qué no me ha llamado ni enviado un mensaje? La duda me aprieta como un nudo. Decido llamarlo, intentando sonar natural:

"Voy a llamarlo un momento a ver qué está haciendo."

Me alejo un poco, saco el teléfono y marco el número de Luís. Tras unos tonos, responde la llamada.

"Conocí a una chica y estuve con ella", me dice. Intento no darle importancia, pero algo en su voz suena extraño.

"Ah, genial, Luís, me alegro mucho de que anoche te fuera tan bien", le digo, forzando normalidad. Me pregunto si es verdad o si solo es una excusa para no explicar lo de anoche.

"Bueno, Luís, nos vemos en Madrid, cuidado", le digo y corto la llamada.

Vuelvo con Clara y Ramón, que me miran con curiosidad.

"¿Qué pasa?" les pregunto, intentando sonar natural.

Clara sonríe:

"¿Qué decía?"

"Dice que conoció a alguien anoche y que se vuelve a Madrid."

Ramón me mira con incredulidad:

"¿Ah, sí? ¿Te crees eso?"

Me río, pero no del todo segura:

"No sé, no me fío mucho de él. Ya veremos. No quiero hacer un drama de esto, así que mejor cambiamos de tema."

Clara asiente:

"Sí, mejor. Vamos a buscar a Daniel y Celia y ponemos rumbo a Madrid."

Mi madre se acerca a nosotros:

"¿Qué está pasando, todo bien?"

"Sí, mamá, todo bien."

Me despido de mis padres y nos dirigimos al coche. Mientras caminamos, no puedo dejar de pensar en la historia de la chica misteriosa. ¿Será cierto? ¿O solo una excusa para escapar de algo más?

En el trayecto, Luís empieza a hablar sobre la fiesta y la chica que conoció:

"Es encantadora, me hizo reír toda la noche."

Mientras Luís habla, yo no dejo de pensar en la boda de mi hermano y en el extraño nudo en el estómago que me genera. ¿Por qué me siento tan nerviosa si ya ha decidido casarse? ¿Es intuición o algo que aún no veo?

Luís me saca de mis pensamientos:

"Oye, Adelaida, ¿tú qué crees que debería hacer con esta chica? Me parece que le gusté, pero no quiero aventurarme sin saber… ¿Me entiendes?"

Me encojo de hombros:

"Pues, adá, Luís, si te gusta, adelante. ¿Cómo se llama?"

Luís sonríe:

“No sé, no le pregunté, estaba muy ocupado disfrutando con ella. Solo tengo su teléfono. La voy a llevar a conocer Madrid este fin de semana.”

Mientras sigue hablando, mis pensamientos vuelven a mi hermano. ¿Le dirá a Celia las dudas que ha tenido?

Luís vuelve a interrumpir mis pensamientos:

“Oye, Ade, ¿tú crees que debería llevarla a un sitio romántico o más tranquilo?”

“Luís, no te pases, llévala a un bar a tomar algo y ya”, se ríe.

“Buena idea. ¿Y tú, con quién vas a ir a la boda?”

Esa pregunta me pilla desprevenida, así que le sonrío:

“Aún no sé, depende de cómo vaya todo.”

Ramón me mira con curiosidad mientras Clara sigue conduciendo:

“Oye, Adelaida, ¿cuándo vas a volver al bar? Te echamos mucho de menos.”

Me río:

“Pues no sé, Ramón. He estado un poco liada con los exámenes, pero voy a hablar con el encargado esta semana a ver qué dice.”

Clara, que sigue conduciendo, me pregunta:

“¿Ya has pensado en la fiesta del fin de máster? ¡Ya queda poco para que acabes!”

“Aún no hemos hablado los compañeros, cuando acabemos exámenes miraremos qué hacer”, les digo.

Luís me mira y pregunta:

“¿Cómo van los exámenes? Ya te queda poco.”

Asiento:

“Sí, un par de semanas y se acabó.”

De pronto me doy cuenta de que Clara no ha mencionado a Peluso en todo el fin de semana, así que le pregunto:

“Oye Clara, ¿dónde está Peluso? No te he oído hablar de él en todo el fin de semana.”

Clara se ríe:

“Ah, Peluso está con mi madre. Como íbamos a estar fuera todo el fin de semana, se lo dejé a ella. Vive muy cerca, así que se lo dejé mientras yo venía a Oviedo.”

“Ah, genial. ¿Cómo está? ¿Te ha dicho algo tu madre?”

Clara sonríe:

“Sí, me ha mandado fotos. Está muy bien, cuidado igual que un rey.”

El coche sigue su camino hacia Madrid, la conversación fluye sobre perros, fiestas y exámenes, pero no puedo quitarme de la cabeza el misterio de Luís y esa chica desconocida.

Luís pregunta:

“Oye, Adelaida, ¿ya está todo listo para la boda?”

“Sí, creo que sí. Mi madre está muy liada con todo, pero creo que va todo bien.”

Después de varias horas y algunas paradas, llegamos a Madrid. Acompaño a Clara a casa de su madre, en un barrio muy tranquilo. Luís se ofrece a acompañarnos, pero le hago un gesto de que no lo haga; no me fío de que sepa dónde vive su madre. Clara capta el mensaje y dice:

“No, Luís, gracias, nosotras nos apañamos.”

Luís se ríe:

“Vale, vale, ya hablaremos, chicas.”

Clara y yo nos dirigimos a la casa de su madre para buscar a Peluso, que nos recibe con ladridos de alegría y moviendo el rabo.

Mientras estamos en su casa, su madre me pregunta:

“¿Qué tal en Oviedo, Adelaida? ¿Mucho jaleo con la boda?”

“Bueno, lo hemos pasado genial. Mi madre ya casi tiene todo listo para el gran día”, le digo.

Justo cuando vamos a sentarnos en el sofá, me suena el teléfono. Es un mensaje de Jorge:

“Hola, Adelaida, ¿has vuelto ya de Oviedo? ¿Cómo te ha ido? Tenemos que cuadrar las próximas sesiones de terapia.”

Me quedo extrañada. ¿Cómo puede ser que me haya escrito justo ahora? ¡Ni que me hubiera visto! Le digo a Clara.

Clara se ríe y me pregunta quién es.

"Es Jorge, quiere cuadrar las sesiones de terapia", le explico.

"¿Y justo te escribe ahora?"

Le respondo al mensaje, intentando ocultar nerviosismo:

"Hola, Jorge. Sí, ya hemos vuelto de Oviedo, todo bien. Ya hablaremos para cuadrar sesiones."

Nos vamos del piso de la madre de Clara tras tomar un café y nos dirigimos a casa de Clara. Preparamos algo ligero de cenar: ensalada y pasta, y hablamos de todo un poco: el máster, el trabajo, los exámenes, la boda de mi hermano…

Clara me pregunta por los detalles de la boda y yo le comento lo poco que sé. Una vez acabamos de cenar, el cansancio se apodera de mí.

"Oye, Clara, me voy a ir ya, estoy muerta. Gracias por la cena, estaba todo muy bueno."

Clara se ríe:

"Vete, vete, descansa que lo necesitas."

"Mañana hablamos, Clara", le digo. Me voy a casa y, una vez allí, me quito los zapatos y me dejo caer en la cama. Un rato después me acuerdo de mi hermano, así que decido llamarle para preguntar si han llegado bien.

Tras la conversación, me dice que sí, que llegaron hace un rato y que todo está muy bien. Ya están hablando para poner fecha a la boda. Me quedo súper ilusionada: mi hermano es estupendo, y van a ser muy felices juntos. Celia es genial y le va a hacer muy feliz a mi hermano.

Me levanto del sofá para irme a la cama y pienso en la boda. ¿Qué voy a llevar? ¿Y el regalo? Uf, tengo que organizar todo esto. Me voy a dormir con una sonrisa, pensando en la boda y en todo lo que viene.

Al día siguiente, vuelve la rutina, con ella una mezcla de emociones. Me siento decidida y contenta de que mi hermano haya dado el paso hacia la boda, y pienso:

"¡Sí, esta vez voy a averiguar todo lo que Jorge esconde!"

Me preparo un café y me siento en la cocina, intentando planificar cómo abordar a Jorge sin levantar sospechas. La boda de mi hermano me mantiene sonriendo, pero la sospecha sobre Jorge me mantiene alerta.

Decido que necesito un enfoque más directo pero sutil al mismo tiempo. Empiezo a repasar las conversaciones que he tenido con Jorge, buscando pistas, detalles que me hayan pasado desapercibidos. Recuerdo cómo cambia de tema cuando menciono ciertos aspectos de mi vida, y cómo parece interesarse demasiado en otros, sobre todo en Clara y en Luís.

¿Por qué tanto interés?, me pregunto.

Decido que una buena estrategia sería mostrar más interés en él, en su vida y en sus intereses. Quizás así se abra un poco más y pueda descubrir lo que oculta. Me siento un poco culpable por manipular la situación, pero la curiosidad y la sospecha pesan más. Me miro en el espejo, ajusto mi ropa y me doy un pequeño empujón de confianza:

"Hoy es el día", me digo a mí misma.

Llego a la universidad y me centro en las clases, pero mi mente está en la sesión de terapia con Jorge. Me pregunto qué tipo de preguntas podría hacerle, cómo podría hacer que se sienta cómodo y se abra un poco más. ¿Qué hago en la sesión? ¿Intento sacar información sobre su vida personal o me enfoco en cómo reacciona a ciertos temas relacionados con mi propia vida?

El profesor sigue hablando, dando la clase, pero yo estoy más pendiente de las preguntas que le voy a hacer a Jorge que de lo que está explicando. La cuenta atrás para acabar el máster ya ha empezado; la emoción es palpable. E imagino la cena de fin de máster: todos los compañeros reunidos, compartiendo historias y risas después de tanto tiempo juntos. Será un momento inolvidable.

Pero ahora sigo pensando en la terapia con Jorge: ¡hoy voy a parecer yo la terapeuta y no él! Desde que empecé a sospechar que algo no está bien, todo ha cambiado. Me he vuelto más observadora y más atenta a sus gestos y palabras.

¿Debería intentar sacar información sobre él o seguir fingiendo que todo está bien? La sospecha me carcome por dentro. Estoy un poco indecisa sobre lo que hacer… Mientras el profesor sigue hablando, decido que necesito distraerme de mis pensamientos con Jorge, así que empiezo a pensar en la cena de fin de máster con mis compañeros. Será un momento para desconectar y celebrar todo lo que hemos logrado.

Me pregunto qué me pondré: ¿algo elegante o algo más casual? ¿Será un momento para conocer mejor a mis compañeros fuera del ambiente académico? Mientras pienso en una cosa, mis pensamientos se van a la otra: la terapia con Jorge cada vez está más cerca y no sé qué esperar. ¿Estará diferente hoy? ¿Notará que estoy actuando de manera extraña? Me preparo mentalmente para la sesión, intentando decidir qué estrategia seguir.

¿Me enfoco en mis problemas o intento sacar información sobre él? Necesito ser muy cuidadosa en caso de que opte por sacar información; no puedo dejar que Jorge se dé cuenta de que sospecho algo. Respiro profundamente y me preparo para la sesión: voy a actuar como si todo fuera normal.

El profesor da por finalizada la clase. ¡No me he enterado de nada! Por hoy, las clases ya han acabado, y de ahora en adelante solo quedan algunas clases más y los exámenes. Salgo corriendo de la universidad en dirección a la clínica. Al salir a la calle, hace un aire fresco, con unos pocos rayos de sol; mientras voy a la clínica, pienso en los exámenes que tengo y en que debo concentrarme para aprobarlos.

Una vez llego a la clínica, llamo al timbre y enseguida me abren la puerta. Como había que venir sin cita, he aprovechado para venir de sorpresa. Subo y la sala de espera está vacía; la limpiadora barre el suelo. ¿Hoy también se va a extrañar de ver a Jorge con bata blanca? ¿Cómo actuará hoy?

—Hola, pasa, el doctor te está esperando —me dice mientras me sonríe.

Asiento y entro en la consulta. Jorge está sentado en su silla, sonriéndome.

—Hola, Adelaida, ¿qué tal?

—Todo muy bien —respondo con una sonrisa. Jorge asiente, esperando que continúe. Me doy cuenta de que tengo que empezar a hablar, pero… ¿cómo saco el tema que me interesa? Me mira con curiosidad, como si supiera que algo me está preocupando.

Empiezo preguntándole cómo le ha ido el fin de semana, intentando sonar casual:

—¿Qué tal el fin de semana, Jorge?

—Yo estuve en una fiesta en Oviedo por la boda de mi hermano; fue una experiencia inmejorable. —Jorge sonríe, parece relajado—. El fin de semana estuvo bien, tranquilo. Trabajé un poco y descansé. ¿Y la fiesta? ¿Fue divertida?

Le cuento algunos detalles de la fiesta, intentando mantener la conversación ligera:

—Sí, fue genial, estuvo toda mi familia y algunos amigos más: comida, bebida, música… lo típico. ¿Y tú, qué haces los fines de semana? ¿Te gusta salir o prefieres quedarte en casa?

Jorge se acomoda en su silla, como si pensara la respuesta:

—Me gusta hacer cosas tranquilas, normalmente leer, ver películas… A veces salgo a caminar por la calle, no soy muy de fiestas.

Me parece una respuesta un poco… estudiada. ¿Está evitando hablar de algo?

—Ah, genial, leer es una de mis cosas favoritas también. ¿Qué tipo de libros te gustan?

Jorge sonríe de nuevo:

—Me gustan las novelas, la literatura… sobre todo novelas negras de crímenes, desapariciones…

Me anoto mentalmente que le gustan las novelas negras sobre crímenes y desapariciones. ¿Es un detalle inocente o hay algo más

detrás de este gusto? ¿Qué hago ahora, sigo preguntando sobre sus gustos o intento sacar algo más personal?

Jorge me mira con una expresión seria, como si esperara que me diera cuenta de que voy por un camino equivocado.

—Sí, lo siento, Jorge, vine a hablar de mí —digo, intentando sonar sincera y un poco avergonzada—. Es que me he dado cuenta de que me cuesta mucho abrirme con las personas; supongo que por eso me desvié un poco.

Jorge asiente, y su expresión se suaviza un poco:

—Es normal, Adelaida, pero es importante que te enfoques en ti y en tus problemas. ¿Qué te ha estado pasando últimamente? ¿Hay algo que te preocupe?

Me doy cuenta de que tengo que cambiar de tema y rápido. No quiero que Jorge se ponga a la defensiva ni que se dé cuenta de que estoy investigando. Así que empiezo a hablar de mis cosas: de la universidad, de la boda de mi hermano… intentando sonar lo más normal posible.

Pero en mi cabeza pienso: ¿por qué ha reaccionado así? ¿Qué es lo que no quiere que sepa? La curiosidad me está matando. Me pregunto si debería intentar sacar el tema de nuevo, de manera más sutil, o si debería olvidarme y enfocarme en mi terapia.

Mientras hablo, mi mirada se desvía a la mesa de Jorge, donde hay un papel con notas garabateadas, pero no consigo entender qué pone. Así que intento sacar el tema de manera más sutil:

—Hablando de abrirse con las personas, me he dado cuenta de que a veces siento que no conozco bien a las personas, ni siquiera a ti, Jorge. Quiero decir, eres mi psicólogo, pero no conozco mucho sobre tu vida personal.

Jorge me mira con expresión neutral, sin decir nada. Me doy cuenta de que he tocado un tema muy sensible.

—Adelaida, creo que es normal no conocer todo sobre las personas que nos rodean —dice finalmente—. Lo importante es que te sientas cómoda hablando conmigo sobre tus cosas. ¿Hay algo en particular que te gustaría saber sobre mí?

Tengo que ser cuidadosa; no quiero que se cierre completamente.

—No, no es nada importante —digo, intentando sonar casual—. Es solo que a veces me pregunto cómo es tu vida fuera de aquí, pero no importa, esto no es relevante para mi terapia.

Jorge asiente, más relajado:

—Bueno, Adelaida, creo que es hora de enfocarnos en ti. ¿Qué te parece si hablamos sobre tus planes para el futuro? ¿Qué tienes pensado hacer una vez acabado el máster? ¿Tienes pensado algún viaje con tu amiga Clara?

Me doy cuenta de que me está llevando de vuelta al tema original. ¿Sigo intentando sacarle información o me dejo llevar? Decido volver a intentar sacar información, así que le pregunto por la limpiadora, intentando sonar casual:

—Hablando de la clínica… ¿cómo se llama la limpiadora tan maja que trabaja aquí? La que estaba barriendo el suelo cuando llegué, me ha parecido una persona encantadora.

Jorge me mira con expresión un poco incómoda y rápidamente cambia de tema:

—Ah, sí, me preguntabas por la limpiadora… es una persona que trabaja para una empresa de limpieza, no es alguien que trabaje directamente para mí.

—¿Por qué lo preguntas? —me doy cuenta de que evita el tema, lo que me hace sospechar aún más.

Decido cambiar de tema, no sin antes intentar sacar algo más de información.

—Ah, vale. Y la recepcionista… ¿cómo se llama? Me pareció todo un poco extraño el otro día cuando vine; ella estaba hablando con alguien por teléfono, o eso parecía, pero la luz del teléfono no estaba encendida, es como si fuera de juguete o como si no estuviera conectada a la luz o a la línea. Me sentí un poco incómoda, la verdad.

Jorge se pone mucho más tenso y su voz se vuelve más seria.

—Adelaida, creo que estás empezando a notar cosas que no existen. La recepcionista es una persona muy profesional y estoy seguro de que no hay nada extraño en su comportamiento. ¿Por qué no me cuentas qué te está pasando a ti? ¿Por qué estás tan interesada en los demás?

Me doy cuenta de que he tocado de nuevo un tema sensible. Ya no sé si estoy siendo paranoica o si hay algo que está evitando contarme. La forma en que Jorge esquiva los temas me hace pensar que hay algo que no quiere que sepa.

—Lo siento, Jorge. Supongo que me estoy volviendo un poco paranoica —digo, intentando sonar lo más sincera posible—. Es solo que… a veces siento que hay cosas que no se me están diciendo y me hacen sentir incómoda.

Jorge me mira con una expresión comprensiva.

—Adelaida, es normal sentirse así a veces. Pero es muy importante que te enfoques en ti y en tus problemas. ¿Qué te parece si hablamos sobre tus planes para el futuro? ¿Qué tienes pensado hacer después de acabar el máster?

Otra vez me está llevando de vuelta al tema original. ¿Qué hago? ¿Sigo insistiendo o me dejo llevar? La curiosidad me está matando, pero no quiero que Jorge se sienta incómodo o piense que estoy siendo demasiado curiosa.

Decido hablar de universidades, intentando sonar lo más natural posible:

—Sí, el máster está a punto de acabar. Me ha ido súper bien, aunque los exámenes… han sido un poco duros. ¿Tú, dónde… eh… has estudiado? Quiero decir, dónde te has formado como psicólogo.

Jorge sonríe, parece que se relaja un poco:

—Estudié en la Universidad de Madrid, es una buena universidad, ¿verdad?

Me anoto mentalmente que estudió en la Universidad de Madrid. ¡Bien! Un dato más.

—¡Sí, es una universidad genial! —digo.

—Yo también estudié ahí, en el campus de… bueno, en uno de ellos. ¿Y tú, has dado clases ahí alguna vez? —Jorge asiente—. Sí, he dado algunas clases como profesor invitado. Me gusta mucho la enseñanza, aunque prefiero la práctica clínica.

Me doy cuenta de que estoy sacando información, pero de manera muy sutil. Jorge no parece darse cuenta en ningún momento de que estoy intentando sonsacarle datos.

—Me parece genial. Yo he tenido profesores muy buenos en el máster. ¿Y tú has tenido algún profesor que te haya influido mucho en tu carrera?

Jorge se vuelve a acomodar en la silla, parece que está pensando:

—Sí, hubo un profesor que me influyó mucho… pero eso es una historia para otro día, Adelaida. ¿Qué te parece si hablamos sobre tus planes para después del máster? ¿O de algún viaje que tengas pensado hacer una vez acabes? ¿Has pensado algo?

Otra vez me está llevando de vuelta al tema original. Me quedo pensando en el dato que me ha dado Jorge: no es tan específico como yo quería. Me ha dicho que estudió en la Universidad de Madrid, pero no me ha dicho en cuál de las universidades que hay. Encima, me ha pillado diciendo que yo estudié ahí, sin que él me lo dijera explícitamente.

Me siento un poco tonta por no haberlo pillado antes. Jorge es más listo de lo que yo pensaba; me ha llevado a decir algo sin que me diera cuenta.

—Ah, sí, la Universidad de Madrid es un buen lugar para estudiar; en ella es en la que estoy acabando el máster, y cuando acabe aún no tengo pensado qué hacer —digo, intentando sonar casual para disimular mi error.

—Bueno, ¿y qué te llevó a elegir la psicología como carrera? —Jorge sonríe.

—Me gustaba mucho la psicología y quería ayudar a las personas. La terapia me pareció una forma de hacerlo de manera efectiva.

Me doy cuenta de que estoy intentando cambiar de tema, pero necesito saber más sobre él. ¿Qué hago? ¿Sigo intentando sacarle

más información?

De repente me dice:

—Adelaida, tenemos solo una hora de terapia y el tiempo se está gastando. Tengo otros pacientes.

¿Otros? Entiendo que si tiene otros, es porque han cogido cita. En la sala de espera no había nadie, y la primera vez que llamé me dijo que aquí no era necesario coger cita. Mientras he estado, el teléfono no ha sonado en ningún momento… es todo muy extraño.

Me siento un poco incómoda, como si estuviera pillando a Jorge en una mentira.

—Ah, sí, claro —le digo, intentando sonar comprensiva—. Lo siento, no quería entretenerte, pero… ¿no me dijiste que podía venir sin cita? ¿Ahora tienes otros pacientes, que entiendo han cogido cita, ya que no había nadie en la sala de espera ni ha entrado nadie mientras yo estaba aquí?

Jorge se pone muy tenso como si no se esperara que me diera cuenta de la contradicción. "Bueno, Adelaida, a veces tengo pacientes que sí cogen cita. Y tengo que gestionar mi tiempo". Algo en su voz y en su postura me hace sospechar aún más; intento convencerse de que es solo una excusa, pero mi instinto me grita que algo no encaja. El teléfono no ha sonado, y cuando he llegado no había nadie. Algo no cuadra. "Entiendo", digo, intentando mantener la calma, pero cada palabra pesa como un aviso silencioso. "Bueno, supongo que es mejor que me vaya entonces". "Sí, eso es lo mejor, hasta la próxima sesión". Me levanto, pero mi mente no se despega de él. ¿Qué está ocultando? ¿Por qué me está mintiendo? La curiosidad me consume y siento un escalofrío que me recorre la espalda.

Al salir de la clínica, llamo a Clara y le cuento todo, intentando sonar casual, aunque cada palabra es un hilo que me enreda más en mis sospechas. Le explico cómo Jorge me dijo que estaba libre, pero luego apareció la contradicción de los "otros pacientes". Clara me escucha atentamente, y al final suelta una risita. "Adelaida, eres una paranoica", dice con tono relajado, pero hay algo en su mirada que

me hace dudar de si de verdad lo ve tan simple. “Es normal que un psicólogo no quiera contar su vida; está para que tú le cuentes la tuya, no al revés”. Me siento un poco tonta, como si estuviera exagerando. “Sí, supongo que tienes razón”, digo, intentando convencerme a mí misma.

Clara sigue hablando, “Además, ¿qué importa si tiene otros pacientes? Es un profesional, y si no quiere hablar de sí mismo, pues no pasa nada. No es tu amigo, es tu psicólogo”. Tengo que admitir que tiene razón, pero una parte de mí no puede dejar de notar la tensión que emanaba Jorge; su manera de esquivar el tema me deja un sabor a misterio que no desaparece. “Sí, vale, gracias, me has calmado”, digo, aunque una punzada de duda sigue clavada en mi mente.

Mientras camino a casa, intentando distraerme, recuerdo que tengo que pasar por el supermercado. Entro, y de lejos veo a Ramón comprando algo. Me acerco, le saludo, y le cuento todo lo de la clínica, lo raro que me ha parecido todo. Ramón me escucha, y cuando termino, se ríe. “Adelaida, vales para detective”, dice, divertido. “Estás investigando a tu psicólogo como si fuera un caso”. Me río también, pero no puedo evitar que el pensamiento me siga rondando: ¿y si realmente hay algo que no quiere que se sepa?

Ramón me ayuda a elegir el pescado, y mientras caminamos a casa, le sigo contando detalles, mezclando preocupación y risas nerviosas. Al llegar, me ayuda con las bolsas y me despido. “No te vuelvas loca haciendo de detective con tu psicólogo, ¿vale?”, me dice. Me río, pero en mi interior no puedo quitarme la sensación de que algo está oculto. “Vale, lo intentaré”, respondo, sonriendo, pero mi mente sigue dando vueltas.

Ya en casa, mientras hago la comida, recojo y estudio un poco, no puedo dejar de pensar en Jorge. Su comportamiento, sus evasivas, esa contradicción que no puedo ignorar… Todo parece encajar, pero a la vez, algo sigue faltando. Cada vibración del móvil me sobresalta; ¿será él? No, esta vez es el encargado del bar. Respiro aliviada, pero incluso en medio del trabajo con Peluso y los pacientes, no consigo quitarme de la cabeza el misterio que Jorge ha dejado flotando.

Cuando finalmente consigo un respiro, le digo al encargado que esta noche no puedo ir a trabajar por los exámenes. Él lo entiende y me deja tranquila, pero mientras me siento a estudiar, un pensamiento persiste: ¿qué secretos guarda realmente Jorge? La intriga me carcome, y aunque intento concentrarme en el master, siento que estoy a punto de descubrir algo que podría cambiarlo todo.

Una vez acaba la jornada en la clínica, me voy con Peluso dando un paseo. Hace días que no piso la sala de juegos, así que decido ir a ver si está abierta. Con suerte, podré distraerme un poco y, de paso, jugar al bingo; quizá tenga suerte y gane algo de dinero para comprar las cosas que necesito para la boda: bolso, zapatos… He estado tan ocupada con el trabajo y el máster que no he tenido tiempo de ir de tiendas. Peluso parece de acuerdo con el plan, mueve la cola de alegría y no para de ladrar. Como sé que a esta sala de juegos permiten mascotas, entro con él, compro unos cartones y me pongo a jugar. La emoción del juego me distrae, pero no puedo evitar que, de vez en cuando, mis pensamientos regresen a Jorge: su actitud, sus evasivas… una sombra de misterio que no me deja tranquila.

La sala está llena de gente, como casi siempre. Marco los números y grito ¡Bingo! en la tercera partida. La mujer a mi lado me sonríe, "¿Has ganado mucho, guapa?". Mi corazón late rápido, ¿cuánto habré ganado? La encargada se acerca con un sobre que contiene un billete de veinte euros. "¡Felicidades, has ganado el primer premio de esta ronda!". Me siento emocionada, aunque una parte de mí no puede dejar de pensar que hay cosas más importantes en el aire. Juego varias partidas más y pierdo, pero la diversión y el ambiente me ayudan a olvidar por un momento la inquietud que Jorge ha dejado en mí.

Cuando decido dejar de jugar, me acerco a la barra a pedir un refresco para llevar. La mujer que me ha dado el premio me sonríe, "¿Te ha gustado el bingo?" Le sonrío, "Sí, mucho, me lo he pasado genial". Ella me guiña un ojo, "Vuelve pronto". Salgo con Peluso, contenta, aunque no puedo evitar sentir que algo no encaja del todo.

Decido ir a casa de Clara a ver si ha llegado ya. Al llegar, me abre la puerta con una sonrisa. "¡Hola de nuevo, Adelaida! ¿Qué tal en la clínica? ¿Cómo está mi pelusito?" "Recuperado del todo, ha estado jugando con la pelota y con otros perros". Clara me propone cenar, pero le digo que necesito estudiar para los exámenes. "Vale, como quieras", dice. Su gesto amable me deja un poco más tranquila, pero la sombra de Jorge sigue flotando en mi mente.

Me dirijo a casa. La calle está vacía y solo se oye el sonido de mis pasos. La noche parece tranquila, pero no puedo evitar que un escalofrío recorra mi espalda. Saco el móvil: ningún mensaje ni llamada. Mejor así, me digo, concentrándome en los estudios.

Estudio durante horas, repasando apuntes y subrayando con mis rotuladores de colores. El silencio solo se rompe por el sonido de mis movimientos y mis pensamientos, que de vez en cuando, inevitablemente, regresan a Jorge. Miro el reloj y han pasado cuatro horas. Me duele un poco la cabeza, pero siento que he avanzado mucho. Camino por la casa para estirar las piernas y me voy a la cama, tapándome con mi edredón de plumas, intentando olvidar la intriga que Jorge ha dejado en mi interior.

A la mañana siguiente, la rutina me espera: estudio, clases, Peluso, trabajo… todo se siente monótono y me apetece un cambio. Mientras desayuno pienso en cómo romper la rutina después de los exámenes: quizás un lugar nuevo con Peluso o… quedar con alguien. Me visto, cojo el bolso el paraguas, y salgo bajo la lluvia hacia la universidad. Mis compañeros charlan en la cafetería. "¿Preparada para los exámenes?" me pregunta Laura. "Sí, me los he preparado bastante bien. ¿Y vosotros?" Hablamos brevemente y nos dirigimos a nuestras aulas.

Los exámenes pasan volando. Cuando salgo me siento aliviada: ya he completado dos y me han ido genial. Al hablar de la fiesta de fin de máster, siento una mezcla de emoción y anticipación. "Sí, voy a ir", les digo. La fiesta podría ser justo lo que necesito para romper la rutina… y, sin saberlo, quizá también el escenario donde los misterios que Jorge ha dejado flotando comiencen a resolverse.

Les propongo a mis compañeros que, una vez hayamos acabado de cenar, podríamos ir al bar donde estuve trabajando a tomar algo. Les comento que estuve allí mientras hacía la carrera y parte del máster, y que pienso volver cuando acabe los exámenes, por lo bien que me acogieron tantos años. Mis compañeros se miran entre sí; les parece muy buena idea ir a tomar algo allí tras la cena de fin de máster.

Me pongo a pensar un momento y les digo que cerca de mi casa han abierto un sitio de comida italiana, podríamos ir a cenar ahí, o a un bar de la plaza que tiene buena comida. Hablamos un poco más sobre los planes para la fiesta y finalmente nos despedimos.

Al salir de la universidad ha dejado de llover, aunque sigue bastante nublado. Siento un alivio enorme tras haberme quitado dos exámenes. Suena el teléfono; lo saco y veo que es mi hermano quien me llama.

—¿Qué pasa, Dani? —le digo.
—Hola hermanita, tengo noticias —dice con voz emocionada.
—¿Qué tipo de noticias, buenas o malas? —pregunto curiosa.
—Buenas, buenas, muy buenas. Ya tenemos fecha para la boda —responde, y puedo imaginar su sonrisa al otro lado del teléfono.

—¡Eso es estupendo! —grito, dejando que la emoción me desborde un poco, y noto algunas miradas curiosas de la gente que pasa, pero no me importa—. ¿Cuándo es? ¿Ya está todo decidido y organizado?
—Sí, es en un mes —responde entre risas—. No hace falta que te preocupes por nada, Celia y mamá se encargarán de todo. La boda será en Madrid, así no tenemos que viajar otra vez a Oviedo. Quería contártelo primero a ti.

Me siento flotando de felicidad. —Eso es estupendo, hermano. Me alegra tanto que hayas superado todas tus dudas con Marta… —me corrijo rápidamente— quiero decir, que ya todo está bien. Te mereces lo mejor.
—Sí, ya está todo superado. Me voy a casar con la mujer de mi vida. —Suena sincero y alegre.

—¿Y tú, cómo estás? ¿Qué tal los exámenes? —pregunta, cambiando de tema.

—Pues bastante bien, sin mucho más que contar. Después de la fiesta del fin de máster, hemos propuesto ir a cenar y luego tomar algo al bar donde trabajaba. ¿Te apetecería venir?
—Me encantaría, pero no pegaría mucho ahí con tus compañeros de clase que no conozco.

Hablamos un poco más y nos despedimos. —Oye, te mando la invitación de la boda pronto, ¿vale? —dice.

Sigo caminando, una mezcla de felicidad y alivio me invade; mi hermano va a casarse y sus dudas ya son historia. Llego a casa y me siento en la mesa de estudio: ¡ya queda poco para que todo esto sea solo un recuerdo! Extiendo mis rotuladores de colores, saco los apuntes y resúmenes e intento concentrarme.

Pero de pronto, mi mente se escapa a Luís… desde que volvimos de Oviedo no he vuelto a saber de él. Me pregunto qué estará haciendo, si habrá vuelto a ver a la chica misteriosa de la fiesta… Probablemente esté con ella, riéndose y pasándolo bien en algún rincón de Madrid. Me sacudo la cabeza. ¿Por qué estoy pensando en Luís? No debo, tengo que concentrarme en los exámenes.

Me pongo a subrayar y hacer esquemas, intentando meter todos los conocimientos en mi cabeza, pero de vez en cuando la imagen de Luís, con el pelo al viento, en algún lugar soleado de Madrid o quizás en la playa, aparece en mi mente. Me levanto a buscar un vaso de agua, intentando despejarme. —No es nadie importante —me digo —. Probablemente no vuelva a verlo.

Pero un pequeño pensamiento se aferra a mí: ¿y si lo veo? ¿Qué le diría? Me imagino la escena: nos encontramos en la calle, nos paramos a hablar… ¿de qué hablaríamos? Me río de mí misma; estoy siendo ridícula. Me siento de nuevo y vuelvo a estudiar con más ganas, intentando sacar a Luís de mi cabeza.

Aun así, no puedo evitar recordar la noche en Oviedo, cómo desapareció y dijo que había conocido a una chica cuyo nombre ni siquiera sabía. Me invade un pequeño escalofrío: algo me dice que esa historia no ha terminado. Suspiro y me concentro en los estudios.

Justo cuando por fin me sumerjo en los apuntes, suena mi móvil. —¡Mierda! —exclamo mentalmente, justo cuando estaba concentradísima. Es Laura, preguntando por los estudios del próximo examen. Hablamos un poco y, esta vez sí, consigo concentrarme de nuevo, dejando que la rutina y los apuntes me absorban… pero la sombra de Luís sigue ahí, al acecho, como si en cualquier momento fuera a aparecer para desordenarlo todo.

CAPITULO 17

Vuelvo a despistarme… esta vez sí que voy a ser más lista que Jorge, pienso. Le voy a sacar toda la información que yo quiera, voy a mentirle para que él me diga verdades, así conseguiré lo que quiero saber de él. Me da igual lo que diga Clara…

Me río yo misma. Voy a jugar con astucia. —¿Cómo te va todo? ¿Qué has hecho últimamente? —le preguntaré con una sonrisa inocente, como si no me importara nada—. Y él, confiado, me contará todo. ¿Qué estará leyendo de ese libro de novela negra que me comentó? ¿Estará con alguien? La curiosidad me consume, y me imagino la conversación: él hablando de sus cosas y yo asintiendo y sonriendo, sacándole toda la información que me interese sin que se dé cuenta.

Voy a ser su espía. Cada palabra suya será una pista, cada gesto una clave. Y cuando menos lo espere, me habrá dicho todo lo que quiero saber. Me río anticipando la cara que pondrá cuando le pregunte cosas "inocentes": —¿Qué planes tienes para el verano? ¿Has vuelto a ver a Susana?—. No sé quién es Susana, quizás ni

exista, y ahí él me contará la verdad, revelará nombres, secretos… todo. Me froto las manos de emoción.

Me pongo a planear la estrategia: ¿le mando un mensaje o lo llamo? ¿Qué le digo exactamente? Me da igual lo que diga Clara… repito para mí misma. Voy a hacer lo que yo quiero, y lo que quiero es descubrir lo que esconde, si realmente oculta algo. Me siento un poco culpable por jugar así, pero… ¿por qué no? Me río de nuevo.

Le envío un mensaje a Jorge: *"Hola, ¿qué tal? ¿Cuándo te viene bien quedar para pagarte lo que te debo? Si quieres te invito a tomar algo"*. Esto se está poniendo muy interesante. Tanto que por hoy no estudiaré más y me centro en Jorge. Con la excusa de pagarle, me invitará a ir a la clínica o a tomar algo y… ¡bingo! Le sacaré toda la información que necesite. Voy a ser como dice Ramón… una súper detective.

Me imagino la escena y cada vez me emociono más: nos sentamos en una mesa, pedimos un café, él hablando de sus cosas, yo sonriendo, fingiendo interés absoluto. Ahí le preguntaré… —¿Qué tal Luís?—, ese chico que me acompañó a pagarte aquella vez. Desde que volvimos de Oviedo no he vuelto a saber de él; ahora está en "Barcelona". Con esa mentira, me contará todo, revelará secretos sin darse cuenta. Vuelvo a frotarme las manos de emoción. Esto va a ser muy divertido… y peligroso.

Mientras espero que responda, vuelvo al estudio. Me siento a repasar resúmenes y esquemas, pero la emoción de la "misión secreta" hace que todo parezca más intenso. La adrenalina me vuelve más productiva; cada línea que subrayo se queda grabada mejor. Las horas pasan volando y siento que he avanzado más que nunca.

De repente suena mi móvil: es un mensaje de Jorge: *"Puedo quedar mañana a las cinco en la clínica"*. Sonrío, perfecto. Mañana va a ser el día. Mañana, la súper detective entra en acción.

Termino los últimos esquemas, miro el reloj y veo que es hora de comer y de ir a recoger a Peluso. Me aseguro de no decirle nada a Clara sobre mi "misión de detective"; ella no aprueba mi plan: "Es tu

psicólogo, Adelaida. No necesitas saber su vida, él necesita saber la tuya", me dijo. Así que mi secreto se queda guardado.

Recogo a Peluso, que me recibe saltando de alegría. Hablamos un rato con Clara, ella contándome su día, yo sonriendo con mi secreto bien guardado. Me despido y camino hacia la clínica, pensando en la cita de mañana. ¿Qué le preguntaré a Jorge? ¿Me dirá algo sobre Luís? ¿Se conocían antes? ¿Lograré descubrir si era él con quien se escribía aquel día?

Antes de devolver a Peluso, le doy un buen baño para quitarle el olor a "aventuras de jardín". Mientras lo seco y peino, me aseguro de acariciarlo y decirle lo genial que es. Mi cabeza, sin embargo, sigue planificando la "misión": repaso estrategias, posibles preguntas, respuestas que él podría dar. ¿Se dará cuenta de que estoy investigando?

Intento concentrarme en los resúmenes de anatomía animal, mientras oigo a Peluso dormir plácidamente en el sofá. Hago un café rápido para mantenerme despierta y miro por la ventana: la noche es tranquila, silenciosa… pero siento que algo está a punto de pasar. Mañana no será un día cualquiera. Mañana, pienso con un escalofrío de anticipación, voy a descubrir secretos que podrían cambiarlo todo.

Me pongo la chaqueta, cojo las cosas de Peluso y salimos hacia su paseo nocturno. Lo dejo jugar un poco con otros perros y, mientras lo observo, siento que la noche parece guardar un misterio en cada sombra. Algo me dice que mañana, al sentarme frente a Jorge, no todo será tan sencillo como parece…

Al llegar a casa de Clara y devolver a Peluso, siento un nudo de emoción: la boda, los exámenes, Luís… y Jorge, el enigma que estoy a punto de desentrañar. La misión de la detective Adelaida está lista para comenzar.

Me voy a casa dando un paseo, intentando despejar la mente tras haber dejado a Peluso con su dueña, pero mi cabeza empieza a pensar… ¿Y si voy mirando tiendas a ver qué me compro para la boda? ¿Y si entro al bingo a jugar unos cartoncillos? Pero… ¿si me

pasa como aquel día que perdí la noción del tiempo y me quedé atrapada en el juego? "No, no, tengo que ir a casa a estudiar como una chica responsable", me digo con una sonrisa irónica, aunque mi corazón late un poco más rápido pensando en todas las posibilidades que podrían surgir de un simple desvío.

Sigo caminando hacia casa intentando concentrarme en encontrar vestido y zapatos, quizás algún complemento también… así que nada de bingo, nada de distracciones, a casa a estudiar que ya queda poco para acabar los exámenes.

Una vez llego a casa y me pongo en la mesa a estudiar, mientras leo el resumen mis pensamientos se van a Luís otra vez. Me lo imagino nuevamente con la chica misteriosa, y un escalofrío recorre mi espalda. ¿Ella notará algo raro en sus comportamientos? ¿Se habrán conocido antes? ¿Qué secretos guardan? Me río de mí misma, pero hay un pellizco de curiosidad que no puedo ignorar.

Intento centrarme. "Estudiar, Adelaida, estudiar", me repito. Nada de pensar en Luís. Me pongo con el esquema que estoy haciendo, abro los libros y me sumerjo en las páginas de anatomía animal. Tras un rato, ya estoy plenamente concentrada… aunque siento, como un murmullo en mi cabeza, que algo se está cociendo fuera de mis estudios.

Hago un pequeño descanso, salgo al balcón a tomar aire fresco y dejo que el viento me despeje la mente. Pero incluso mientras regreso a la mesa, un pensamiento me acecha: mañana, con Jorge… ¿será el momento de descubrir algo que nadie debería contar? La emoción y la intriga se mezclan con los apuntes y los esquemas.

Sigo repasando apuntes, preparo un bocadillo rápido y mi mente sigue corriendo hacia Luís y la misteriosa chica. Cada escena que imagino parece un capítulo de novela negra: secretos, desapariciones, palabras que no se dijeron. Cuando decido irme a dormir, mis pies están hinchados de tanto caminar por Madrid buscando el vestido y complementos perfectos, pero mi corazón late con anticipación. La misión de detective con Jorge me consume, y no puedo evitar preguntarme qué descubriré mañana.

Mientras me tapo, pienso en Luís otra vez. ¿Estará con ella ahora mismo? ¿Le habrá contado algo que debería ocultarme? La sonrisa que me sale es nerviosa, casi burlona de mí misma, porque sé que estoy cruzando una línea. "¿Y si Luís es un caso perdido?" me susurro en la oscuridad de mi habitación. "¿Y si la chica fue su novia y… vuelven a serlo?" Me obligo a apartar esos pensamientos, me vuelvo a tumbar y pienso en Peluso, tranquilo con Clara, soñando seguramente sin secretos ni misterios. Poco a poco, la tranquilidad me vence y me quedo dormida.

A la mañana siguiente, el despertador suena demasiado pronto para lo que me gustaría, pero me levanto con una energía casi febril. Hoy es el día de la "misión detective", y además la boda de mi hermano está cada vez más cerca. Preparo un café cargado, me ducho y mientras el agua caliente me despierta del todo, mi mente ya está calculando cómo conseguir la información que quiero sin levantar sospechas.

Con el café en la mano, pienso en mi atuendo. ¿Un look de detective? ¿O algo discreto que no levante sospechas? Me río de mí misma: "¿Cómo visten los detectives?" finalmente opto por algo cómodo, pero que me permita moverme con facilidad si surge la oportunidad de observar, preguntar o descubrir algo inesperado.

Salgo a la calle con todas mis cosas y empiezo la ruta hacia la universidad para los exámenes, pero inevitablemente, las tiendas llaman mi atención. Entro en una zapatería, encuentro unas sandalias preciosas y pienso: ¿qué historias podrían ocultar unos simples zapatos? Me imagino combinarlas con un vestido que aún no tengo, y la idea de vestirme perfecta para la boda se mezcla con la anticipación de lo que puede pasar más tarde… con Jorge.

Tras conseguir vestido, sandalias y maquillaje, y tras asegurarme de tener el regalo perfecto para mi hermano, mi mente no deja de correr. Cada detalle de la boda es importante, sí, pero hay algo que palpita con más fuerza: la "misión detective". ¿Le sacaré alguna pista a Jorge sin que se dé cuenta? ¿O será él quien esté un paso adelante, como siempre?

De camino a la universidad, algo llama mi atención: mi hermano con Marta, frente a un centro médico. ¿Qué estarán haciendo allí? ¿Por qué él la acompaña? Me quedo paralizada unos segundos, observando cómo se alejan hacia una cafetería cercana. La curiosidad me quema, y un pequeño escalofrío recorre mi espalda: secretos, reuniones inesperadas, decisiones que se ocultan a simple vista… mi detective interior se activa automáticamente.

Decido entrar al centro médico con una excusa inocente: "Hola, soy la hermana de Marta… se ha dejado algo y vengo a buscarlo". La recepcionista me mira con una sonrisa profesional, pero algo en su expresión me hace pensar que no es tan sencillo. "No puedo decirle nada, pero si lo desea, puedo llamar a 'mi hermana' para que le autorice a entrar". Me quedo un instante, sopesando mis opciones. La intriga es casi tangible, y siento que cualquier movimiento puede revelar más de lo que esperaba. Decido mantener la inocencia en mi voz, "Vale, no pasa nada". Pero por dentro, cada fibra de mi cuerpo está alerta. Algo me dice que hoy no será un día cualquiera.

Salgo del centro médico pensando en lo que no quieren que se sepa… o quizás sea solo protección de datos. Me quedo un momento pensando: ¿y si voy al café y "casualmente" me encuentro con ellos? Pero decido no arriesgarme. Mejor voy al supermercado, así puedo comer pronto, repasar para los exámenes e ir luego a la consulta con Jorge.

En el supermercado compro un montón de cosas y, al superar el importe de cincuenta euros, me ofrecen llevar la compra a casa. Acepto, y mientras espero, no puedo evitar sentir un ligero cosquilleo de anticipación: la misión de detective me tiene más alerta que cualquier examen.

Una vez en casa, me pongo a estudiar mientras llega la compra. Cuando la traen, como rápido y continúo con estadística y cirugía de animales pequeños. Debo aprovechar cada minuto, porque después toca buscar a Peluso y… la terapia. Bueno, mejor dicho: la **misión detective**. Me río sola, pensando que esto de sonsacar información a Jorge se está convirtiendo en lo más emocionante del día.

Después de comer, recojo todo y me voy a buscar a Peluso. Al llegar a casa de Clara, le cuento que tengo la tarde libre para ir a "terapia" con Jorge, y ella me mira con seriedad:
—Adelaida, por favor, es tu psicólogo. Tienes que contarle cosas, no preguntarle tú a él. Cuéntale lo que te pasa, lo que sientes.
Me río un poco, Clara siempre repite lo mismo:
—Sí, sí, ya lo sé —le digo.
Ella insiste:
—Que si, Adelaida, en serio. No vayas a hacerle preguntas raras. Solo cuéntale lo que necesitas.
Luego me pregunta:
—¿Y Luís?
—Sigo sin saber nada de él —respondo con un suspiro.

Veo que ya se va haciendo tarde, así que cojo a Peluso y nos dirigimos a la clínica. El sol de la tarde cae sobre Madrid, y mientras caminamos, no puedo evitar pensar en lo que le voy a decir a Jorge: ¿por qué la limpiadora se sorprendió aquel día? ¿Por qué los pacientes siempre son los mismos? ¿Qué esconde esa clínica? Mi detective interior se activa al máximo, lista para notar cualquier detalle que pueda revelar un secreto. Peluso se detiene a oler un árbol, pero un tironcito de correa me devuelve al camino y sigo adelante.

Al llegar, llamo al timbre. La recepcionista me abre y todo parece normal: pacientes distintos a los de la otra vez, datos tecleados en el ordenador, un ambiente completamente rutinario. La puerta de la consulta de Jorge se abre, y un paciente sale. Lo miro un segundo y me pregunto: ¿me estaba haciendo películas? ¿Clara y mi hermano tenían razón? ¿Monté toda una historia en mi cabeza? Me siento en la sala de espera, Peluso a mis pies, y todo parece ordinario… hasta que Jorge aparece.
—Adelaida, adelante, por favor —dice.

Entro y me quedo en silencio, dudando de mis propias sospechas. ¿Me habré equivocado con Jorge? Todo parece normal: la recepcionista, los pacientes… ¿y yo? De pronto, se oye el timbre de la clínica y un pequeño sobresalto recorre mi espalda.

Jorge se disculpa:
—Perdona, Adelaida. Hoy la tarde está muy llena… aunque ya he puesto que haya que coger cita porque han venido todos de golpe. Pienso: entonces sí es cierto que no tenían que coger cita, como me dijo el primer día. ¿Y si todo esto es normal y yo estoy paranoica? Clara me diría: "Te lo dije".

Jorge me mira y pregunta:
—¿Quieres que sigamos con la sesión o prefieres venir otro día cuando esté más tranquilo?

Decido soltarlo todo de golpe:
—Mira, Jorge… he tenido muchas sospechas desde aquel día que me escapé de la clínica corriendo, hasta la luz del teléfono que no estaba encendida, pasando por la sorpresa de la limpiadora… Llegué a pensar que eras un falso psicólogo. Pero luego vi el título en la pared, comprobé que todo era mi imaginación, y Clara me estaba advirtiendo que tú eres un psicólogo que está por y para ayudarme.

Jorge me mira sorprendido:
—Vaya, Adelaida, parece que has tenido una buena dosis de paranoia. ¿Qué te hace pensar ahora que eran imaginaciones tuyas?

—Ver el título me tranquilizó —respondo—, y veo que Clara tenía razón, pero… ¿por qué la limpiadora se sorprendió al verte con la bata blanca?

—Ya te expliqué el motivo en su día —dice con calma—. ¿Quieres que hablemos sobre esas sospechas y veamos qué hay detrás?

—Sí, por favor —respondo—. Quiero entenderlo antes de la boda de mi hermano y aclarar estas dudas.

—Estupendo —dice Jorge—. Vamos a empezar con el tema de la limpiadora… dices que dijo algo sobre verme con la bata blanca, ¿no?

—Sí… fue extraño —le digo—, como si hubiera algo oculto. Pero quizá me lo inventé todo.

—¿Y sobre la boda de tu hermano? —pregunta él—. ¿Estás nerviosa por la boda en sí o por algo más?

—Estoy contenta —respondo—, pero a veces pienso en cosas raras…

Jorge asiente, tranquilo, y sigue preguntando cosas normales sobre la boda. De repente, su tono cambia ligeramente:
—¿Cuándo es la boda? ¿Dónde va a ser?

Un escalofrío me recorre. ¿Por qué me pregunta eso? ¿Quiere venir? No, no… es un psicólogo, es normal. Me digo a mí misma: "No empieces, Adelaida".
—Eh… aun no sé la fecha exacta —respondo—.

—¿Clara va a ir? ¿Habéis quedado ya antes? —insiste.

Lo miro con extrañeza, y me repito: "No empieces".
—Sí, claro, ya hemos hablado que iremos juntas —digo, intentando sonar despreocupada.

Jorge asiente, y luego pregunta:
—¿Cómo te sientes ahora sobre esas sospechas que tenías?

—Mejor, mucho mejor, gracias —respondo.

Comienzo a contarle los detalles de la boda, todo planificado, cada movimiento con Peluso, los preparativos para mis padres. Jorge asiente mientras toma nota en su móvil. Me siento extraña y pregunto, con un hilo de intriga en la voz:
—Jorge, ¿por qué estás apuntando eso en el móvil?

El silencio se vuelve más intenso. Su mirada se clava en mí, y por un segundo, siento que hay algo que no me está diciendo… algo que podría cambiar todo lo que creía saber.

"Me olvidé la libreta en otro sitio y así no olvido lo que me van contando los pacientes", me dice. Entonces me quedo pensando: ¿un psicólogo que se olvida la libreta y apunta en el móvil? ¿No tendría otro papel? Ningún psicólogo escribe en el móvil como si le enviara mensajes a alguien… algo no encaja.

Jorge levanta la mirada y dice:
—Bueno, todo bien por hoy, Adelaida, nos vemos otro día.

Me quedo congelada un instante. ¿Me ha preguntado detalles sin hacer terapia y ya quiere que me vaya? ¿No me va a decir lo que le tengo que pagar? Empiezo a sospechar que algo no cuadra. Jorge suele ser más profesional…

Me levanto de la silla, desconcertada:
—Eh… vale… ¿y… pagar?

—No te preocupes por eso, Adelaida. Ya lo vemos en la próxima, ¿vale? —responde, casi con prisa.

Siento un pequeño nudo en el estómago. ¿Qué ha pasado con la terapia? Miro a Jorge que ya está de pie, indicándome que la sesión ha terminado, pero hay algo raro en su mirada… como si estuviera nervioso.
—Bueno, Adelaida, nos vemos otro día —dice mientras me acompaña a la puerta.

Salgo y me quedo en el pasillo, la recepcionista me mira, pero no dice nada. La clínica está tranquila; solo hay un par de pacientes esperando. Mi instinto de detective se activa: Jorge dijo que hoy era una tarde ajetreada, así que deberían estar llegando pacientes sin parar… ¿Dónde están?

Decido salir y esperar en la calle, desde un lugar donde puedo ver la entrada de la clínica. Peluso se sienta a mi lado, atento a todo. Los minutos pasan y nadie entra, solo los pacientes que estaban dentro salen. Cada vez me parece más extraño. ¿Por qué nadie más llega? ¿Por qué me ha echado tan rápido? ¿Qué está pasando?

Decido volver a entrar, como si hubiera olvidado algo, pero recuerdo que Jorge vio que no dejé nada en la silla… ningún bolso, ningún papel… Empiezo a caminar de un lado a otro, pensando: ¿cómo investigo esto sin que Jorge se dé cuenta?

Entonces veo a un chico entrar en la clínica. Llama al timbre y me acerco a escuchar. La recepcionista le responde y él dice:
—Hola, soy el paciente de las siete de la tarde.

La puerta se abre y entra. Lo observo… y todo parece encajar con lo que Jorge me dijo: realmente hoy no había tantos pacientes. Mi mente da vueltas: ¿me monté toda una película? ¿De verdad estaba paranoica? Me agacho a acariciar a Peluso. "Bueno, vamos a casa, ¿vale?"

De camino al parque para que Peluso juegue un rato, mis pensamientos se van otra vez a Luís… ¿seguirá con la chica

misteriosa y por eso no sé nada de él? Decido llamarlo:
—Hola, Luís, te llamo para recordarte lo de la boda de mi hermano y que tendrás que aparentar de nuevo ser mi novio. La boda es pronto, aun no sé el día exacto… ¿podrás hacer el paripé conmigo?

—Perfecto, cuenta conmigo —responde él riendo.

Nos despedimos. Peluso me mira, ladrando como si supiera que he hablado con alguien. Jugamos un rato más en el parque hasta que empieza a llover. Nos refugiamos en la puerta de un bar mientras para un poco, porque no llevo paraguas. Mis pensamientos corren: ¿le cuento a Clara que todo era normal en la clínica y que ya me lo había dicho? ¿O espero a que ella saque el tema? ¿Le cuento lo de Luís?

La lluvia afloja y seguimos rumbo a su casa. Llamo al timbre, pero nadie contesta. Parece que Clara aún no ha llegado. Justo entonces, sale una vecina mayor del edificio y nos invita a entrar:
—Pasa, niña, no te quedes ahí con la lluvia. Este perrito es un cielo, ¡el más bueno del edificio!

Le sonrío y entro con Peluso. La señora se agacha a acariciarlo:
—Anoche vino un chico a casa de su dueña y parece que no le gustó, porque Peluso ladraba mucho.

Me pongo en alerta. ¿Un chico en casa de Clara? ¿Quién sería y por qué no me ha contado nada? Mientras la vecina se retira, pienso: ¿será verdad lo que me dijo? Me agacho y acaricio a Peluso: "¿Qué pasa con tu dueña? ¿Tú sabes algo?" Me ladra como si entendiera.

De repente, la puerta se abre y aparece Clara. Peluso corre hacia ella moviendo el rabito. Subimos y ella se quita el abrigo mojado:
—¿Qué tal, cómo ha ido la tarde? —pregunta.

Me quedo callada, esperando. ¿Saldrá el tema del chico de la vecina? ¿O lo descubro yo? Decido esperar.
—Hemos ido al parque y, como ha empezado a llover, nos hemos vuelto pronto. Peluso se ha mojado un poco, pero nada grave —le digo.

Clara se sienta, se quita las zapatillas mojadas y sonríe:
—¡Ay, qué tarde tan ajetreada he tenido! He ido a buscar un montón

de complementos para la boda, estoy súper ilusionada con que llegue el día. Espero que todo salga perfecto: invitados, comida, música…

Le sonrío:
—La boda va a ser increíble. Por cierto, antes de la boda voy a tener una cena fin de master. Me hace muchísima ilusión acabarlo, es como cerrar un capítulo, ¿sabes?

—Eso es genial —dice Clara—, la cena de fin de master antes de la boda es un buen plan. ¿Ya sabes qué te vas a poner? ¿Algo elegante?

—Aún no lo he pensado, pero algo de lo que tengo —respondo—. ¿Y tú? ¿Ya tienes todo preparado para la boda?

—Sí, ya casi tengo todo, con mucha ilusión de que llegue el gran día —dice ella.

Peluso se sube al sofá y se acuesta al lado de Clara, que le acaricia la cabeza. Yo me quedo pensando: ¿por qué no me ha contado nada del chico? ¿No quiere hablar del tema o será que la vecina se ha confundido? ¿Debería preguntar?

Clara me mira y cambia de tema:
—Y tú, cuéntame, ¿cómo va todo con Luís? ¿Sigue siendo el novio perfecto para tus padres?

—Con Luís todo perfecto —respondo—. Le he llamado y le recordé lo del paripé, se va a poner un traje muy elegante.

Clara se levanta y me dice:
—Oye, ¿quieres quedarte a cenar? Estaba pensando en pedir pizza.

—Vale, genial —respondo—. Pizza suena muy bien, un buen plan.

—De cuatro quesos con atún —me dice con una sonrisa.

Y mientras Peluso duerme junto a Clara, no puedo evitar que mi mente siga trabajando… entre la clínica, Jorge, el chico misterioso y la boda… algo me dice que esto solo es el principio de nuevas sorpresas.

CAPITULO 18

Pedimos unas pizzas y, mientras esperamos, seguimos hablando del trabajo, de la boda… y del repentino silencio que cada tanto me atraviesa la mente. Pronto suena el timbre y aparece el repartidor con nuestra cena. Clara abre la puerta y se oye:
—Hola, pizzas para… Clara, son veinticinco euros.

Me quedo paralizada un segundo. La voz del repartidor me resulta extrañamente familiar… casi como si fuera alguien que conozco. Mi corazón da un pequeño vuelco. El repartidor dice:
—Tome, quédese el cambio. Buen provecho, Clara.

La puerta se cierra y Clara aparece con nuestras pizzas.
—¿Pasa algo? Te has quedado… —me dice.

Mientras mis ojos no dejan la puerta, le respondo:
—No, no, nada, solo la voz del repartidor… me ha sonado a alguien que conozco.

—¿A quién? —pregunta, curiosa.

—Bueno, da igual… vamos a olvidarlo —digo, aunque mi mente sigue dando vueltas. Pero no me quedo tranquila y decido volver a preguntar:
—Oye, ¿cómo era el repartidor? ¿Qué aspecto tenía?

—Un chico muy joven, pelo corto, moreno… normal. ¿Por qué? —responde Clara.

Me relajo un poco; Jorge no es un chico joven, me estoy obsesionando demasiado.
—Nada, nada, me ha sonado a alguien y ya —digo, intentando sonreír.

Nos ponemos a cenar, hablamos un poco más sobre la boda, los exámenes… y pronto decido irme a casa.
—Bueno, Clara, muchas gracias por la cena. Voy a seguir estudiando para los últimos exámenes.
—Venga, Adelaida, ánimo, ya te quedan pocos —me dice mientras me despido de ella y de Peluso.

La noche está oscura. Me cruzo con un par de personas paseando, algunos con perros… el camino se me hace corto mientras repaso mentalmente los exámenes. Paso por la calle de la sala de juegos y me detengo un momento frente a la puerta:
—¿Cómo pude venir a jugar tanto? —me digo—. ¿Cómo no me di cuenta de todo lo que perdía?

Respiro hondo y continúo hacia casa. En ese instante, suena el teléfono. Es Celia:
—Hola, Adelaida, ¿qué pasa?
—Hola, Celia. ¿Cómo va ese estudio?
—¿Qué te parece quedar un día de estos para tomar algo y así ponernos al día? Es que noto a tu hermano un poco raro… no sé. ¿Tú has notado algo?
—¿Raro? ¿A qué te refieres? —pregunto.
—No sé, serán cosas mías. De todas formas lo hablaré con él. Gracias, Adelaida —me dice.
—Bueno, voy a estudiar un poco más, ya hablaremos —respondo.
—Ánimo con los exámenes —me dice.

Subo a casa, saco los apuntes y me concentro. La sala está en silencio, solo el tic-tac del reloj acompaña mi estudio. Tras un buen rato repasando y haciendo esquemas, decido preparar una infusión de manzanilla para relajarme. Me la tomo a sorbos en la cocina, repasando los apuntes por última vez, mientras mis pensamientos se cuelan en rincones que no quiero tocar… la voz del repartidor, el chico de Clara… algo no termina de encajar.

Me voy a la cama, me tapo con el edredón blanco y cierro los ojos. En segundos me quedo dormida, aunque en mi mente todavía resuena un eco: ¿quién era ese chico que fue a casa de Clara?

A la mañana siguiente suena el despertador. Es el día de los exámenes. Antes de levantarme, repaso mentalmente los temas. Me ducho, desayuno ligero y preparo un café. Me aseguro de tener todo: carné, bolígrafo, apuntes de última hora… y salgo hacia la universidad.

Al llegar, observo el ambiente: compañeros concentrados, otros nerviosos… Entro en clase y pienso:

—Venga, a por los últimos, ya casi acabas.

Me siento, recibo el examen y empiezo. Me concentro, reviso un par de veces… y cuando miro el reloj, el tiempo se ha acabado. Tras dos horas y media, he terminado. Siento alivio, como si un peso se hubiera levantado de mis hombros.

A la salida, nos reunimos en la cafetería para hablar de la fiesta de fin de máster. Decidimos cenar en un restaurante del centro que tiene especialidad en carne a la brasa. Hablamos de detalles, quién llevará a quién, horarios… Les comento que yo llegaré justa por el trabajo.

—Bueno, se ha hecho tarde, tengo que irme a casa y luego trabajar —les digo.

El paseo hacia casa se siente ligero, disfrutando del alivio de que todo el estudio ha terminado. Pero mi mente no deja de pensar en lo que ocurrió con la voz del repartidor y el misterioso chico que visitó a Clara.

Pronto es hora de recoger a Peluso. Me arreglo un poco, me pongo la chaqueta con capucha y salgo. Mientras voy hacia la casa de Clara, pienso en lo curiosa que es la vida: entre exámenes, bodas y misterios que no entiendo, cada detalle parece esconder algo…

Llego a casa de Clara, toco el timbre y Peluso se pone a ladrar. Abre la puerta moviéndose feliz:
—Hola Adelaida, aquí tienes a Peluso, estaba súper impaciente esperando verte.

—Hola, ya veo lo contento que está. Estoy muy contenta, por fin he acabado todo y esta noche a la cena de fin de máster —respondo.

Hablamos sobre la tarde, la cena, la boda… pero sigue sin salir el tema del chico. ¿La señora se habrá confundido o hay algo que Clara no quiere contarme?

De repente miro el reloj: es hora de ir a la clínica. Me levanto del sofá, Peluso a mi lado, y Clara parece distraída:
—Vale, vale, que vaya bien, gracias por cuidarme tan bien a Peluso —me dice.

Salgo con Peluso, le doy un paraguas porque la lluvia aumenta. Lo suelto en el jardín cerrado de la clínica y empieza a jugar con su pelota favorita.
—Venga, Peluso, déjame trabajar —le digo.

Irene aparece y me saluda:
—Hola, ¿qué tal el día? ¿Los exámenes bien?

—Genial, todo acabado. Esta noche cena con los compañeros para celebrar.

—Eso es estupendo, disfruta mucho y enhorabuena por haber acabado —me dice.

La tarde en la clínica se vuelve intensa. Un gato agresivo del dueño hace que Irene se estrese. Él se queja de los precios y amenaza con no vacunar al gato si no los baja. Me pongo nerviosa viendo la escena. Irene intenta explicarle la importancia de la vacuna… y yo, en silencio, no dejo de pensar en el chico misterioso, la voz del repartidor… y en cómo todo parece entrelazarse en un hilo invisible que solo mi instinto de detective alcanza a percibir.

El dueño del gato se pone aún más agresivo y finalmente abandona la clínica sin vacunar al animal. Irene suspira, aliviada y a la vez preocupada, y yo aprovecho un momento entre pacientes para pensar en qué ponerme para la cena. Tengo que organizarlo todo rápido: salir de la clínica, ir a casa de Clara, ducharme, vestirme… y llegar a tiempo. Mientras camino por el pasillo, me imagino la cena, las risas con los compañeros, la música, y eso me llena de ilusión.

Al terminar la jornada, voy al jardín a buscar a Peluso. Está tan entretenido jugando que parece decidido a no moverse. Cada vez que me agacho, se escapa corriendo y tengo que perseguirlo entre risas y leves toques de tensión:
—Venga, Peluso, tenemos que irnos. Tengo que llevarte a casa y luego tengo cena —le digo.

Al salir de la clínica, veo que ha dejado de llover. Camino rápido hacia casa de Clara, y justo ella llega al mismo tiempo:
—Hola Clara, justo hemos venido a la vez —le digo.

—Déjamelo y vete, no sea que llegues tarde —me responde sonriendo.

Por el camino llamo al encargado del bar para avisarle que puedo volver cuando sea. Me pregunta cómo ha ido todo y le cuento que muy bien, mencionando la cena del fin de máster y que luego iremos al bar a continuar la celebración.

Llego a casa, me ducho corriendo, me pongo un vestido cómodo, un poco de maquillaje, ordeno todo, cojo la cazadora por si hace frío y el bolso, y salgo rumbo al restaurante. Llego un poco antes de las diez y cuarto, y ya hay compañeros riendo y charlando. Me hacen señales:
—¡Adelaida, aquí!

Entro y me siento con ellos. La cena empieza, pedimos carne a la brasa, patatas, cervezas, vino… y brindamos:
—¡Por el fin del máster!

La noche se llena de risas, anécdotas y música alta. Todo parece perfecto. Pero en un rincón de mi mente, no puedo evitar que un hilo de tensión se mantenga: la voz del repartidor, el chico misterioso que visitó a Clara, el extraño comportamiento de Peluso con el viento… algo sigue rondando.

Al salir del restaurante hacia el bar, Ramón, el portero, nos recibe con entusiasmo:
—¡Hombre, enhorabuena a todos! Hoy estamos de fiesta, así que a la primera os invitamos.

La noche avanza, bailamos, cantamos, nos reímos… incluso me hacen levantarme para dar un pequeño discurso. Entre aplausos y vítores, me siento en la cima de la alegría, pero algo en el ambiente, una sensación fugaz de que alguien nos observa, no me abandona del todo.

Cuando la madrugada se torna día, dejamos el bar y nos despedimos. Camino a casa, sigo pensando en Peluso, en la clínica y en cómo algunas piezas parecen no encajar del todo. Me tumbo en el sofá un momento antes de ir a la cama, satisfecha, pero con una

pequeña punzada de intriga en el estómago: ¿qué habrá querido ocultarme Clara? ¿Y la voz del repartidor?

A la mañana siguiente, me levanto tarde, abro la ventana y veo un día precioso. Tomo café, reviso mensajes de compañeros con fotos de la fiesta… todo parece normal, pero en mi cabeza sigue la sensación de que algo más acecha, un detalle que todavía no alcanzo a ver.

Me preparo, salgo al supermercado y mientras busco lo de la lista, suena el móvil: es Celia. Me da la gran noticia: ya hay fecha para la boda. Alegría, emoción… pero también una sombra de curiosidad que me sigue acompañando. Colgamos y sigo con mis compras. Justo cuando estoy metiendo cosas en el carro, suena de nuevo el móvil: es el encargado del bar. Me confirma que puedo volver al trabajo. Cuelgo y pienso: todo en orden, pero hay algo que todavía me hace sentir que estoy al borde de descubrir algo.

Pago la compra, vuelvo a casa y preparo algo rápido para comer. Mientras suena de nuevo el móvil, esta vez es Jorge:
—Hola Adelaida, ¿qué tal llevas el día? ¿Te viene bien hacer terapia hoy?
—Sí, perfecto —respondo—. Iré después de la clínica, solo pasaré al bar tras terminar.

Cuelgo, termino de comer y me voy a casa de Clara a recoger a Peluso. El viento es fuerte y Peluso parece molesto; tenemos que apresurarnos. Una vez en la clínica, lo llevo casi a rastras, como si él percibiera algo que yo aún no veo.

Dentro, todo parece normal: pacientes distintos a los de la otra vez, la recepcionista ocupada, timbres que suenan… pero algo en el aire, en la forma en que Peluso se mueve, me hace mantenerme alerta.

"Adelaida, adelante" me dice Jorge, su bata blanca reluciente bajo la luz tenue del despacho. Entro y me siento, el corazón aún latiéndome a mil por la emoción del fin de master y la celebración de anoche. Empiezo a hablar: "Ayer fue una locura… acabé el master, fiesta con los compañeros… todo fue genial…" Jorge sonríe mientras me escucha, pero hay algo en su mirada que me hace sentir un

escalofrío. “Suena a fiesta por todo lo alto. ¿Cómo te sentiste volviendo al bar?” me pregunta. “Genial… me trataron como a una reina”, le digo, aunque no puedo dejar de notar cómo su mirada no me suelta.

Cambiamos de tema y le cuento que ya hay fecha para la boda. Jorge asiente, y de repente, con un leve tic en su gesto, pregunta por mi libro sobre crímenes y desapariciones. Mi estómago se contrae. Su voz, ahora un poco más baja, tiene un matiz extraño, casi inquisitivo. “¿Has aprendido mucho sobre cómo ser un buen criminal?” le bromeo, intentando relajar el ambiente. Pero su silencio se alarga demasiado, y su mirada fija sobre mí me hace sentir observada, evaluada, hasta vulnerable.

“Entonces, te ponen nerviosa las desapariciones, Adelaida?” Su voz es calmada, pero cada palabra cala hondo. Trago saliva y asiento, “Sí… me dan miedo, sobre todo si es alguien cercano a mí.” Jorge se inclina hacia mí, cada centímetro más cerca de lo que me siento cómoda. “¿Cómo actuarías si alguien desaparece sin dejar rastro? ¿Qué pensarías?” El sudor empieza a formarse en mis manos, imágenes de personas cercanas que podrían desaparecer pasan fugaces por mi mente. “Buscaría por todos lados, llamaría a la policía…” murmuro, casi temblando.

Su siguiente pregunta me congela: “¿Y si no aparece? ¿Si no deja rastro?” Un escalofrío recorre todo mi cuerpo, y me dan ganas de salir corriendo como aquella vez, la sensación de claustrofobia y peligro se mezcla con mi confusión. Me dice que es bueno conocer mis reacciones ante situaciones límite, pero yo solo siento miedo. ¿Por qué me pregunta esto? ¿Qué quiere descubrir?

“Jorge, ¿qué pasa? Me estoy empezando a asustar un poco” le digo, y él me mira con una expresión que no consigo descifrar. “Nada, Adelaida, solo quiero entenderte mejor”. Mi instinto me dice que es hora de irme, y de repente me levanto, interrumpiéndolo: “Necesito ir al baño, es urgente.” Camino hacia la puerta con la respiración acelerada, el pasillo parece más largo que antes, las luces tenues y el eco de mis pasos multiplicando cada movimiento.

Miro a mi alrededor, cada puerta parece esconder algo. Dr. Martínez… Dra. López… Dr. García… pero Jorge no aparece en ninguna de ellas. ¿Por qué me atendió en esta consulta aparte? Mi mano tiembla sobre la manilla de una puerta, dudo un instante. ¿Abro? ¿Me voy? Mi corazón golpea con fuerza.

Y justo cuando decido abrir… aparece Jorge, con esa sonrisa que no me gusta nada: "¿Qué pasa, Adelaida, te has confundido de consulta? ¿O es que… quieres saber algo?" Mi garganta se seca, "Em… no… Jorge… esto… hasta luego…" corro hacia la salida, intentando ignorar la sensación de que el pasillo se alarga con cada paso.

Él me sigue, "Espera, no tan rápido, jovencita." Siento su presencia detrás de mí, el miedo mezclándose con la confusión. Me alcanza casi en la puerta y me recuerda el bolso: "Te has dejado el bolso en la silla y no hemos hablado de pagar lo de hoy y de días anteriores." Me giro, desconcertada. "¿Lo de hoy?" pienso. Solo había hablado de desapariciones… ¿Esto es una broma?

Jorge sonríe, pero hay algo en esa sonrisa que no puedo descifrar: "Era parte de la terapia, Adelaida, para ver tus reacciones y conocerte mejor." Me siento manipulada, vulnerable… y un poco enfadada. "No quiero hablar ahora, tengo que ir a hacer la comida y luego al trabajo." Cojo mi bolso, lo cuelgo sobre el hombro y salgo sin mirar atrás. Ni los pacientes, ni la clínica… solo quiero escapar de la sensación inquietante que me dejó, con el corazón aún latiéndome a mil, preguntándome qué otras sorpresas me podría tener preparadas Jorge.

CAPITULO 19

Salgo a la calle, respiro aire fresco y me siento aliviada de estar fuera. El aire frío me despeja un poco, pero la sensación no se va del todo. Intento no pensar en lo que ha pasado con Jorge mientras camino hacia casa. Me pongo a hacer la comida, algo rápido; mientras se hace miro el reloj: tengo que ir a casa de Clara a recoger a Peluso y luego a trabajar.

Termino de cocinar, como deprisa, recojo y me voy corriendo a casa de Clara. Cuando llego, toco el timbre y me abre con Peluso en brazos. No le cuento nada sobre lo vivido con Jorge. Hago como si nada hubiera pasado. Estoy un rato con ella tomando un café, intentando mantener una conversación normal, y pronto se hace la hora de ir a la clínica.

De repente suena el móvil. El corazón me da un vuelco pensando que pueda ser Jorge. Intento aparentar normalidad, lo cojo… es Irene.

—Hola, Adelaida, hemos tenido una avería muy grande en la clínica. Han tenido que picar suelo y paredes y no vamos a poder abrir durante unas semanas, lo siento.

Cuelgo la llamada. Me quedo unos segundos mirando la pantalla apagada antes de hablar.

—¡Qué faena! ¿Qué harás ahora? —me pregunta Clara.

—Voy a llamar a mi encargado, a ver si necesita que vaya antes al bar.

Le llamo y me dice que necesitan gente y que si puedo ir a las seis. Le digo que perfecto. Salgo de casa de Clara, cojo al perro y le doy un paseo rápido intentando que haga sus cosas antes de llevarlo a casa. Hoy parece más inquieto de lo normal; tira un poco de la correa, mira hacia atrás varias veces.

Después lo dejo con agua y comida y me voy corriendo al bar. Llego un poco justa, me pongo el uniforme a toda prisa y empiezo a trabajar.

La tarde y la noche están siendo intensas. La música está alta, los clientes bailan sin parar y yo voy de un lado a otro sirviendo copas y sonriendo. Me muevo al ritmo de la música intentando no parar. El ambiente es bueno… pero mi cabeza vuelve una y otra vez a la consulta.

Las horas pasan y veo que se acerca mi salida a las doce. Me pongo nerviosa al pensar que tengo que ir rápido a casa a coger al perro y luego devolverlo.

La música sigue alta, la gente sigue bailando y llega la hora de cerrar. Los clientes se van y yo me despido rápido del encargado y de Ramón; hoy tiene bastante prisa y no puede llevarme a casa.

En la calle todo está demasiado silencioso después del ruido del bar.

Llego corriendo a casa. Abro la puerta y me quedo parada.

Ay, Peluso… ¿qué has hecho?

La casa está un poco afectada. Han sido demasiadas horas solo y el pobre no ha aguantado.
Sus ojos me miran sin moverse, como esperando algo.

Me pongo a limpiar lo antes posible intentando no enfadarme. Peluso está cabizbajo y me sigue mientras limpio. Bueno, no pasa nada… a ver mañana cómo hago, pienso, aunque sigo con esa sensación rara que no termino de explicar.

Corriendo de nuevo a casa de Clara a devolverlo. Mientras estoy un rato sentada en su sofá suena el teléfono. Es Celia.

Me dice que no se dio cuenta de decirme que la boda es mañana.

¿Cómo? ¿Mañana? ¿Me lo dice unas horas antes?

Corriendo llamo a Luis:

—¡Luis, la boda es mañana! Clara irá directamente a la iglesia y tú y yo tenemos que ir juntos.

—No sé si vamos a poder ir juntos, tengo un asunto urgente en el trabajo.

—¿Un asunto urgente? Me dijiste que irías…

—Lo siento, no puedo prometerte nada. Espérame en la iglesia a que llegue, pero no sé si podré ir contigo en coche.

—Vale, le mando la dirección a Clara y a ti y ahí nos vemos.

Clara me pregunta qué pasa al verme la cara. Le explico la situación. Todo se ha movido demasiado rápido.

Me despido de Clara y corro a casa a preparar todo para mañana. Suena el móvil y es mi madre.

—Hola, hija. No nos habíamos acordado de decirte antes que la boda es mañana. ¿Qué tal el trabajo y la cena de fin de estudios?

—Estupendo, mamá. Clara me ha dejado a Peluso para que lo podáis ver.

Seguimos charlando un rato mientras preparo las cosas.

Corto la llamada y miro a Peluso.

—Mañana es el gran día…

No sé por qué al decirlo siento un pequeño nudo en el estómago.

Me voy a la cama para estar despejada.

A la mañana siguiente me levanto corriendo; el despertador ha sonado antes de lo esperado. Me ducho rápido intentando despertarme del todo. Me visto con lo primero que encuentro… no, mejor no. Voy a ponerme algo decente para ir a la peluquería.

Consigo que me atiendan sin cita. Me peinan, me arreglo… todo debería ser normal.

Me miro al espejo.

—Vamos, Adelaida… estás lista.

Pero la sensación vuelve.

Salgo en dirección a la iglesia y escribo a Clara que voy hacia allí. Me contesta que también, pero que va a tardar un poco más.

Escribo a Luís:
—¿Dónde estás? Ya estoy llegando a la iglesia.

—Estoy liado con unos asuntos urgentes del trabajo, llegaré tarde, no te preocupes —responde, y algo en su tono me deja intranquila.

Entro a la iglesia y mi corazón se acelera. Mis padres y mi hermano están allí, impecables, pero yo apenas puedo mirarlos. Todo parece tan normal… y a la vez, algo no encaja.

—¡Hola! Qué guapos estáis —digo intentando sonreír, pero mi voz tiembla.

Mi madre me sonríe, y me pregunta por Clara. Le digo que ella y Luís vendrán, pero que se retrasan un poco. Intento convencerme de que no hay motivo para preocuparme… pero el nudo en el estómago crece con cada segundo que pasa.

Veo aparecer a la novia, preciosa, con su vestido blanco… pero Clara no está. Ni rastro de ella.
El cura, sonriente, pregunta si estamos todos.
—¡No! —grito, y me sobresalto a mí misma—. Faltan mis dos amigos.

Mi corazón da un vuelco. Lo siento golpeándome en el pecho como un tambor. Intento calmarme, pero mi mente corre: ¿Dónde está Clara? ¿Le habrá pasado algo? ¿Y si algo malo le ocurrió en el camino? La sensación de impotencia me oprime la garganta.

El cura nos da unos minutos más. Yo me siento atrapada, mirando la puerta constantemente, imaginando mil escenarios terribles. Llamo a Clara. No contesta. El móvil parece un objeto frío y distante.

Entonces llega Luís, corriendo, sofocado.
—Hola, ya estoy aquí —dice, respirando con dificultad.

—¿Y Clara? —pregunto, con un hilo de voz, casi temblando.

—No sé… no me ha dicho nada, pero si viene, no tardará mucho —responde, con esa calma que me resulta extraña.

Mi mente se niega a aceptarlo. Cada segundo sin respuesta de Clara me hace sentir que el suelo desaparece bajo mis pies. La ceremonia comienza, pero yo estoy desconectada, pendiente de un mensaje, de un sonido, de una señal de ella…

El cura hace su pregunta ritual:
—Adelaida, como hermana del novio… ¿tienes algo que decir?

—Sí… que les deseo toda la felicidad —respondo, y mi voz suena extraña, como si no viniera de mí.

Mi corazón sigue latiendo a mil, y cada vez que alguien cruza la iglesia, mi mirada busca entre ellos a Clara. Nada. Silencio. Nada.

El tiempo se dilata. La ceremonia sigue, pero yo siento que la ansiedad me consume desde dentro. La iglesia está llena de gente, pero me siento completamente sola. Mi cuerpo se tensa, mi respiración se acelera, y cada segundo que pasa sin noticias de Clara me hace imaginar lo peor.

El miedo empieza a convertirse en terror silencioso. ¿Dónde está? ¿Por qué no contesta? Cada idea aterradora pasa por mi cabeza: que se haya perdido, que le haya pasado algo, que… algo más terrible todavía.

Luís me da un toque en el brazo. Me doy cuenta de que el cura me hace una pregunta, pero no puedo concentrarme. La boda sucede alrededor, pero yo estoy atrapada en un torbellino de preocupación y sospecha.

No puedo evitar que un escalofrío recorra mi espalda. Algo me dice que no es casualidad que Clara no esté, que no es solo un retraso. Cada minuto que pasa la ausencia pesa más, como si estuviera observándome, como si algo invisible estuviera tramando algo…

Sigo pensando en Clara, pero esta vez el pensamiento no es tranquilo: mi corazón late tan rápido que siento que va a salirse del pecho. ¿Dónde está? ¿Por qué no contesta? Cada segundo sin noticias hace que la cabeza me dé vueltas, que los escenarios más oscuros comiencen a formarse en mi mente. ¿Y si le ha pasado algo? ¿Y si…? No puedo dejar de imaginarlo.

Mi padre grita detrás de mí, pero apenas escucho sus palabras:
—¡Esto tiene que ser una broma de cámara oculta! —su voz retumba como un eco lejano mientras yo estoy atrapada en mi propio pánico.
—¡Es una locura! —agrega, pero yo no puedo despegarme de mi preocupación.

Una señora se acerca con indiferencia:
—Bueno, ¿ya vamos al banquete? —dice, pero sus palabras no me llegan; mis ojos solo buscan un rastro de Clara.

Luís me mira, intentando entender mi expresión:
—¿Qué pasa? ¿Estás bien? —su voz suena distante, como si viniera de otro mundo.

Mi familia sigue dispersa, mi madre intenta calmar a mi padre, pero yo siento un vacío creciente en el estómago. Cada instante sin saber de Clara es un latido más de miedo que se instala en mi pecho. No hay mensaje, no hay llamada… nada. Solo silencio.

Decido correr hacia casa de Clara. Subo a un taxi, pero cada semáforo me parece una eternidad, cada sombra de la calle me hace girar la cabeza buscando algo, cualquier señal de que está bien. Cada minuto aumenta la presión en mi pecho, cada coche que pasa es un golpe de adrenalina.

Mi móvil vibra. Me estremezco. Es Clara. El mensaje es frío y extraño:
—He tenido un problema familiar y me he ido al pueblo, perdona por no avisar antes. Hasta luego, amiga.

Me congelo. ¿Cómo? ¿Iba a la boda y ahora está en un pueblo sin avisarme? Cada palabra se clava en mi mente como un alfiler. La incertidumbre me ahoga, la ansiedad me hace respirar con dificultad. ¿Qué familiar? ¿Por qué no contesta? ¿Por qué me despide llamándome "amiga"? Nunca lo había hecho antes.

Llego a su calle. Todo está silencioso. Persianas levantadas, puerta cerrada. Llamo al timbre una, dos veces. Nadie. Mi mente comienza a crear escenarios: puertas cerradas, sombras detrás de las ventanas, un peligro invisible acechando. Llamo a un vecino, nadie sabe nada. Intento llamarla, suena, pero no contesta. Otro mensaje:
—Pásatelo bien, no puedo contestarte porque estoy con un familiar. Disfruta y pronto nos veremos, hasta la próxima.

Mi respiración se acelera, los pensamientos se atropellan en mi cabeza. ¿Qué familiar? ¿Qué significa "hasta la próxima"? La calle vacía, el silencio absoluto, la persiana cerrada… siento que algo no encaja. La paranoia me hace mirar detrás de cada coche, cada sombra parece moverse. Siento que alguien me observa, que estoy sola en un lugar que empieza a ser hostil.

El taxi sigue esperando. Subo, pero el camino se me hace interminable. Cada semáforo, cada cruce, cada farola parece una cuenta atrás. La cabeza me da vueltas: "Si Clara está con un familiar,

¿por qué estoy aquí? ¿Qué pasa si…?” No quiero terminar el pensamiento, pero no puedo evitarlo.

Al llegar al restaurante, todo parece normal. La gente ríe, habla, come. Luís está con mi madre. Pero yo solo veo a Clara en mi mente. Mi corazón sigue latiendo a mil, cada segundo se siente eterno. Me acerco a Luís:
—Me ha dicho que tiene un problema familiar… que se fue al pueblo. No contesta, no sé qué pasa —le digo con voz temblorosa, como si cada palabra me costara un esfuerzo.

—¿Sabes algo más? —pregunta Luís.

—No… solo que está con un familiar, pero no me dice cuál — respondo, y el miedo empieza a apoderarse de mí. Siento un frío recorriéndome la espalda, la sensación de que algo terrible está a punto de suceder.

Intento comer, pero cada bocado se me atraganta. Cada risa, cada conversación de los demás me suena lejana, casi irreal. Mis ojos vuelven al móvil cada cinco segundos, esperando una señal que no llega. La ansiedad crece, el miedo se mezcla con paranoia: ¿y si le ha pasado algo malo? ¿Y si alguien la tiene? ¿Y si…?

No puedo quedarme allí. Le digo a Luís:
—Me voy a casa de Clara… no sé, algo me preocupa, no puedo dejar de pensar que algo está mal.

El taxi me espera. Subo, y el trayecto se transforma en un tormento. Cada calle vacía, cada sombra alargada, cada sonido distante me hace saltar. No puedo evitar imaginar lo peor. El reloj parece detenerse. La respiración me duele en el pecho. Cada segundo se siente como una eternidad.

Llego. Las persianas siguen igual, la puerta cerrada. Nadie contesta el timbre. El silencio se ha vuelto casi tangible, como si el aire mismo conspirara contra mí. Y allí estoy, sola, con mi miedo, con mi paranoia… preguntándome si he llegado demasiado tarde, si algo terrible ha sucedido.

¿Y si le ha pasado algo? ¿Y si alguien está usando su móvil para mentirme? —pienso mientras el corazón me da mil vueltas en el

pecho—. No, no… me estoy montando películas. Pero la duda no se va, se enrosca en mi cabeza, apretándome el pecho, haciéndome sudar. Miro a mi alrededor: la gente camina tranquila, nadie me mira, nadie se detiene para consolarme… y eso me asusta aún más. Todo parece normal, pero algo en mi interior me grita que no lo es.

Decido esperar unos minutos más, con el pulso acelerado, los dedos temblando sobre el móvil. Silencio. Nada. Ni un ruido extraño, ni movimiento que indique que Clara ha llegado o que alguien sabe de ella. El miedo empieza a enredarse con la ansiedad, formando un nudo imposible de deshacer en mi estómago. La sensación de impotencia me paraliza un instante. Respiro hondo y, casi a regañadientes, decido volver al banquete. Llamo a un taxi, subo y siento que cada segundo en ese asiento es una eternidad, cada farola que pasa es un tic-tac que golpea mi cabeza.

Entro al banquete y todo parece normal: gente comiendo, bebiendo, comentando el escándalo de la boda. Pero yo no veo nada más allá de mi propia mente, y en mi cabeza solo está Clara, desaparecida. Luís se acerca y me coge la mano:
—¿Sabes algo? —me pregunta con voz calmada, pero yo apenas lo escucho.
—No, nada… todo estaba igual —respondo, temblando.
—Tranquila, seguro que todo está bien —dice, pero sus palabras no me tranquilizan; son un susurro lejano mientras mi ansiedad se dispara.

El caos continúa: mi madre al borde del colapso, mi padre furioso con mi hermano, Celia desaparecida, Marta en shock, todos discutiendo… y yo sigo con la mirada fija en el móvil, esperando un mensaje, una señal, cualquier cosa que me indique que Clara está bien. Cada minuto que pasa sin noticias hace que la cabeza me dé vueltas: ¿y si algo le ha pasado? ¿Y si alguien la retiene? ¿Y si…?

Decido acercarme a Luís que está en la puerta. —¿Qué pasa? ¿Por qué te vas sin avisar? —le pregunto con voz temblorosa.
—Como todo está tan tenso, no quiero estar más ahí. No es por ti, es por todo esto —me responde, serio.
—Vale… vete… yo me quedo un poco más, a ver si consigo saber

algo de Clara —digo, y veo cómo asiente, comprendiéndome a medias.

Vuelvo adentro y la tensión de mi familia me golpea como una ola: mi madre y mi padre discuten con caras rojas, todos murmurando. Intento concentrarme en algo tangible, pero mi mente vuelve a Clara, a su desaparición, a los mensajes crípticos que me envió. El nudo en el estómago se aprieta, siento un hormigueo en los dedos, el corazón me late en las sienes.

Mi madre me pregunta si me voy con ellos, pero apenas puedo contestar. Necesito salir, necesito aire, necesito pensar… necesito encontrar a Clara.

Al llegar a casa, Peluso corre hacia mí, saltando, contento. Le acaricio mientras intento calmarme, pero la cabeza no se detiene. Me siento desbordada, quiero llorar, gritar, gritarle a alguien que me diga que Clara está bien, que todo esto no es un juego macabro. Pero no puedo. Le explico a Peluso que se va a quedar un poco conmigo, unos días o el tiempo que haga falta. La calle está tranquila, algunas personas pasean perros, pero yo me siento sola, atrapada en mi propia ansiedad. Peluso tira de la correa, recordándome que tengo que seguir caminando, que el mundo sigue girando afuera, mientras yo sigo atrapada en el miedo, la incertidumbre y la paranoia.

Cada sombra, cada puerta cerrada, cada sonido lejano se convierte en un posible peligro, y no puedo dejar de preguntarme: ¿qué le ha pasado a Clara? ¿Por qué no me contesta? ¿Y si…?

Decido llamarla, y mi corazón se hunde: su teléfono está apagado. "Será porque en ese pueblo la cobertura es pésima", me digo, pero la duda no desaparece, solo se enreda más en mi estómago. Cada segundo sin noticias me pesa, me hace sentir un nudo que aprieta cada vez más. ¿Por qué todo tiene que ser tan complicado? La boda… Clara… Todo se mezcla en un remolino que me mareo de pensarlo.

"¿Y si…?" —susurro en voz baja, y enseguida me sacudo la cabeza como si fuera un gesto inútil—. No puedo permitir que estos

pensamientos me dominen. No… no está desaparecida, solo está con su familiar. Sí, eso es. Clara está bien. Soy yo la que se está montando películas.

Paso por la calle de la sala de juegos y mi impulso me dice que entre, que unas partidas me distraerán, me ayudarán a no pensar en ella. Pero mi otra voz, más firme y fría, me reprende: "No puedes huir de esto. No puedes esconderte. Enfrenta lo que está pasando". Peluso camina a mi lado, ajeno a mis tormentas internas, olisqueando como si todo esto no tuviera importancia.

Respiro hondo y pienso en lo que Clara me diría: "Estás exagerando, Adelaida, yo estoy bien, no pasa nada". Repito esas palabras en mi cabeza, intentando que se conviertan en verdad. Intento convencerme de que todo está bajo control.

—Venga, un poco más y a casa, que tengo que ir a trabajar —le digo a Peluso mientras le acaricio—. Te daré un premio por ser tan bueno.

Sigo caminando, intentando sentir la brisa, el paseo, a Peluso. Pero cada sombra, cada ruido lejano, cada coche que pasa me hace mirar de nuevo el móvil, esperando un mensaje, una señal, cualquier cosa que confirme que Clara está bien. La ansiedad no se va, solo se disimula entre mis pasos.

Llegamos a casa, lo dejo con agua y comida, intentando tranquilizarme mientras me digo que ahora toca trabajo. Pero la cabeza no deja de dar vueltas, y cada segundo que paso sin saber de Clara se siente como una eternidad que aprieta mis sienes y acelera mis pulsaciones.

CAPITULO 20

Una vez llego, le cuento a Ramón el desastre de la boda:

—Te lo cuento rapidito, se ha suspendido… seguía teniendo dudas aunque a mí me hubiera dicho que no, pero lo peor de todo es que va a tener una hija y lo comunicó en mitad de la boda, delante de todos los invitados… en vez de decir que se casaban, dijo que iba a ser padre.

Ramón se queda con los ojos abiertos como platos:

—¿Qué dices? ¿En mitad de la boda?

—Sí, en mitad… mi madre se desmayó, mi padre estaba furioso, se fueron todos cabreados —le digo con un hilo de voz, mientras siento un nudo que me aprieta la garganta—. Y yo… yo solo estoy preocupada por otra cosa. Clara se fue sin decir nada. Un rato más tarde me manda un mensaje diciendo que se había ido a un pueblo con un familiar, pero ahora le llamo y no me contesta. Me estoy volviendo loca.

—Tranquila, Adelaida —me dice Ramón—, seguro que está bien.

—¡Eso quiero creer! —le respondo, pero mi voz tiembla un poco—. La esperaba en la iglesia cuando me dijo que se tenía que ir. Solo nos hemos comunicado por mensajes, no me coge las llamadas. Tengo yo a su perro, supongo que si lo hubiera tenido ella lo habría llevado con el familiar.

Le cuento lo que decía su mensaje: solo que se había ido, y que me llamaba "amiga" al despedirse. Esa palabra… nunca me la había dicho. Me genera un escalofrío que no sé quitarme.

Nos tomamos un café y seguimos hablando. La noche en el bar transcurre tranquila, los clientes contentos, pero mi cabeza sigue dando vueltas. Le cuento el desastre: mi abuela con casi noventa años levantando el bastón, mi madre al borde del ataque, mi padre sin poder hablar… y Marta, que parecía no saber dónde meterse, y Celia… Celia que se fue súper enfadada, o tal vez asustada, no lo sé.

—¿Tu hermano lo hizo a propósito o se le fue la cabeza? —pregunta Ramón.

—No sé… —suspiro—. No sé si mi hermano es capaz de algo así… pero… igual sí. Es un desastre, le gusta llamar la atención. No sé qué pensar. Y de mis padres… ni idea, no sé si se han ido a Oviedo.

Le cuento una anécdota que me da un poco de risa nerviosa: una invitada en la iglesia, en medio del escándalo, dice:

—¿Pero al banquete sí iremos? ¡Qué vergüenza!

Nos reímos un poco, pero la tensión sigue ahí, clavada en el pecho.

—¿Y qué pasó después? ¿Se fueron todos? —pregunta Ramón.

—Sí… poco a poco. Mi padre cogió a mi madre, mi tía a mi abuela… y yo me quedé… esperando a Clara —mi voz se quiebra un poco—, pero nada. No apareció.

Cuando acabe el turno, me iré rápido a casa a descansar y que este día termine de una vez.

Seguimos trabajando y viene poca gente. El encargado, al ver tan poca clientela, dice de cerrar pronto. Le cuento lo de la boda y se queda alucinando:

—Pues sí, la boda ha sido un desastre. Embarazo sorpresa en vez del "sí quiero", delante de todos los invitados.

—¿En serio? ¿Cómo se le ocurre? —dice— ¿Estaba borracho o algo?

Me río un poco, pero es una risa nerviosa:

—No, no estaba borracho… estaba nervioso por el gran día, supongo… Mi familia flipaba, mi abuela casi se muere, yo… sin saber qué hacer ni qué decir. Y Clara… se fue sin avisar y no me contesta el teléfono. Ha sido todo un espectáculo.

Me dice que me vaya a casa y descanse, que no me coma la cabeza. Una vez salimos, Ramón me deja en la puerta. Subo, veo a Peluso dormido, y por un instante siento un poco de paz. Me pongo el pijama, apago la luz, me meto en la cama… pero no dejo de pensar en Clara.

Peluso se mueve un poco, pero sigue profundamente dormido. Yo me quedo un rato mirando la luz que entra por la ventana,

iluminando la habitación. Al menos él está bien, pienso. Pero la preocupación no me abandona, y la sensación de que algo no encaja me mantiene despierta un poco más, con el corazón latiendo rápido.

A la mañana siguiente, suena el despertador. Me levanto con el corazón todavía acelerado, como si la tensión de ayer no me dejara en paz. Me doy una ducha rápida y me preparo un café bien cargado, intentando despejar la mente, pero el pensamiento de Clara no me deja en paz. Miro por la ventana y veo que el día está nublado, gris, presagiando algo que no sé. Cojo la chaqueta, el paraguas y la correa de Peluso, intentando tranquilizarme mientras él mueve la cola, ajeno a mi ansiedad.

Salimos a la calle y, sin poder evitarlo, me dirijo primero a la casa de Clara. Llego, toco el timbre… nadie contesta. Un escalofrío me recorre. ¿Dónde está? ¿Le habrá pasado algo? Saco el móvil y la llamo de nuevo, sigue apagado. Me siento atrapada por un miedo irracional, como si cada segundo que pasa sin noticias de ella me alejara más de la realidad. "Hola Clara, ¿todo bien por el pueblo? La boda ha sido un desastre, llámame cuando puedas", escribo, pero la pantalla vacía me devuelve un silencio inquietante.

Me quedo parada en su puerta, Peluso a mi lado, olisqueando la acera. "¿Y si ha pasado algo grave? pienso, pero rápidamente intento disiparlo: no, me estoy montando películas. Todo a mi alrededor parece normal, pero mi corazón no me deja engañarme. Decido continuar con el paseo, vamos al parque, y lo suelto para que juegue un rato con otros perros. Lo veo correr y ladrar, feliz… y yo me siento atrapada entre la sonrisa de él y mi creciente paranoia.

Me siento en un banco, intentando respirar, observando cómo Peluso juega con un bichón maltés. Cada movimiento de un perro, cada risa de un niño, cada sombra que pasa cerca me hace saltar un pensamiento: ¿Y si no está bien?" Mi mente no me deja en paz. Saco el móvil otra vez… nada. Como si se la hubiera tragado la tierra.

Tras un rato, cojo a Peluso y seguimos el paseo, tratando de que la rutina me calme un poco, pero el miedo sigue latiendo en cada paso. "Vamos, Peluso… a casa, que tengo que ir al supermercado y

prepararte unas chuches", le digo, intentando que mis palabras suenen normales, aunque la inquietud me sube por la espalda. Llegamos, le pongo agua y comida, pero ni siquiera me consuela: la ausencia de Clara pesa más que cualquier otra cosa.

Voy hacia el supermercado, sigo mirando el móvil… nada. Cada llamada perdida, cada silencio me hace retorcerme por dentro. Compro rápido, pensando en pequeñas cosas para distraerme, pero mi mente vuelve siempre a lo mismo: ¿dónde está Clara? ¿Qué está pasando?

De vuelta en casa, mientras dejo la compra y preparo la comida, siento un nudo en el estómago. La incertidumbre es casi física, y no puedo ignorarla más. Aunque tengo un rato antes de ir al bar, decido que necesito hablar con alguien que pueda ayudarme a entender, aunque sea un poco… Jorge. Mi corazón late más rápido mientras marco su número, y cuando la recepcionista me contesta, siento un alivio y un miedo mezclados. Le cuento la situación, que Clara no apareció en la boda y no hay noticias de ella, y que necesito hablar con él, me dice que puedo ir cuando quiera, así que decido ir.

Tras esperar un rato, me llaman para entrar. Paso a su consulta, dejo el bolso en la silla y me dejo caer, la tristeza pesando en cada músculo.

—Verás, Jorge… mi amiga no apareció en la boda, y no sé nada de ella… es como si se la hubiera tragado la tierra —digo, con la voz temblorosa y le cuento todo lo que me ha dicho.

Jorge me mira, serio, con algo en la expresión que no sé descifrar… tensión, preocupación, quizás miedo.

—¿Un pueblo? ¿No te dijo qué pueblo? ¿Qué familiar? —pregunta, inclinándose hacia mí con intensidad.

Niego con la cabeza, incapaz de articular más que un hilo de palabras:

—Nada… no me dijo más y no sé qué hacer.

Veo un instante fugaz en su rostro, algo que me hiela la sangre: miedo. Rápidamente, su gesto se recompone, pero mi mente no puede evitar pensar en esto.

—Bueno, Adelaida —dice con voz calmada, intentando guiarme—. A veces las personas necesitan tiempo y espacio. Puede que tu amiga esté pasando por un momento difícil y no quiera hablar. Como psicólogo, vamos a intentar entender lo que está pasando desde aquí. ¿Quieres que hablemos de cómo te hace sentir a ti? —me mira expectante, y yo siento un escalofrío recorriéndome el cuerpo, una mezcla de angustia y necesidad de respuestas.

—Mira, Jorge… me juré no venir aquí —le digo, intentando sonar firme, aunque por dentro siento que me estoy deshaciendo—, pero siempre acabo viniendo. Clara siempre decía que eres un psicólogo y que estás para ayudarme… creo que algo dentro de mí me dice que es así… aunque a veces tenga miedo.

Jorge sonríe ligeramente, pero hay algo en su mirada que me hace tensarme; parece medir cada palabra antes de decirla.

—Hablabas con Clara de mí, ¿eh? —pregunta con una calma que no me tranquiliza del todo.

—Bueno, Adelaida —responde finalmente—, estoy aquí para escucharte, y creo que es muy bueno que hayas venido. Sobre Clara… vamos a intentar entender qué está pasando. Pero dime… ¿qué es lo que te está dando miedo? —me mira fijamente, como si realmente quisiera saber, y siento que su atención me hace más vulnerable.

—No sé… es que siento que algo no va bien y no saber nada… me está matando —confieso, mientras siento que el nudo en el estómago se aprieta aún más.

Jorge asiente lentamente, con la expresión medida, casi profesional:

—Es normal sentirse así… la incertidumbre es difícil. ¿Quieres hablar de cómo te sentiste cuando Clara no apareció?

Un escalofrío me recorre. Primero me pregunta cómo reaccionaría si alguien cercano desaparece… y ahora Clara ha desaparecido, al menos de forma incomprensible. No contesta a los mensajes, no ha encendido el móvil… y yo me siento atrapada en un vacío que no puedo controlar.

—Apagó el móvil —dice Jorge, con un tono que pretende ser neutral —. Como psicólogo, te diré que es un comportamiento de evitación. ¿Sabes si Clara estaba pasando por algo difícil últimamente? ¿Algo que la hiciera querer… desaparecer un poco?

Lo miro, intentando adivinar si habla como profesional o si hay algo más detrás de sus ojos. Hay tensión, lo noto, pero sigue concentrado en mí.

—No sé… no me dijo nada. Últimamente la he visto normal, como siempre, como la he conocido —respondo, aunque mi voz tiembla un poco.

Jorge asiente con calma, demasiado calmado:

—A veces las personas se sienten abrumadas y… necesitan desconectar. Pero es cierto que no contestar y apagar el móvil… es inusual en alguien como Clara, ¿no? ¿O es habitual que hiciera estas cosas?

Trago saliva, intentando no temblar. —No… no es nada habitual en ella, por eso estoy tan preocupada —digo, y siento que el miedo me aprieta la garganta.

Jorge se inclina hacia delante, su rostro lleno de lo que parece máxima preocupación, pero hay algo en su gesto que me hace estremecer:

—Bueno, Adelaida, creo que lo mejor es que intentemos mantener la calma. Como psicólogo, te recomiendo que pensemos en pasos concretos para localizar a Clara. ¿Quieres que hablemos de lo que podrías hacer para intentar contactar con ella?

Asiento, aunque mi corazón late demasiado rápido, y siento que cada palabra que dice me obliga a pensar… a imaginar escenarios que no quiero ni nombrar. Su mirada intensa, su calma medida, me deja atrapada entre la necesidad de confiar y un miedo profundo que no logro controlar.

Lo primero que haría —y voy a hacerlo— es ir a la policía. Al decirlo, noto cómo la expresión de Jorge cambia por completo; su mirada se vuelve más rígida, calculadora. Eso es lo que cualquiera haría en un momento así, le digo con voz firme.

"¿La policía? Adelaida, espera… como psicólogo te recomiendo que… pensemos bien esto antes de involucrar a la policía. Clara puede aparecer en cualquier momento y… podríamos preocuparla innecesariamente", intenta sonar calmado, pero puedo sentir la tensión bajo su voz, como si estuviera a punto de perder el control.

"¿Preocuparla? Jorge, no ha aparecido en la boda, no contesta al teléfono, lo tiene apagado… ¿Qué quieres que haga? ¿Esperar?", le replico, con el corazón acelerado, sintiendo una mezcla de miedo e impotencia.

Se recompone rápidamente, "No, no digo eso, pero… la policía puede ser un paso drástico. No querrás alarmar a nadie innecesariamente. ¿No quieres intentar localizarla un poco más antes, llamando a familiares o amigos?", me mira con una mezcla de… ¿ansiedad contenida?

"Voy a ir a la policía", le digo, rotunda, sintiendo cómo se tensan sus hombros. Se inclina hacia atrás como si se hubiera quitado un peso de encima, pero su mirada sigue marcada por la preocupación. "Bueno, Adelaida, si crees que es lo mejor, adelante… pero ten cuidado con lo que dices, no queremos alarmar a nadie innecesariamente".

"Entonces… ¿dices que debo esperar antes de ir o que haga otras cosas?" le pregunto, intentando no mostrar mi creciente desconfianza.

"No, Adelaida, no digo que te esperes. La policía es un paso importante… si crees que es necesario, adelante. Pero antes… ¿por qué no intentas llamar a Clara una vez más? A lo mejor ha encendido el móvil y contesta", intenta sonar razonable, pero noto que cada palabra está medida para ganar tiempo.

"Ya he intentado llamarla varias veces y nada… voy a ir", le digo con determinación. Su rostro refleja ansiedad contenida, "Adelaida, como psicólogo te digo que estás dejando que la ansiedad te juegue malas pasadas. Clara probablemente está bien, a veces las personas… necesitan desconectar, no montes películas, ¿vale?" intenta

minimizar la situación, como si quisiera convencerme de que soy exagerada.

"¿Desconectar? No vino a la boda cuando habíamos quedado ahí, Jorge", le digo, y siento cómo la tensión se corta entre nosotros.

Se inclina hacia delante, su mirada se vuelve intensa, casi extraña. "Bueno, Adelaida, a veces las personas hacen cosas que no entendemos. Pero vamos a tratar esto… ¿quieres que hablemos de por qué crees que Clara ha desaparecido? Puede que… estés proyectando algo".

Empiezo a sentir un nudo en el estómago. ¿Por qué me está diciendo que Clara ha desaparecido? Le he dicho que se fue al pueblo. ¿Está ocultándome algo? Voy a tener que actuar como detective.

"¿Por qué crees que está desaparecida, Jorge?" pregunto, midiendo cada palabra.

"¿Desaparecida? Adelaida, yo no he dicho eso, dije que… probablemente Clara esté bien, a veces las personas necesitan espacio", intenta corregirse, pero puedo ver que ha metido la pata.

"No, Jorge. Dijiste 'Clara ha desaparecido'. ¿Qué sabes? ¿Hay algo que no me estés contando?", mi voz se eleva ligeramente, nerviosa y desconfiada.

Se muestra inquieto, pero intenta recomponerse rápidamente. "Adelaida, no, no sabía que estaba diciendo eso. Es… un lapsus, como psicólogo a veces las palabras se nos escapan. No significa nada. Clara está… probablemente con un familiar, como te dijo. ¿No es eso lo que me dijiste?".

Intenta llevar la conversación de vuelta hacia mí, distraerme. "Sí, eso dije. Pero tú… ¿por qué has dicho eso?", insisto, la inquietud se apodera de mí.

Jorge sonríe ligeramente, forzado. "Bueno, Adelaida, a veces la mente nos juega trucos. ¿Quieres que hablemos de qué te está haciendo pensar esto?"

"No. Quiero que hablemos de que has dicho que está desaparecida y de por qué me preguntaste qué haría si alguien cercano

desapareciera, y también por qué me dijiste que te gustaban las novelas negras", digo seria, fijando la mirada en la suya, exigiendo sinceridad.

Jorge se pone más serio, cada vez más rígido, mirándome a los ojos. "Adelaida, no… no oculto nada. Sí, me gustan las novelas negras y es cierto. Y la pregunta de antes… es… una pregunta genérica. Como psicólogo a veces hago preguntas para entender mejor a las personas, ¿sabes?"

"Genérica. ¿Y el lapsus de 'desaparecida'? ¿También es genérico?" Su movimiento en la silla delata que algo no me está diciendo.

"Adelaida, creo que estás leyendo demasiado entre líneas. Como psicólogo, a veces las palabras se nos escapan. No hay nada más", me asegura, aunque no puedo quitarme la sensación de que algo no cuadra.

"Jorge, te lo exijo, si sabes algo, dímelo", lo desafío, mi corazón latiendo con fuerza.

Se inclina hacia delante, con la mirada intensa. "Adelaida, te juro que no sé nada de Clara. Pero si quieres que te ayude a encontrarla… podemos hablar de qué hacer".

En ese momento suena su móvil. Jorge contesta y me dice que tiene otros pacientes y que se ha acabado mi turno, pero no puedo dejar de notar algo extraño: sus manos estaban debajo de la mesa, ¿lo habría manipulado para que sonara y así poder echarme? Cuando me pongo seria, cuelga el teléfono. "¿En serio, justo ahora?", pienso, mirándolo con desconfianza.

"Sí, lo siento Adelaida, tengo que atender esto. Y… sí, se ha acabado tu turno".

"¿Por qué no hablamos otro día?". Me sonríe, pero noto que está aliviado de que me vaya. Sus manos bajo la mesa… me acerco a la puerta sin quitarle la vista de encima y le pregunto:
—Jorge, ¿lo has tocado bajo la mesa para que sonara el móvil y así echarme?

—¿Qué? No, Adelaida, me ha sonado, tengo que irme —responde apresurado. Va hacia la puerta y la abre, indicándome que tengo que

irme.
—Jorge, que sepas que esto no ha acabado —le advierto mientras salgo de la clínica, pensando que algo oculta.

Por el camino de vuelta a casa no puedo dejar de darle vueltas a todo. ¿Qué está ocultando? ¿Qué no quiere que sepa? Vuelvo a llamar a Clara: el teléfono sigue apagado o fuera de cobertura. Cada vez me parece más extraño. Una vez llego a casa, me dejo caer en el sofá y sigo pensando, intentando controlar la respiración, cuando suena mi móvil. Lo cojo y es un mensaje de un número desconocido:

"Adelaida, no sigas preguntando. No es seguro."

El corazón se me acelera, siento un nudo en el estómago que me impide tragar saliva. ¿Quién es? ¿Qué sabe? ¿A qué se refiere con "no es seguro"? ¿Clara está en peligro? La mente me da vueltas, saltando entre posibles escenarios. ¿Debería hacer caso? ¿Seguir investigando? No puedo quedarme quieta, tengo que saber qué pasa con Clara.

Miro el móvil una y otra vez, intentando razonar, pero cada minuto que pasa aumenta mi ansiedad. Me levanto y empiezo a pasear por el salón, haciendo círculos mientras Peluso me mira, inquieto, como si percibiera mi tensión. Alguien me está enviando mensajes, Clara ha desaparecido y Jorge… ¿tendrá algo que ver? Me paro en seco. Él sabía que quería ir a la policía… ¿y si intentó retrasarme?

La cabeza me da vueltas, mi pensamiento se acelera: teorías y sospechas se mezclan. Busco el número en la agenda, nada, en internet, nada. Un número fantasma… un mensaje fantasma. ¿Quién juega conmigo? Me siento de nuevo, intentando calmar la respiración, pero mi mente no para. Esto es demasiado.

Voy a la cocina por un vaso de agua, mirando por la ventana cada sombra, cada movimiento. ¿Alguien me está vigilando? ¿Todo esto es una trampa? Vuelvo al salón y empiezo a andar sin rumbo, cada paso acompañado de pensamientos cada vez más oscuros.

Ahora estoy casi segura: Clara no se ha ido voluntariamente al pueblo. Algo más está pasando… algo grave. Mi corazón late a mil

por hora. Jorge. Tengo que hablar con él de nuevo, pero… ¿qué voy a descubrir? Cojo el móvil y lo llamo:
—Hola Jorge, soy Adelaida, ¿puedo hablar un momento contigo? —digo con voz temblorosa.

Jorge contesta rápido, con un tono seco y casi cortante:
—Adelaida, ¿qué pasa? Estoy con un paciente.

Me detengo un momento, intentando pensar con claridad. ¿Quién ha enviado ese mensaje? ¿Por qué dice que no es seguro? La forma en que me llaman por mi nombre me dice que es alguien que me conoce, alguien que sabe que estoy preguntando por Clara… ¿pero quién? De pronto, un pensamiento me hiela la sangre: Jorge. Él me conoce, estaba raro, me habló de Clara como si supiera más de lo que decía. ¿Y si él sabe algo? ¿Y si él…? Mi mente quiere girar hacia el pánico, pero intento contenerme. No puedo pensar eso, no todavía… pero necesito saber más.

Me pongo seria, intentando sonar casual, pero mi voz traiciona mi ansiedad:
—Nada, Jorge, solo quería saber si has sabido algo de Clara… sigue sin contestar el móvil. A ver si te ha llegado algún tipo de información o algo así…

Jorge se queda en silencio unos segundos, demasiado largos, y siento un escalofrío recorriéndome la espalda.
—No, Adelaida, no he sabido nada —responde finalmente—. Ya te dije que a veces las personas necesitan desconectar y probablemente esté bien.

Pero algo en su voz me hace dudar. No suena convincente. Mi corazón se acelera, las dudas me asfixian: ¿qué sabe Jorge que no me dice?
—No sé nada más, ni nadie ha dicho nada, tampoco la conozco —añade—, pero ven mañana a mi consulta y hablamos más.

—¿Mañana? ¿Por qué mañana y no ahora? —pregunto, sintiendo que mi intuición me grita que algo no encaja.

—Ahora tengo pacientes, Adelaida, mañana. ¿Vale? —responde, cortando la conversación con una frialdad que me deja un mal sabor

en la boca.

Corto la llamada y me quedo mirando el teléfono, con el corazón latiéndome a mil. Mi mente no para: ¿Qué está ocultando? ¿Por qué no quiere hablar ahora? Siento como si hubiera un velo sobre la verdad, y cada segundo que pasa sin respuestas hace que la ansiedad me consuma.

Me siento en el sofá, Peluso a mi lado, y empiezo a dar vueltas a todas las posibilidades. Cada silencio de Jorge, cada palabra medida, cada retraso… todo apunta a que sabe más de lo que dice. Y yo voy a descubrirlo, cueste lo que cueste.

CAPITULO 21

Vuelvo a llamar a Clara y su teléfono sigue dando apagado o fuera de cobertura. Ya no aguanto más. Por el camino se me vienen mil pensamientos: ella, el mensaje tan extraño, lo raro que estaba Jorge… una mezcla de miedo y desesperación me va carcomiendo.

Cuando llego a su casa, todo parece normal, nada fuera de lugar. Me acerco a la puerta y no hay nadie dentro, tampoco notas ni señales de que algo haya pasado.

—¿Dónde estás, Clara? —susurro, y las lágrimas empiezan a caer—. ¿Y si nunca más vuelvo a verte?

Me gustaría poder entrar para comprobar que todo está bien, pero recuerdo que no tengo llave. Doy la vuelta al edificio, buscando cualquier cambio, cualquier señal… nada. Todo parece igual.

Decido llamar a algún vecino. El primero no contesta, en el segundo bloque del otro lado alguien me atiende: nadie sabe nada. Nadie ha visto nada. La sensación de vacío y desamparo me golpea con fuerza.

—¿Dónde estás? —me repito, una y otra vez, como intentando que el mundo me dé respuestas que no llegan.

Me quedo parada en la calle, incapaz de procesar, sintiendo que me ahogo en mis propios pensamientos. Tengo que hacer algo, no puedo quedarme aquí sin hacer nada.

Antes de ir a la policía a poner la denuncia, decido pasar por la clínica de Jorge, a ver qué me encuentro.
—Vamos, Peluso, a hacer de detectives, vamos a visitar al psicólogo —le digo, intentando mantener la calma, pero mi corazón va a mil.

Llego a la clínica y la recepcionista me dice que no puedo entrar, que está con un paciente. La sala parece llena hoy, mucho movimiento. Me doy la vuelta y noto algo extraño: los pacientes son distintos, ninguno de ellos era el que vi la primera vez. La mente me va a mil, sospecho… ¿qué oculta Jorge?

De camino a casa, los pensamientos no cesan: ¿me ha mentido? ¿Qué sabe que yo no sé? La paranoia me consume. Decido que ya basta: voy a la policía. Esto es demasiado extraño.

Cojo a Peluso y nos dirigimos de nuevo a la comisaría. Explico el caso al policía, y él me dice que no puede hacer nada porque mi amiga dijo que se iba con un familiar, que no hay peligro aparente. Le enseño el mensaje y me dice que podría ser una broma.
—¿Una broma? ¿Está de broma? —le pregunto, furiosa—. ¿Mi amiga ha desaparecido y ustedes no hacen nada?

El policía me mira con calma:
—Señorita, entiendo su preocupación, pero no hay pruebas de delito. Su amiga dijo que se iba con un familiar…

Me enfado aún más.
—¿Pero usted ha visto el mensaje? ¿Y si no es una broma y de verdad le ha pasado algo?

El policía suspira:
—Mire, vamos a hacer una cosa: si tenemos noticias de su amiga la llamaremos, pero no podemos hacer más.

Salgo de la comisaría frustrada, con un enfado que me quema por dentro. Esto parece una película de terror: Jorge con sus pacientes extraños, el mensaje que no sé de dónde viene, y ahora la policía que no hace nada.

Empiezo a dar vueltas por la calle buscando soluciones, intentando ordenar mis pensamientos. Entonces me llama Luís.
—¿Has sabido algo de Clara? —pregunta.

Le cuento lo que ha pasado, que he intentado poner la denuncia y no me han dejado. Luís me dice que el policía llevaba razón y que estoy siendo histérica.
—¿Histérica? ¿Qué pasa aquí, Luís? ¿Por qué nadie me toma en serio?

—Adelaida, lo siento, no quería decir eso, es que… el policía tiene razón. No hay pruebas de que Clara esté en peligro —responde, con un tono que me pone alerta.

—¿Pruebas? —le digo, con voz cortante.

Luís guarda silencio un momento:
—Adelaida, ten cuidado y no te metas en algo que no puedas controlar.

Me pongo en modo alerta inmediatamente:
—¿Qué quieres decir, Luís? ¿Qué sabes?

—Nada, Adelaida, nada —y la llamada se corta.

Me quedo con el móvil en la mano, el corazón latiéndome a mil, pensando en el mensaje: "No sigas preguntando. No es seguro". ¿Quién lo envió? ¿Por qué me advierten? Cada vez siento más que hay algo oculto, algo que no debo descubrir… y que peligra a Clara.

Mi mente da vueltas y vuelve a Luís: ¿por qué me dijo que tuviera cuidado? ¿Qué no puedo controlar? Mi instinto me grita que todo esto no es coincidencia. Decido llamar de nuevo a Luís, pero me dice que ahora no puede atender y que me llamará cuando pueda.

Me quedo en la calle, sola con Peluso, el miedo creciendo, las preguntas multiplicándose, y la certeza de que no voy a detenerme hasta descubrir qué le ha pasado a Clara.

Me dispongo a ir de nuevo a la casa de Clara y llamo al timbre, pero nadie contesta. Espero un rato, observo a los vecinos… nada. Todo está en silencio.

Llamo a Ramón y le cuento todo lo que ha pasado. Me intenta calmar y dice que espere a ver si en unos días da señales, y si no, que vuelva a la policía; primero que espere.
—¿Esperar? ¿Cómo voy a esperar sabiendo que algo pasa? —le pregunto, frustrada.

—Adelaida, tienes que intentar mantener la calma. Si Clara se ha ido con alguien al pueblo, igual vuelve en unos días —me responde.
Me frustro más aún.
—Pero es que no es normal: el mensaje, Jorge… algo hay que no cuadra.
Ramón insiste:
—Mira, haz una cosa, vete a casa y si en dos o tres días no sabes nada, vamos juntos a la policía y volvemos a comentarlo.

Me voy a casa a dejar al perro. Una vez llego, me tumbo en el sofá intentando relajarme. Dejo el teléfono cerca por si recibiera alguna llamada de Clara o de la policía.

Justo cuando estoy empezando a dormitar, suena el móvil: "DEJA DE BUSCAR, NO ES SEGURO PARA TI".

Me quedo helada. El corazón me late desbocado. ¿Qué? ¿Quién es? ¿Qué pasa? ¿Por qué me dicen esto? El mensaje viene de un número distinto al anterior. Ahora entiendo: esto no es una broma.

—¿Qué quieren de mí? ¿Dónde está Clara? ¿Por qué me amenazan? —me susurro mientras me levanto de golpe, temblando—. No voy a parar. Voy a encontrar a Clara. No me voy a callar.

Empiezo a pensar en mis opciones. ¿Respondo? ¿Voy de nuevo a la policía con este mensaje? Intento escribir al número: "¿Quién eres? ¿Eres tú quien me escribió antes? ¿Dónde está Clara?" Una vez enviado, espero… pero nada. Ninguna respuesta.

¿Por qué no contestan? ¿Qué significa esto? ¿Me están vigilando? La ansiedad me aprieta el pecho. No puedo quedarme quieta.

Miro el reloj y veo que se ha hecho tarde. Tengo que ir al bar a trabajar. Me visto rápidamente con el uniforme y salgo.

Una vez en el bar, le cuento a Ramón los mensajes que estoy recibiendo. Me dice que la cosa se está poniendo seria.
—Lleva así desde el primer minuto y no me hace caso nadie —le digo, con desesperación—. ¿Qué hago, Ramón? Estoy asustada, no sé qué hacer.

Me mira muy serio:
—Adelaida, tienes que tener cuidado. No te metas en líos. Si quieres,

te acompaño luego a la policía de nuevo.

Me enfado:
—Ya fui y no quieren hacer nada. Dicen que es una broma —le explico.
—Vale, vale. Tranquila. Ahora trabaja y luego hablamos y decidimos qué hacer, ¿vale?

Me pongo a trabajar, pero mi mente sigue en los mensajes, en Clara, en Jorge y Luís. La noche se vuelve intensa, llena de clientes. Sirvo copas, tomo pedidos, pero mi cabeza está en otro lado. Ramón me mira y me pregunta con un gesto si estoy bien; le digo que sí, intentando no mostrar mi preocupación.

De repente, vibra el teléfono. Es Luís. Me retiro a los baños para responder. Me pregunta si sé algo, pero evito decir lo de los mensajes: no me fío de nadie. Le digo que sigo sin saber y que una vez salga iré a la comisaría a poner la denuncia. Me asegura que no hace falta: ya la ha puesto él y la tomaron en serio, porque han visto indicios de que algo no va bien.
—Han visto que hay indicios y se van a poner serios a investigar —dice, convincente—. Ten cuidado, Adelaida.
—¿Cuidado? ¿Por qué? —le pregunto, con el corazón latiendo más rápido. Luís guarda silencio un momento.
—Nada, por nada. Solo ten cuidado y si sabes algo, me llamas, ¿vale?

Corto la llamada y me quedo pensando: ¿qué sabe Luís que no me dice?

Sigo trabajando. La noche avanza, el bar sigue lleno. Finalmente, dan las cuatro y es mi hora de salir. Después de cerrar, Ramón y yo hablamos un rato. Le cuento la llamada con Luís y que la policía ya tiene la denuncia, así que me siento un poco más tranquila. Ramón me recuerda que debería haber dicho lo de los mensajes, que es importante.
—No sé, Ramón —respondo, dudando—. No me fío de nadie. ¿Y si… y si es alguien relacionado con Luís?
—Puede ser —dice, pensativo—, pero la policía tiene que saberlo. Adelaida, tienes que decírselo a Luís o a la policía.

Asiento, aunque no estoy segura de hacerlo. Ramón me lleva a casa. Estoy agotada tras la noche intensa.
—Gracias, Ramón. Me voy a dormir ya, no aguanto más —le digo.

Me bajo del coche y entro en casa. Peluso, que se ha despertado con el ruido, viene a saludarme.
—Hola, pequeñín. Voy a dormir, que es tarde —le digo, y me dejo caer en la cama, agotada. Me duermo enseguida.

CAPITULO 22

Los días van pasando y yo sigo con la misma rutina, con algo añadido: ahora espero noticias de la policía tras la desaparición… bueno, desaparición o posible viaje al pueblo.

Me levanto cada mañana con la esperanza de que todo sea un malentendido y que Clara esté de vuelta. Sonrío cada vez que voy por la tarde a su casa a recoger al perro, pero la casa está vacía; el silencio es ensordecedor y yo me quedo con la taza en la mano esperando que el tiempo pase.

La rutina es mi salvavidas y mi prisión: me levanto, me visto, voy al bar, trabajo, sonrío a los clientes, escucho sus problemas, pero mi mente está en otro sitio. ¿Dónde está Clara? ¿Por qué se iría sin decir nada? ¿Por qué nunca me habló de ese pueblo en el que está su familia? Ramón es mi apoyo, mi confidente; me pregunta cómo estoy y dice que todo saldrá bien, que la policía la encontrará, pero yo veo la duda en sus ojos. Y luego están los mensajes anónimos que me llegan de vez en cuando: "deja de buscar", "no es seguro para ti". Me hacen sentir en peligro, vigilada. La policía, según Luis, dice que están investigando, que probablemente se fue de viaje, pero yo sé que algo no está bien. Me siento atrapada en una

pesadilla, sin saber qué esperar ni qué hacer. Solo puedo esperar… esperar que la policía la encuentre, esperar que todo vuelva a la normalidad. Pero… ¿qué es la normalidad sin ella?

Un día decido ir a la comisaría a preguntar cómo va la investigación. El policía que me atiende me mira con cara de no saber de qué le estoy hablando.

—Lo siento, señorita, no tengo constancia de ninguna denuncia por desaparición de una tal Clara. ¿Puede darme más detalles?

Me quedo helada. ¿Cómo es posible que no tengan constancia? Le explico todo de nuevo.

—Espere un momento, voy a mirar qué pasa.

Se levanta y se va a hablar con un compañero. Me quedo sentada pensando que quizá me estoy volviendo loca. Al cabo de un rato vuelve.

—Lo siento, señorita, no hay ninguna denuncia registrada con ese nombre. ¿Está segura de que vinieron a ponerla?

Le digo que sí, que mi amigo Luis me dijo que había venido justo a esta comisaría. Siento un escalofrío recorrerme el cuerpo. ¿Qué está pasando? ¿Por qué la policía no tiene constancia? ¿Por qué me diría Luis que la había puesto?

Le explico que mi amiga desapareció hace semanas: la esperaba para una boda y no apareció; recibí un mensaje supuestamente suyo diciendo que estaba en el pueblo, el móvil se apagó y no volvió a encenderse.

—Vale, entiendo. Vamos a hacer una cosa: voy a tomar nota de todo y abriremos un informe de desaparición, ¿de acuerdo?

Asiento, algo aliviada. Al menos ahora sí me creen.

—¿Tiene alguna foto de Clara?

Le doy una foto reciente con Peluso. Me dice que harán todo lo posible y que me mantendrán informada.

Salgo de la comisaría con un hilo de esperanza, pero la misma pregunta va y viene en mi cabeza: ¿dónde está?

Pasan los días e Irene me llama para decirme que la clínica ha reabierto, así que me toca volver al trabajo. Me viene bien: me sumerjo en las citas, las recetas y los pacientes y, por momentos,

me olvido de todo. Irene me pregunta cómo estoy y le cuento lo ocurrido.
—Adelaida, si necesitas cualquier cosa, me lo dices, ¿vale?
Asiento agradecida. Aun así, cada vez que suena el teléfono me pongo tensa pensando que es sobre Clara… pero no, silencio total.

Al salir voy corriendo a casa a buscar a Peluso. Ahora ya no tengo que ir a casa de Clara y el paseo se ha vuelto extraño. Cuando llego me mira con sus ojos grandes y tristes, como si tampoco entendiera nada. Le pongo la correa y salimos. Intenta llevarme hacia la casa de Clara.
—Lo sé, pequeñín… a mí también me gustaría que estuviera aquí. Tenemos que esperar.
Seguimos caminando. De repente se para en seco y mira hacia una calle lateral, tira de la correa con insistencia. Empiezo a preocuparme y lo sigo casi corriendo… hasta que aparece un gato. Respiro y me río de mí misma.
—Vamos, Pelu, disfrutemos del paseo.
Seguimos andando un rato más hasta volver a casa.

Subo, le quito la correa y voy a ducharme. Entonces suena el teléfono. El corazón se me acelera: número desconocido. Es la policía; no tienen novedades, pero siguen investigando. Cuelgo con un nudo en la garganta. No hay respuestas, solo espera. Justo cuando intento procesarlo, vuelve a sonar: es Jorge.
—Hola, Adelaida. Puedes venir a la clínica cuando quieras, tienes prioridad después de lo de Clara.
Me siento incómoda; hay algo en él que me resulta… extraño.
—Gracias, Jorge, lo tendré en cuenta.
Se queda en silencio un momento.
—¿Cómo estás llevando todo?
Un escalofrío me recorre la espalda. ¿Por qué se preocupa tanto?
—Estoy… bien, gracias.
Cuelgo y me quedo mirando el teléfono, con la sensación de que cada llamada deja más preguntas que respuestas.

Peluso va a la puerta y se pone a ladrar como si me estuviera diciendo que quiere volver a salir. Le ato la correa y salimos de

nuevo; la noche está agradable, demasiado tranquila. Me acerco a casa de Clara por si viera algo y, al doblar la esquina, me encuentro con su madre. Me quedo paralizada, confundida.

Viene hacia mí con expresión de preocupación, me abraza con fuerza.

—Adelaida, gracias a Dios que te veo, estaba muy preocupada.

Me separo un poco y la miro a los ojos.

—¿Qué pasa? ¿Clara no está en el pueblo?

Se queda pálida.

—¿Qué pueblo? ¿De qué estás hablando? Clara no se ha ido a ningún pueblo…

Se detiene, como si no supiera continuar. Entonces entiendo que no sabe nada.

—No vino a la boda —le explico—. La estaba esperando y no apareció. Después recibí un mensaje desde su móvil diciendo que estaba en el pueblo…

Se lleva la mano a la boca, ahogando un grito.

—Dios mío… ¿pero qué ha pasado? ¿Por qué no me ha llamado?

Siento un nudo en la garganta.

—He puesto una denuncia por desaparición. La policía está investigando.

Se derrumba llorando entre mis brazos y me siento abrumada.

—Tranquila, vamos a encontrarla —digo—. La policía está en ello.

Pero en mi cabeza solo hay una pregunta: ¿por qué su madre no sabía nada?

Se seca las lágrimas y me mira.

—¿Tenemos algún familiar en algún pueblo? ¿Alguien con quien pueda estar?

Niega con la cabeza.

—No, no tenemos a nadie… no entiendo por qué Clara diría eso.

Algo no cuadra.

—Si quieres puedes venir a mi casa un rato, no tienes por qué estar sola.

Me lo agradece, pero prefiere volver a la suya.

—Puedes quedarte tú con el perro… es de Clara y…

No termina la frase, pero me sorprende que me lo deje.
—Claro, yo me ocupo.
Sonríe apenas.
—Te aprecia mucho, prefiero que esté contigo.

Me quedo llena de dudas. ¿Por qué madre e hija no se habían llamado? ¿Cómo no sabía nada de su desaparición? Algo falla en toda esta historia.

De camino a casa no paro de pensar. ¿Tenían mala relación? ¿Por qué Clara nunca me habló de eso? Me doy cuenta de que he pasado muchísimo tiempo con ella y, aun así, hay cosas que no sé. Intento llamarla otra vez: sigue apagado. Me detengo un segundo en mitad de la calle pensando en todas las posibilidades… hasta que noto lo sola y oscura que está la calle y aprieto el paso.

Al llegar a casa me siento algo más segura. Me dejo caer en el sofá. La madre no sabía nada… ¿qué significa eso? ¿Por qué me dio el perro? Siento que estoy dentro de un laberinto sin salida. Me levanto y empiezo a caminar por la habitación intentando aclarar ideas. Necesito hacer algo, pero no sé qué.

De repente suena el móvil y doy un brinco. Es Jorge. ¿Qué hace llamándome a estas horas?
—Hola, Adelaida —dice—. ¿Sabes algo de Clara?
Le cuento que no, y sin querer menciono que Luis dijo haber puesto la denuncia pero que en comisaría no constaba.
—¿Qué denuncia? ¿De qué hablas?
Me siento atrapada.
—Nada, nada… un error mío, estoy nerviosa y me he confundido.
Se queda en silencio unos segundos; noto la tensión incluso a través del teléfono.
—Adelaida, si necesitas hablar con alguien estoy aquí. ¿Quieres que vaya a verte?
Un escalofrío me recorre la espalda. No quiero que venga.
—No, gracias, estoy bien.

Cuelgo con la sensación de haber dicho demasiado. ¿Por qué se interesa tanto? ¿Y qué tiene que ver Luis en todo esto? Me acerco a la ventana: la calle parece normal, pero tengo la sensación de que

alguien me observa. Entonces lo entiendo: no puedo quedarme esperando. Tengo que investigar. Tengo que saber qué está pasando.

Al ser tarde decido irme a dormir. Cuando ya estoy quedándome dormida suena el timbre. Quien sea está insistiendo. Al principio pienso que es un sueño… pero no. Me incorporo y me doy cuenta de que es real. ¿Quién puede ser? Miro el móvil: las cuatro y veinte. Salgo de la cama y me acerco a la puerta. —¿Quién es? No hay respuesta. El timbre deja de sonar. El silencio me eriza la piel. Dudo unos segundos. ¿Debería abrir? Me acerco a la ventana, subo la persiana… en la calle no hay nadie.

Entonces escucho un ruido en la puerta. Como si alguien intentara abrir. El pánico me paraliza. No hago ningún sonido, apenas respiro. No quiero que sepan que estoy aquí. El ruido cesa. Silencio total. Tengo el teléfono en la mano. Merezco llamar a la policía… No. Mejor no. No quiero parecer una loca. Puede haber sido un bromista. ¿Pero… y si no lo ha sido? Nerviosa reviso toda la casa para asegurarme de que todo está bien. Miro las cámaras: nada extraño. Aun así vuelvo a la cama sabiendo que no voy a poder dormir.

Me tapo con la manta intentando sentirme segura, pero no puedo dejar de pensar quién ha podido ser. No ha sido un sueño. He leído los mensajes. He oído el timbre. Intento distraerme recordando cosas con ella, nuestra amistad, momentos juntas… y de repente me viene a la mente Jorge. ¿Qué tiene que ver con todo esto? ¿Por qué está tan interesado sin conocerla? Me siento completamente despierta. Tengo que investigar. Mañana a primera hora hablaré con Luís. Finalmente consigo dormirme.

A la mañana siguiente Peluso me despierta haciéndome cosquillas. Me río y lo aparto suavemente. Miro el móvil: once y media. Me siento descansada… hasta que veo que no hay noticias de Clara. La decepción vuelve. Voy a la cocina a preparar el desayuno mientras Peluso me sigue esperando su comida. Mientras tomo el café decido que voy a ir a la comisaría. Salimos de casa, damos un paseo y llegamos. Me acerco al mostrador y explico la situación al agente. —Quiero saber si hay noticias de la desaparición de Clara. Ayer estuve

con su madre y me pareció rara… no sabía nada de la desaparición de su hija.

El agente me mira con interés y me pide que me siente con él. Le cuento todo: la llamada de Jorge, el incidente de anoche, todo. —Usted me dice que la madre no sabía nada… parece extraño. ¿Puede describirme cómo se comportó? Le cuento todo lo que recuerdo. Toma notas. —La mantendremos informada. Gracias por venir. Salgo sintiendo frustración. No sé si no se lo toman en serio… o si simplemente no tienen nada. No puedo quedarme quieta esperando. Decido actuar yo.

Voy a una cafetería, pido un café y llamo a Luís. Le explico la situación y le digo que lo espero allí. Dice que en quince minutos llega. Intento tranquilizarme… pero en el fondo estoy inquieta. ¿Me dirá algo que no sé? Justo antes de su llegada suena mi móvil. Mensaje: "¿Recuerdas lo que pasó la última vez que no hiciste caso?". Un escalofrío me recorre el cuerpo. ¿La última vez? ¿Qué significa eso?

Me levanto rápidamente con intención de irme. Cuando estoy llegando a la puerta me lo encuentro de frente. Me quedo paralizada. Lo miro a los ojos intentando leer su expresión. No sé si puedo confiar en él. Mi reacción ha sido demasiado brusca y ahora sospecha. —Eh… Luís… lo siento… me ha surgido algo importante y tengo que irme… Me mira sin apartarse de la puerta. —¿Urgente? ¿Está todo bien? Podemos hablar aquí si prefieres. No puedo pasar. —No… no es nada… solo he recordado que tengo que hacer algo. No se mueve. Sigue mirándome. No sé qué está pensando. Mi instinto me grita que salga de ahí antes de que note que algo va mal.

Consigo marcharme. Cuando llego a casa apoyo la espalda en la puerta y respiro hondo. La adrenalina aún me recorre el cuerpo. Necesito ayuda. La policía no avanza. Decido buscar un detective. Busco en internet. Hay muchos… demasiados. No sé cuáles son de fiar. Finalmente encuentro uno con buenos comentarios: "detective privado en Madrid". Marco el número… y entonces me doy cuenta de que no sé ni qué decirle. Aun así llamo. Me responde un chico

amable. Improviso. Le cuento todo: los mensajes, Luís, Jorge, las cosas extrañas de la consulta, las placas de la clínica…

Me siento un poco aliviada por haber tomado la decisión de contratar a un detective privado. Por fin tengo la sensación de estar haciendo algo concreto para encontrar a Clara.

Le explico el caso por teléfono y le propongo quedar en una cafetería para hablarlo con calma. Me dice que perfecto, que revisará lo que le he contado y que allí me dará su opinión. Llego antes de tiempo y me siento en una mesa vacía. Los minutos se me hacen horas pensando que quizá, por fin, he encontrado a la persona que puede traer de vuelta a mi amiga.

De repente entra un chico alto que pronuncia mi nombre: —¿Adelaida?

—Sí, soy yo —respondo con entusiasmo contenido.

Se acerca, pide un café y saca un cuaderno. —Bien, señorita, creo que es un caso llevadero de investigar. Tenemos varias pistas que seguir y, con un poco de suerte, podremos encontrar a Clara en no mucho tiempo.

Me enseña el presupuesto y me explica en qué consisten los gastos. Me parece caro, pero estoy dispuesta a pagar lo que sea necesario.

—De acuerdo, acepto. ¿Cuándo empezará a investigar?

—Hoy mismo. Le prometo que haremos todo lo posible por encontrarla.

Siento una oleada de esperanza. Me entrega una tarjeta con su número y me dice que me llamará en cuanto tenga alguna noticia. Le agradezco todo con una sonrisa que hacía días que no me salía.

Salgo de la cafetería con la sensación de haber hecho algo bien. Entonces caigo en que debo llamar a Luís para contárselo. También a Jorge. Marco primero a Luís y después a Jorge para darles la buena noticia, convencida de que pronto Clara estará de vuelta con nosotros.

Pero en cuanto cuelgo me quedo inmóvil. ¿Por qué he hecho eso? ¿Por qué les he contado tanto?

Un escalofrío me recorre la espalda. Recuerdo cómo Jorge me preguntaba por Clara, cómo dijo que le gustaban las novelas negras

y, sobre todo, cuando me preguntó qué haría si alguien cercano a mí desapareciera.
¿Qué he hecho? ¿He puesto en peligro a Clara?
Me siento impulsiva, torpe. Quizá debería haber hablado antes con el detective. Ahora no sé qué va a pasar.

Me dejo caer en el sofá intentando no pensar. Mi cabeza va demasiado rápido y pronto tengo que ir a trabajar a la clínica. Me obligo a centrarme en la rutina diaria; Peluso corretea a mi alrededor mientras me preparo.
Al llegar, Irene me avisa de que la tarde será intensa: muchas citas acumuladas. Entre paciente y paciente empiezo a contarle lo que está pasando. Ella es una buena amiga además de mi jefa y sabe escuchar sin juzgar.

Entonces suena mi teléfono. —Buenas tardes, Adelaida. Soy el detective. He estado observando la casa de Clara por si había algo sospechoso y las persianas siguen en la misma posición constantemente.
La frustración me golpea. ¿Para eso he pagado tanto dinero? ¿Para que me diga algo que ya sé? Pienso en todas las horas esperando noticias, en la ansiedad constante… ¿y esto es todo?
El detective guarda silencio unos segundos y luego habla con calma. —Entiendo que esté enfadada, pero es importante. Las persianas en la misma posición pueden ser un indicio de que algo no está bien.
Me enfado aún más. —¡Eso es todo lo que tengo! Un montón de dinero gastado y ningún resultado. Ni siquiera sé si Clara está viva o muerta. ¿Qué clase de detective es usted?
Permanece callado un instante. —Comprendo su enfado, pero le aseguro que estoy haciendo todo lo posible. He investigado más a fondo y he encontrado algunas pistas, pero necesito tiempo.
Aprieto el teléfono con fuerza. —Tiempo es lo que no tengo. Clara puede estar en peligro y usted me pide tiempo. ¿Y si es demasiado tarde?
—Adelaida, no voy a dejar de buscarla, pero necesito que confíe en mí.

Nada más colgar, todavía enfadada, me llama Jorge para preguntarme qué tal va todo. Dice que, como psicólogo, la falta de noticias siempre suele ser buena señal, que quizá Clara me esté gastando una broma.
¿Una broma?
Siento cómo la sangre me hierve. —¿Estarás de broma tú, no? Clara jamás haría algo así. La he estado llamando, no contestaba, apagó el móvil… ¿y me dices que es una broma?
Jorge intenta calmarme, pero estoy demasiado alterada. —Adelaida, lo entiendo, pero como psicólogo te digo que a veces las personas hacen cosas que no comprendemos. Quizá Clara esté pasando por algo y no sabe cómo manejarlo.
Eso me enfada aún más. —¿Algo que no sabe manejar? ¿Desaparecer sin decir nada? ¿No contestar a mis llamadas? No, Jorge, algo no va bien y necesito que me ayudes a encontrarla, no que me digas que es una broma.
Se queda callado unos segundos. —Adelaida, lo siento, no quería minimizar la situación. ¿Qué puedo hacer para ayudarte?
Cuelgo sin responder. No quiero seguir escuchándolo.

Empiezan a venir menos pacientes pese a que la tarde estaba llena de citas, así que le pregunto a Irene si puedo ir a la comisaría a ver si saben algo nuevo. Me da permiso y salgo casi corriendo.

En la comisaría me dicen que hay algo más, pero que no me lo habían contado para no entorpecer la investigación. Han localizado el lugar desde donde Clara envió el mensaje diciendo que estaba en el pueblo: salió desde su casa de Madrid. El posicionamiento del teléfono marca exactamente allí.
Me quedo helada. —¿Cómo es posible? Me dijo que se había ido a un pueblo…
El policía se encoge de hombros. —Eso es lo que investigamos. El mensaje se envió desde allí, pero no sabemos quién lo hizo ni por qué.
Siento un nudo en el estómago. —¿Y su teléfono?
—Lo estamos buscando, de momento no sabemos nada.

La frustración me invade. —¿Han investigado la casa? ¿Han encontrado algo?
—Sí… hay cosas que no encajan.
Un escalofrío me recorre al escuchar la descripción: la televisión encendida, una zapatilla de estar por casa sola sin su pareja, la mesa puesta… todo parece indicar que se fue de repente, sin terminar lo que estaba haciendo.
—Dios mío… ¿qué pasó? ¿Por qué se fue así?
—Eso intentamos averiguar.

La imagen de la zapatilla abandonada me obsesiona. —La zapatilla… ¿cree que alguien se la quitó?
—Es posible… o quizá se la quitó ella misma. No lo sabemos.

El miedo crece dentro de mí. —¿No hay rastro del teléfono?
—Nada. Como si se lo hubiera llevado… o se lo hubieran quitado.
—¿Y los vecinos?
—Estamos preguntando, pero nadie vio ni oyó nada.

Entonces recuerdo algo. Les cuento que llevo tiempo en terapia y que el psicólogo me pregunta mucho por ella. Empiezo a relatar todo: la sorpresa de la limpiadora al verlo con la bata, el teléfono apagado, los pacientes siempre sentados en el mismo sitio… Mientras hablo, me doy cuenta de lo extraño que suena todo.

El policía toma notas. —Un momento, Adelaida. ¿Dice que su psicólogo le pregunta mucho por ella?
Asiento. —Sí. Incluso una vez me preguntó cuándo estaba sola o acompañada, a qué horas estaba en casa, cuándo trabajaba… me pareció raro, pero no le di importancia.
El policía se inclina hacia delante. —¿Y la limpiadora se sorprendió al verlo con la bata?
—Sí. Jorge me dijo que sufría un trastorno, pero no recuerdo cuál.

Se queda pensativo. —Vamos a tener que investigar más a fondo a Jorge.
Un escalofrío me atraviesa la espalda. ¿Jorge… involucrado?

También les cuento cuando me preguntó cómo reaccionaría si alguien cercano a mí desapareciera… y poco después ocurrió todo. Y

que me dijo que podía ir sin cita a la dirección: Calle de la Paz número cuarenta, cuarto izquierda.

—¿Cree que Jorge tiene algo que ver con la desaparición? —pregunto casi sin voz.
—Aún no lo sabemos —responde—. Primero iremos a esa dirección y veremos qué encontramos.

Salgo de la comisaría y vuelvo a la clínica para seguir trabajando. Por el camino recibo una llamada.
Es Celia.

Respondo enseguida y le pregunto qué tal está después del desastre de la boda, si ha mejorado o sigue igual. Me dice que está algo mejor gracias al psicólogo.
Siento un pequeño alivio. —Me alegra mucho oír eso, Celia. Cuéntame, ¿cómo te va con él?
—Me está ayudando a ver las cosas de otra manera, a no sufrir tanto. Poco a poco me voy acostumbrando a esta nueva vida.

Me pregunta por mis padres. Le cuento que siguen muy enfadados y que a mi hermano ni le hablan. Después le explico que he contratado un detective para ayudar con la desaparición de Clara, porque aún no hay novedades.

Me alegra que Celia esté mejor, aunque sea poco a poco… pero el vacío que deja Clara sigue ahí. —Esto es muy duro —le digo—. Es como estar en un limbo sin saber qué ocurrió realmente.

Celia guarda silencio unos segundos. —Lo siento muchísimo. Sé lo importante que es Clara para ti. ¿Has hablado con la policía?
—Sí. Están investigando, pero sin pruebas no pueden hacer mucho.
—¿Y el detective?
—Poco y nada. Siento como si hubiera tirado el dinero.

Se queda callada unos instantes antes de decir: —¿Has pensado en la posibilidad de que Clara no quiera que la encuentres?

Un escalofrío me recorre el cuerpo.
No. No quiero pensar en eso.
Clara nunca haría algo así. Algo tuvo que pasar.

Le digo que estoy llegando a la clínica y tengo que colgar. El resto de la tarde se llena de pacientes. Al terminar la jornada salgo a pasear con Peluso. El aire fresco me despeja un poco, pero mi mente sigue atrapada en la misma pregunta.

Pasan días. Semanas.
El detective llama de vez en cuando: nada nuevo.
La policía también: nada nuevo.
No hay pistas, no hay sospechosos, no hay respuestas.

Siento que estoy suspendida en el tiempo, esperando que algo ocurra. Inútil. Como si no estuviera haciendo nada para encontrarla.

Un día, mientras estoy sentada en el sofá, suena el teléfono. Es el detective. Dice que han encontrado algo y que vaya a su oficina por la mañana.

Al día siguiente voy casi corriendo, convencida de que por fin sabré algo importante.

Pero no.

—Hemos encontrado el coche de Clara en el garaje.

Lo miro sin entender.
¿Eso es todo?

La decepción se transforma en rabia. —¿En serio? ¿El coche? ¿Para eso me he gastado tanto dinero? ¡Si el coche nunca se movió de ahí!

El detective intenta calmarme. —Adelaida, es un paso importante. Si el coche sigue en el garaje significa que ella no se fue conduciendo.

Aprieto los dientes. —Llevo meses esperando. Meses pagándole para seguir igual.
—La investigación es lenta, voy atando cabos poco a poco…
—¡No quiero poco a poco! Quiero resultados. O encuentra a Clara o me devuelve el dinero.

Se queda en silencio unos segundos. —Entiendo. Le daré un informe detallado de todo lo encontrado hasta ahora y, si no está satisfecha, le devolveré el dinero.

Pero sus palabras no me tranquilizan.
Porque cada día sin Clara pesa más que el anterior… y empiezo a

sentir que alguien quiere que nunca la encuentre.

Salgo y está lloviendo. La lluvia no ayuda a mejorar mi humor, así que acelero el paso para llegar pronto a casa con la mente llena de pensamientos negativos.
¿Por qué no puedo tener una sola pista? ¿Por qué todo tiene que ser tan difícil?

Llego empapada, me quito la ropa mojada intentando sacudirme la sensación de desesperanza. Peluso me mira fijamente, como si notara que algo no va bien.
—No te preocupes, pequeño, todo está bien —le digo.

Pero no lo está. Estoy cansada de esperar, cansada de no saber. Me siento atrapada en un laberinto sin salida. Me siento en el sofá con él a mi lado y me quedo mirando a la nada, escuchando la lluvia caer fuera, un ritmo monótono que acompasa mi estado de ánimo.

De repente suena el teléfono. Me levanto sobresaltada, el corazón acelerado, esperando que sea algo importante.

Es la policía.
Dicen que hay algo más, pero que deben ser cuidadosos con la investigación. Estamos más cerca de encontrarla y de saber qué ocurrió, pero no pueden darme más información y menos por teléfono.

La esperanza me golpea de repente.

Poco después llega la hora de ir a trabajar al bar. Cuando salgo, la lluvia ha parado, la noche es templada… quizá el ruido, la música y la gente logren apartar mi mente de todo esto. La noche pasa como siempre, intensa, clientes entrando y saliendo sin parar. Finalmente cierro y Ramón, como cada noche, me lleva a casa. Entro y voy directa a la cama; estoy demasiado cansada para pensar.

Pasan las semanas sin noticias y decido ir a la comisaría.

El policía me mira muy serio.
Tiene algo que decirme sobre Jorge.

Han investigado su clínica.
No es un profesional de la salud mental. Nunca lo fue.
El título era falso.

Los pacientes no eran pacientes reales.
Todo estaba preparado para que yo, en un momento de debilidad, recurriera a él tras verlo anunciado tantas veces.
No fui yo quien lo buscó… fue él quien me buscó a mí.

Siento un golpe seco en el estómago.
—¿Jorge… no es psicólogo? ¿Todo era una farsa?
—Lo siento, Adelaida —dice el agente—. Es un impostor. Manipulaba la clínica para captar y manipular a personas vulnerables como usted.

Rabia, miedo, vergüenza. Todo a la vez.
¿Cómo pude no verlo?

—¿Por qué hizo eso?
—Aún no lo sabemos.

Esa tarde, sentada en el sofá, llamo a Luís para contárselo. Me escucha en silencio y luego me asegura que estará ahí para todo, que ayudará con la investigación y que pronto encontraremos a Clara.

Su voz me tranquiliza.
—No sé qué hacer… me siento engañada y asustada…
—Estoy contigo —responde—. Vamos a encontrarla, te lo prometo.

Quiero creerle.

Pasados unos días llamo a mi hermano. Están emocionados: mi sobrina nacerá pronto. Le cuento las novedades del caso y, para cambiar de tema, me dice que aún no tienen nombre y que el día que nazca podré elegirlo yo.

Por primera vez en mucho tiempo sonrío.

La noticia me permite respirar durante unos minutos, como si la vida intentara abrirse paso entre tanta oscuridad.
Faltan solo unas semanas para conocerla… y me aferro a esa idea para no pensar en Clara.

CAPITULO 22

Unos días después, la policía me llama de urgencia. Debo ir a la comisaría sin demora: han estado investigando la clínica de Jorge a fondo y han encontrado varios correos enviados y recibidos en su ordenador. Llego sofocada, con el pelo despeinado, sudando y sin poder articular palabra. Apenas consigo decir:
—¿Qué… co… correos?

—Adelaida, los correos son entre Jorge y otra persona, alguien que parece estar detrás de todo esto —responde el policía con seriedad.

—¿Quién es? ¿Qué quieren? —pregunto, sin pestañear, el corazón latiéndome con fuerza.

El policía me mira, serio, y me dice:
—Eso es lo que queremos que veas.

Me lleva a una sala, me indica una silla y me siento temblando. Delante mío, la pantalla ilumina mi cara mientras empiezo a leer. El primero es un correo enviado a Jorge que dice lo siguiente:

Asunto: *Candidata confirmada*

"He identificado a una chica que encaja perfectamente en nuestro plan. Tiene una amiga cercana, y ya me he infiltrado en ambas viviendas. La de la chica cuenta con cámaras de seguridad; la de su amiga no, pero debemos movernos con extremo cuidado: hay un perro, pequeño, sí, pero alerta. Cualquier error podría ser fatal. Cada movimiento debe estar calculado al milímetro. No podemos permitir que nadie sospeche, ni un respiro en falso. Esta es nuestra oportunidad; si fallamos, todo se desmorona."

Siento un escalofrío recorrer mi espalda al leer el correo. ¿Es posible que estén hablando de mí y de Clara? "¿Qué… qué significa esto? ¿Están hablando de nosotras?" El policía asiente con gravedad. "Sí… creemos que sí." Mi voz tiembla mientras hago la siguiente pregunta: "¿Quién escribió esto?"
El policía suspira y me mira con seriedad. "Eso es lo que estamos intentando averiguar. El correo está cifrado, pero nuestros agentes están trabajando para descubrir la identidad del remitente. Por

ahora, solo sabemos que no se trata de alguien común… es meticuloso, organizado, y peligroso."

Jorge responde al correo y dice lo siguiente:

Hola Luís,

Nunca dudé de la habilidad de mi hermano; esta vez estaremos juntos desde el principio, vigilando cada movimiento, controlando cada detalle. Esa chica caerá, nos cueste lo que nos cueste. Espero que hayas revisado todo lo que pueda ser útil… joyas, objetos, cualquier cosa que valga la pena.

No te preocupes por el perro; pequeño o grande, solo es un obstáculo menor, nada que no podamos manejar.

Si se resiste… no dudes. La resistencia solo hace que todo sea más interesante. Observa, espera, actúa en el momento justo. Cada mirada, cada paso, cada silencio cuenta. Nada escapa a nuestra atención.

Siento como si me hubieran dado una paliza por todo el cuerpo. ¿Luís? ¿El mismo Luís que me ha estado ayudando? Siento rabia, traición, miedo… ¿Cómo pude estar tan ciega?

El policía me mira con seriedad. "Lo siento, Adelaida, parece que Luís está involucrado en esto. Ya no hará falta rastrear ese correo para conseguir la identidad del remitente."

"¡Quiero hablar con él! ¡Quiero saber qué ha hecho con Clara!" El policía me detiene. "Adelaida, no. No es seguro, primero tenemos que encontrar a Clara."

El policía me sigue enseñando otro correo; esta vez es Luís quien se lo envía a Jorge, y dice así:

"Jorge, he estado jugando con ella desde el primer momento, manipulándola con cada palabra, cada gesto. Le he hecho creer que estoy de su lado… y lo cree. La confianza es solo un juego, y yo soy su maestro oscuro. La he visto desmoronarse, abrirse a mí,

entregarse sin sospechar nada. Es patética… y sin embargo exquisita en su inocencia. Lo que más me deleita es que no tiene ni idea de que soy su peor pesadilla. Todo lo que siente, todo lo que confía… es nuestra arma. Prepárate, hermano. Pronto será completamente nuestra. Cada movimiento, cada miedo… caerá exactamente donde queremos."

Siento un escalofrío recorrer mi cuerpo ¿Cómo pudo hacerlo? ¿Qué clase de persona es?
Mientras la policía sigue enseñándome correos:

"Adelaida empieza a sospechar, Luís. Me está haciendo preguntas sobre la clínica, sobre la limpiadora… parece que comienza a atar cabos sueltos. ¿Qué le has dicho? ¿Le has hecho creer que soy un psicólogo de verdad? Tenemos que mantenernos alerta, no podemos permitir que descubra lo que somos ni lo que planeamos. Cada paso en falso podría arruinarnos. No podemos dejar que vea detrás de la máscara."

Siento un nudo en la garganta, ¿Cómo pudieron estar jugando conmigo de esta manera?
Me sigue enseñando correos y la respuesta de Luís dice así:

"Tranquilo, Jorge. Adelaida no es un problema. Está desesperada y yo estoy aquí para consolarla… me ha contado todo sobre su vida, sus miedos, sus deseos. Es una marioneta en mis manos. Sé exactamente cuándo Clara está sola en casa y cómo actúa. ¿Qué quieres que haga a continuación? ¿La mantengo distraída un poco más, o pasamos al siguiente paso?"

Siento un miedo intenso al leer el correo… ¿Cómo puede alguien ser tan cruel?

Tras ese último mensaje, no aparecen más. La policía tiene claro que Luís es el responsable de la desaparición de Clara. La investigación revela que fue él quien envió los mensajes haciéndose pasar por Clara, diciendo que estaba en el pueblo.

Pasan los días y sigo sin noticias. De repente, recibo una llamada. Mi corazón se dispara; cojo el teléfono y es mi hermano. Me dice que están en el hospital y que me avisará cuando mi sobrina haya nacido para poder conocerla.

Al día siguiente, a las nueve de la noche, me llama mi hermano: ¡Ha nacido! Salgo corriendo hacia el coche y me dirijo al hospital. Justo cuando estoy entrando por la puerta, suena mi teléfono de nuevo… es la policía. Con voz grave me dicen que han encontrado un cuerpo en la zona donde se buscaba a Clara. Durante días habían seguido el posicionamiento del móvil de Luís, que los llevaba siempre al mismo lugar varias veces al día. El cuerpo está en muy mal estado, pero las pruebas de ADN confirman que es ella. Cerca hallan la zapatilla que faltaba en su casa.

Me quedo paralizada, el teléfono temblando en mi mano, sin poder creer lo que escucho. La policía sigue hablándome, pero no puedo oír nada. Por un momento, recuerdo que estoy en la puerta del hospital, porque mi sobrina acaba de nacer.

El policía habla con suavidad: "Adelaida, lo siento mucho… ¿Quiere que vayamos a buscarla y luego la llevemos donde usted nos diga?" Le digo que no.

Subo a la habitación del hospital y las emociones me golpean al ver a mi familia. Lloro y les digo: "Han encontrado a Clara… ya no está con nosotros…" Me acerco a la cuna y miro a mi sobrina, que duerme plácida, y susurro: "Hola Clara, eres la luz en medio de la oscuridad… te quiero mucho, pequeña."

Miro a mi hermano y a Marta, y entre lágrimas digo: "Se llamará Clara. Así, de este modo, ella seguirá viva en nuestra memoria."

Tras conocer a mi sobrina, corro a la comisaría. Varios policías me reciben y uno me dice que aún hay algo más: los mensajes anónimos que recibía no eran amenazas… eran de la recepcionista

de la clínica de Jorge. En realidad, alguien que conocía a Jorge estaba tratando de protegerme, se había dado cuenta de que había caído en su trampa.

Salgo de la comisaría y vuelvo al hospital. Me siento más tranquila al ver a toda mi familia y a la pequeña Clara. Me acerco a su cuna; está despierta, me mira con esos ojos enormes de recién nacido. Susurro: "Hola Clara… algún día sabrás por qué llevas este nombre. Seré yo quien te cuente esta historia."

CAPITULO 24

23 años después…

Peluso ya no duerme junto a la puerta de mi habitación. A veces, al entrar, todavía miro el suelo para no pisarle la cola, pero aquel doce de mayo nos dejó para siempre. Luego recuerdo que han pasado demasiados años para eso.

El dueño del bar se jubiló y terminé quedándomelo yo. Nunca fue mi plan, pero una se acostumbra a quedarse donde ocurrieron las cosas importantes. Mi hermano y Marta dicen que tuve suerte, que la vida siguió su curso y todo salió bien. Mis padres ahora viven en Madrid; son muy mayores y frágiles, pero dicen que aquí, junto a nosotros,

se sienten más cuidados. Creo que siempre necesitaron esta cercanía.

Irene, la dueña de la clínica en la que trabajé tanto tiempo, también se jubiló. No tuve opción de quedarme con la clínica, aunque los animales siempre fueron mi pasión. Ahora tiene setenta y seis años y necesita cuidados constantes; a veces la visito y me cuesta reconocer en esta mujer frágil lo que fue cuando la conocí. La vida cambia a las personas sin pedir permiso. Ramón, en cambio, hizo justo lo contrario: se casó y se fue a vivir a Sevilla. De vez en cuando hablamos; otras veces aparece sin avisar con sus dos hijos corriendo por el bar, como si lo hubieran conocido de toda la vida. Ha formado una familia preciosa. Algunas cosas todavía permanecen igual donde todo ocurrió. De Celia no volvimos a saber nada.

Clara, mi sobrina, ya terminó sus estudios y decidió estudiar criminología. Siempre fue curiosa… demasiado, quizás.

Esa tarde llegó al bar de la facultad y dejó la mochila sobre la barra. "Nos han puesto un caso real para aprender a investigar", me dijo. Uno bastante conocido. No pregunté.

"La desaparición de una chica", continuó. La investigación la llevaron a cabo la policía y un detective. "Dicen que durante años sirvió para manejar casos complejos." Sentí el pulso en mis manos. "¿Cómo se llamaba?" pregunté. Clara abrió la carpeta. "Como yo", dijo.

El ruido de la calle entraba por la puerta, pero dentro del bar no se oía nada. Siempre supo por qué llevaba ese nombre. Nunca dejé de buscarla.

Aquella tarde, Clara volvió a sentarse frente a mí con la carpeta abierta. "Tía, ¿Recuerdas dónde estabas el día que desapareció?" La pregunta era simple. "Demasiado", respondí. Me quedé mirando la fecha escrita en la esquina superior de la hoja; la sabía de memoria. Lo que nunca supe… fue cuándo empecé a dudar de ella.

Cerré la carpeta con suavidad. "Hace mucho tiempo de eso, Clara", le dije. "Precisamente por eso, en clase dicen que los recuerdos importantes no se borran." Sonreí, pero se notaba cómo me

temblaban las manos al apoyar los vasos en la barra. "También dicen muchas cosas en la universidad, Clara." No apartó la mirada.

"¿La conocías mucho?" me preguntó. El bar estaba lleno, y aun así tenía la sensación de que nos habíamos quedado solas. "Lo suficiente", respondí. Esperó algo más, siempre lo hace. "¿Y el psicólogo? ¿Llegaste a hablar mucho con él?" El vaso resbaló de entre mis dedos. No recordaba haberle contado nunca que hubo un psicólogo.

Clara comenzó a hacerme preguntas. Supongo que pensaba que después de tantos años solo quedaría algún recuerdo borroso. Pero no. Lo recuerdo como si hubiera pasado esta mañana. Recuerdo el día que conocí a Luís, paseando al perro de Clara; fue fácil hablar con él. Aquella noche me acompañó a devolverlo y me pidió mi número de teléfono. Justo cuando llegué a casa me mandó un mensaje de buenas noches.

Me quedé mirando un punto fijo en la pared. "¿Estás recordando algo?" me preguntó. "No… al final nunca he podido olvidarlo. Nunca pensé que aquel paseo le cambiaría el sentido a todo." Esa noche me fui a dormir contenta. A la mañana siguiente miré el teléfono más veces de las que podría admitir, esperando un mensaje, una llamada suya…

En aquella época tuve muchos problemas, algunos me llevaron a algo que nunca debí hacer: jugar. Muchos de esos problemas surgieron tras haberlo conocido. Nunca hice caso a mi intuición.

Pasaba las horas en la sala de juegos jugando al bingo, a las tragaperras… intentando no pensar. "¿Sabes la tienda de bolsos que te gusta tanto?" le dije. Hace veintitrés años, ahí había una sala de juegos; un tiempo después hubo un incendio y tuvo que cerrar para siempre.

Clara frunció el ceño, intentando encajar un lugar que conocía con algo que nunca vio. Fue ahí donde todo empezó a torcerse. Guardé silencio un momento. Haber acabado allí fue lo que me llevó a conocer a Jorge.

“¿El psicólogo?” preguntó Clara. Asentí. Al principio creí que era yo la paranoica; incluso Clara me lo repetía una y otra vez. Él decía que solo quería ayudarme, y Clara aseguraba que me vendría bien hablar con alguien como él. Tragué saliva. Nunca imaginé que su final vendría por su culpa. Susurré.

Clara dejó de escribir. “Tía, ¿qué pasó realmente?” Nunca me ayudó. Recuerdo la primera vez que entré en su consulta; es extraño, de ese día apenas conservo recuerdos claros, solo sensaciones sueltas, como si alguien hubiera bajado la intensidad de la luz en mi memoria. Pero del día siguiente sí recuerdo algo: los pacientes del día anterior seguían allí, sentados exactamente igual, en silencio. Nadie hablaba, ni siquiera se miraban; solo esperaban.

“Le hice caso a Clara y confié en alguien que nunca debí haberlo hecho”, le dije.

Las sesiones iban pasando. Al principio hablaba yo, o eso creía. Pero hubo un momento en que empecé a hacerle preguntas, cualquier detalle que me ayudara a entender por qué sentía esa inquietud constante. Clara levantó la vista. “En terapia, el paciente eres tú”, me dijo, casi riñéndome. Sonreí al recordarlo. “Eso mismo me decía Clara”, le dije.

Algunos momentos ya no los recuerdo con claridad; había huecos, conversaciones incompletas, trozos enteros borrados… pero nunca olvidé la sensación que me recorría cada vez que volvía. Siempre tuve sospechas, una intuición insistente diciéndome que algo no iba bien. Clara escuchaba sin interrumpir, escribiendo cada palabra. Yo, en cambio, llevaba veintitrés años intentando no ordenarlas.

Clara dejó de escribir. “En la facultad nos han hablado del caso, de la desaparición, de la investigación, pero nunca dijeron cómo te diste cuenta”, escribió tarde en responder.

“Porque al principio nadie pensó que había desaparecido”, le conté.
“¿Cómo que nadie?” preguntó, apoyando las manos en la mesa.
“Estando en la boda de tu padre, me mandó un mensaje diciendo que se había ido al pueblo.”
En ese momento y en los días posteriores, supe que algo iba mal

porque no podía encontrarla. Habíamos quedado en la iglesia; cada una llegaría y ahí nos encontraríamos. Recuerdo que iba a comenzar la ceremonia y le dije al cura que esperara un rato más porque faltaban mis dos amigos, Clara y Luís… No sé por qué me salió decir la palabra "amigos".

Ese día fue un espectáculo. En mitad de la ceremonia, dijo que no podía casarse con Celia, su antigua novia… y anunció tu llegada delante de todos. Desde entonces, los abuelos no le hablan; han pasado veintitrés años y nunca lo han perdonado.

"¿A qué pueblo se fue?" preguntó Clara, con mucha curiosidad.
"Un pueblo que nunca existió", le dije.

Durante el escándalo, salí de la iglesia; no podía quedarme ahí mientras Clara no aparecía. Fui directa a su casa. Hoy ahí viven otras personas; su madre vendió el piso poco después, decía que cada habitación le recordaba a ella. No tardó mucho en apagarse también. Nunca superó lo de su hija. Ese día y los siguientes, la llamaba una y otra vez y el teléfono seguía apagado.

Hay momentos que no recuerdo con claridad, solo imágenes sueltas… recuerdo a Luís y a Jorge apoyándome, diciéndome que todo se aclararía, e incluso creo que llegaron a ayudarme a buscarla.

Al cabo de un tiempo intenté poner denuncia. Creo que la primera ni siquiera me la aceptaron… decían que faltaban pruebas y que tenía que esperar. Ya no lo recuerdo con claridad. Lo que sí recuerdo es a Luís; me dijo que no me preocupara, que él ya la había puesto por mí y que la policía la había aceptado, que de aquí en adelante solo tocaba esperar. Yo necesitaba creerle.

Clara me miró sin pestañear. "Eso no nos lo contaron en la universidad, tía."
Negué despacio. "Porque nunca ocurrió. Luís necesitaba ganar tiempo, y yo se lo di."

De esos días tengo pocos recuerdos claros. Todo se mezcla: llamadas, esperas, gente preguntando… y yo cada vez más perdida. Lo único constante era que siempre terminaba volviendo a la

consulta de Jorge. Cada vez necesitaba más ayuda… o eso creía, y una y otra vez caía en la trampa de hablar con él.

Clara dejó el cuaderno sobre la mesa. "¿Qué te decía, tía?"
"Me preguntaba por Clara, por Luís… hay cosas que no recuerdo."
"En clase nos explicaron que cuando registraron la clínica encontraron correos", dijo despacio. "Entre Jorge y… otra persona."
"Luis" dije.
"¿Qué sentiste al verlos, tía?"
"Nada al principio, las palabras no encajaban en mi cabeza."
"También dijeron que Jorge no era un psicólogo."
Asentí. "¿Qué pasó cuando supiste quién era Luís?"
En ese instante cerré los ojos por unos segundos. "Ahí sentí algo…"
"¿Qué?"
Tardé en contestar. Que toda mi vida de aquellos meses no había sido mía.
Clara susurró: "¿Eran hermanos… y todo estaba planeado?"
"Sí."
"¿Y tú estás en medio, tía?"
Negué suavemente con la cabeza. "No, yo era el motivo."

Recuerdo una vez que Luís apareció en el cumpleaños de la abuela, diciendo que era mi novio. Ya no recuerdo bien qué trajo… quizá algún dulce. Todos lo aceptaron con naturalidad y yo fingí entender lo que pasaba, aunque por dentro me resultara extraño. Ahora sé que solo buscaba entrar: quería ver el piso, observar, comprobar si había cámaras.

Un día, sin esperarlo, se presentó en casa de Clara fingiendo buscarme. Me resultó extraño porque yo estaba trabajando; casi no tengo recuerdos de ese momento, solo imágenes sueltas. Lo que sí recuerdo era cómo miraba demasiado; yo pensaba que solo quería caer bien… pero no lo hacía. Estaba estudiando el lugar. Fue entonces cuando decidió quién sería su víctima, y yo nunca sospeché nada de aquel crimen que vendría después.

"Tía, ese día… si no hubiera sido por ti…"
La interrumpí, sin dejarle terminar. "Sí, ese día era el día. Ese día no vino por casualidad, buscándome como dijo. Ese día tenía planeado

el asesinato, y al ver que estaba yo, no pudo llevar a cabo sus planes."

Ya no recuerdo con claridad el último día que estuve con Clara. En mi mente se detiene en la boda, su ausencia, el vestido que había comprado y nunca llegó a usar… y en Peluso.

"¿El perro?"

Asentí. El caniche toy que tenía, la noche anterior me lo había dejado para que los abuelos pudieran verlo; decía que les haría ilusión. Acaricié distraídamente la madera de la mesa. Nunca vino a recogerlo; durante mucho tiempo pensé que volvería a llamar a la puerta de casa para llevárselo… como si todo hubiera sido un malentendido. Pero Peluso se quedó. Y yo entendí demasiado tarde que nunca volvería.

"¿Pero si Luís ya había puesto la denuncia, cómo acabaste haciéndolo tú?"

Tragué saliva. "Un día fui a la comisaría a preguntar cómo iba la investigación. Recuerdo el pasillo blanco, las luces… Les dije el nombre de Clara; el agente buscó en el ordenador y no había ninguna denuncia por desaparición de alguien con ese nombre."

Clara me miró sin moverse. "¿Qué sentiste, tía?"

Tardé en responder. "No lo recuerdo… han pasado muchos años." Bajé la mirada. "Pero sí recuerdo la primera vez que pensé que estaba completamente sola."

Pasaron los días y terminé contratando un detective. Ya no recuerdo cuánto costó… solo sé que no sirvió de nada; era un desastre, siempre tenía excusas nuevas y ninguna respuesta.

Clara bajó la voz. "En la facultad nos contaron cómo encontraron el cuerpo, pero no cómo te enteraste tú."

Me quedé quieta unos segundos. "Eso es algo que nunca he podido olvidar. Acababas de nacer cuando, entrando por la puerta, recibí una llamada de la policía. Ahí me comunicaban que habían encontrado un cuerpo y que, por las pruebas de ADN, era ella."

"Durante el caos de la boda, decidí salir sin que nadie notara mi ausencia, como te he comentado anteriormente… Luís sí la notó",

susurré, recordando aquel día como si hubiera pasado ayer.

Se adelantó y llegó a la calle de Clara antes que yo. Yo pedí un taxi; no sé cómo llegó él, pero la investigación reveló que envió el mensaje desde su teléfono, ganando tiempo para ocultar su crimen. Cuando llegué, no había ni rastro de él.

"¿Tía, alguna vez sospechaste que Luís estaba detrás de todo esto?"
"No, nunca", respondí, con un nudo en la garganta.

La investigación mostró que el asesinato se cometió en su domicilio. Clara abrió la puerta sin imaginar lo que vendría. La casa estaba limpia, casi perfecta, pero los reactivos usados por los investigadores confirmaron que todo ocurrió en la cocina. Algunos recuerdos permanecen vivos, otros se pierden en la niebla de los años.

"¿Se supo por qué lo hizo?"
"No, nunca. Ese secreto se llevó consigo."

Jorge salió de la cárcel años después y, sorprendentemente, estudió psicología. Ahora es un reconocido profesional y docente universitario. Luis desapareció; nunca supe de él, solo que se fue.

Aquel día, tras salir de la comisaría y volver al hospital, me sentí rota en mil pedazos. Pero verte a ti, pequeña Clara, con esos ojos enormes y llenos de vida, me dio un hilo de esperanza. Me acerqué a tu cuna y te dije: "Algún día te contaré esta historia." Veintitrés años después, por fin puedo hacerlo.

Cerré los ojos y respiré hondo. El miedo, la rabia y la tristeza de tantos años parecieron mezclarse con un hilo de paz. Pero sabía que el pasado nunca se olvida del todo; solo aprendemos a vivir con él.

Esa tarde, con el bar silencioso a mis espaldas y el mundo fuera de la ventana, le conté cada detalle, cada espera, cada error, cada mentira. Y al final, le susurré: "Clara, aunque nunca la encontré como debería, tu nombre ahora es luz en la oscuridad. Eres la promesa de que la memoria puede vencer al olvido."

Al cerrar los ojos por un momento, juré que seguiría protegiéndote, aunque fuera desde las sombras. Porque algunas historias no terminan nunca del todo. Solo cambian de forma, y el eco de las

decisiones que tomamos sigue resonando, incluso veintitrés años después.

Y mientras la noche caía fuera del hospital, con el silencio y la luz tenue bañando la habitación, sentí que por primera vez en mucho tiempo, todo lo que había sufrido tenía sentido. La historia de Clara, de nosotros, de mí… estaba finalmente completa.